



CORAZONES EN LA NIEVE

¿Puede el amor curar el dolor de una pérdida?



AMANDA SANH / M. DELPRIETO

©Corazones en la nieve (2019)
©Amanda Sanh (Novela completa)
©Manuel Delprieto (Novela completa y diseño de portada)
©María Bosán (poemas)
©Soley Aragonés (maquetación)

Contacto:

mndy23@hotmail.com

mmdelprieto@gmail.com

ISBN: 9781082232084

Obra registrada Safe creative:1907111416159

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

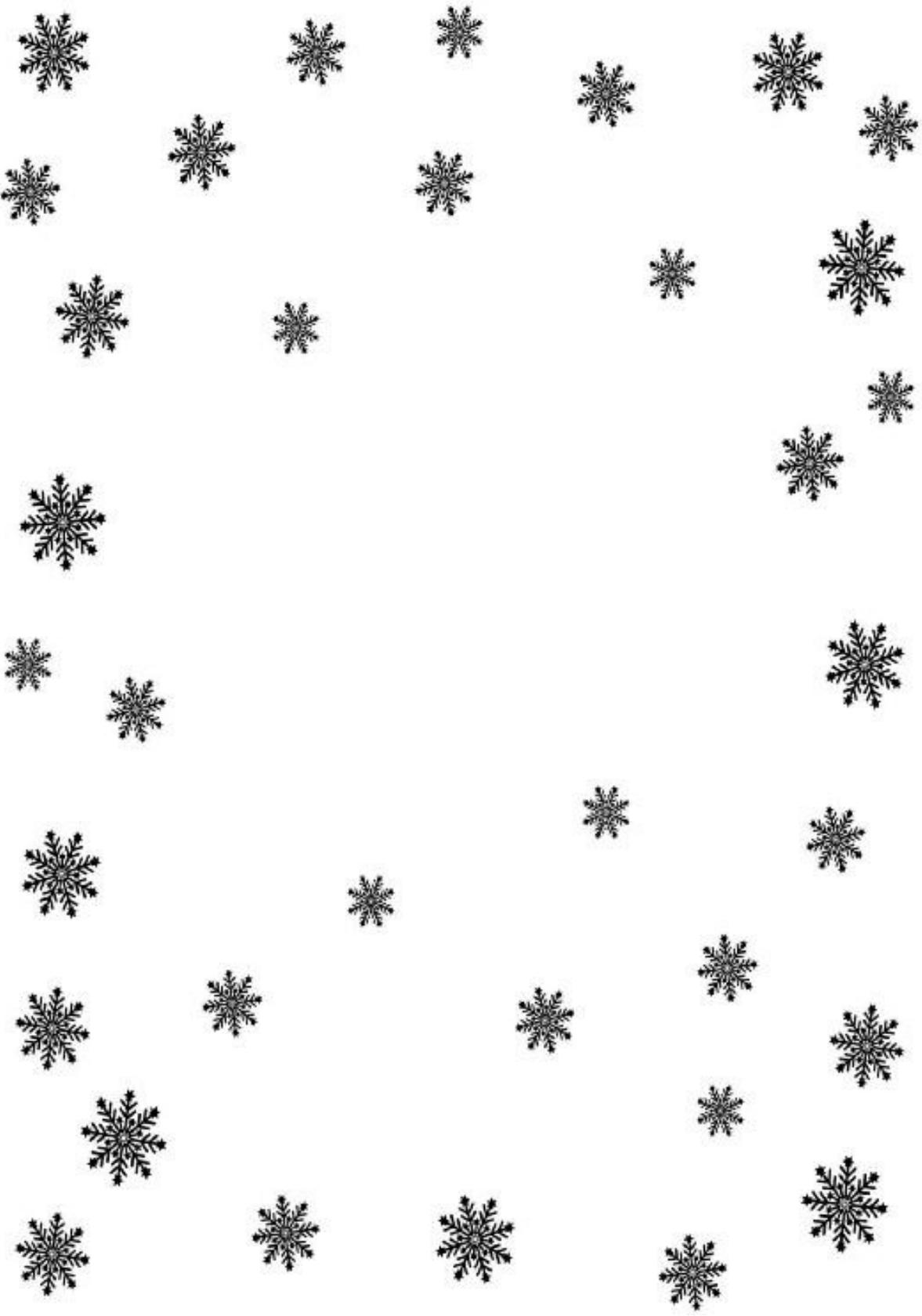
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

CORAZONES EN
LA NIEVE

AMANDA SAHN / M. DELPRIETO

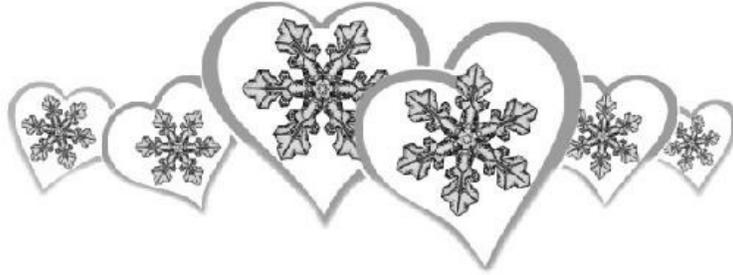
CONTENIDO

- [1. El comienzo de todo](#)
- [2. Joel _____ 21](#)
- [3. Historias del pasado](#)
- [4. Preparativos y cotilleos](#)
- [5. Una sorpresa inolvidable](#)
- [6. En el centro de la espiral](#)
- [7. Confesiones en el extranjero](#)
- [8. Corazones rotos](#)
- [9. Paseando en bici bajo las estrellas](#)
- [10. Un nuevo rumbo](#)
- [11. Los gatos de Helsinki](#)
- [12. El frío se combate con calor](#)
- [13. Rumbo a Tallin](#)
- [14. Rompiendo el hielo](#)
- [15. Un vals bajo el granizo](#)
- [16. Nuestra segunda primera vez.](#)
- [17. Un mensaje en la piel](#)
- [18. En tacones por Cracovia](#)
- [19. Vuelta a la realidad](#)
- [20. Diez años más tarde](#)
- [Biografía de los autores](#)



*La espiral del amor corta los hilos perdidos
y hace que la distancia se haga tiempo.
Piensa que, si ha querido, no seguirá queriendo
y un destino, oculto a medio trayecto,
despertó el letargo de aquellos besos.*

Por María Bosán.



1. EL COMIENZO DE TODO

Nunca sabemos cuándo nos va a tocar a nosotros ser mártires del destino. Un día estamos en la cima del mundo, riendo y creyéndonos inmortales, y al día siguiente nos damos cuenta de lo frágiles que somos ante la vida. Construir y perfilar nuestro desarrollo en la sociedad se hace ladrillo a ladrillo: error, acierto, lección aprendida; amor, desamor, lección aprendida... y así sucesivamente. Las normas son asimismo lentas: no tiene sentido lo rápido que se trunca todo aquello que damos por afianzado, todo lo que amamos y todo lo que hemos levantado con esfuerzo a través de los años. La vida es una torre que, en vez de tener ladrillos y cemento, está hecha de naipes que se han dejado caer los unos con los otros. Y solo hay que soplar, apenas rozarla con la yema de los dedos para que todo se desmorone...

¿Quién maneja los hilos de nuestro destino? ¿Quién decide soplar nuestra torre? ¿Por qué pagamos un tan alto precio si no hacemos daño a nadie? ¿Dónde está aquel juez injusto para poder reprocharle sus decisiones?

Allí estaba en lo más alto de una torre redonda, hecha con piedra y cemento, llamada Rundetaarn. Lleva siglos en el corazón de Copenhague, venciendo el tiempo. Posee un mirador a 34,8 metros de altura, desde donde realizo una catarsis vital sobre todo lo ocurrido. Estaba poco concurrido el vetusto edificio del 1642, lo cual facilitaría mi propósito. Para la ocasión llevaba en el bolsillo una moneda de dos euros y un anillo de bisutería con un grabado de dos alas de ángel. Podía parecer una estupidez eso que iba a hacer, pero cuando la vida no marcha y frena ilusiones en seco, solo queda esperar

que otros cumplan los sueños que tú no pudiste vivir. Sin duda, estaba enfadada con aquel que rige el sino de nuestros días; con la mano siniestra que agita la cruz de nosotras, simples marionetas del destino... Pero antes de dar sentido a mi cometido desde esta séptima planta, reflexioné sobre que me trajo hasta aquí, a este viaje de soledad y de huida cuya única compañía es una moral destrozada, una moral que me susurraba poemas tristes.

Mi nombre es Alba Sanz. Tengo veintisiete años y vivo, según mi hermana pequeña Nadia, como un ángel. No porque tenga el pelo rubio platino ni por mi sonrisa blanqueada, sino que considera que paso más tiempo en el cielo y entre las nubes que en el propio suelo. Trabajo como intérprete políglota en una importante empresa internacional con sede en Barcelona; sin embargo, y debido a mi corta familia, me suelo hospedar en Madrid junto con mi padre y mi hermana. Mi trabajo consiste en traducir, de forma oral, el mensaje de uno o varios interlocutores hablantes de una lengua distinta a la de los oyentes en un congreso, reunión o conferencia. Ruso, inglés y sueco manejo a la perfección, pero la mezcla entre andaluz y catalán que utiliza para hablar el explotador de mi jefe es el lenguaje que más me cuesta entender. Siempre me gustó viajar, conocer mundos, culturas, costumbres y gente de otros rincones. Cada trabajo tiene lo suyo: a mí me pagan muy bien por vivir de aeropuerto en aeropuerto con una maleta de mano y un jet lag que se vuelve crónico.

Mi declive emocional, de todos modos, empezó hace unos años. Recuerdo que ese día llegué a Madrid sobre la una de la madrugada, tras un agitado vuelo desde Londres. El taxi me dejó en el Paseo de la Castellana, donde vivían mi hermana y mi padre. Abrí la puerta de mi casa con sigilo —como cuando llegaba con copitas de más en noches de marcha y no quería que mi madre se despertase—, y no deshice siquiera la maleta. Me deslié de la chaqueta y la entallada falda azul marino que me embutía como a una longaniza y me di una ducha rápida. Luego me coloqué el albornoz y besé suavemente en la frente a mi hermana y a mi padre. Saqué del armario un pijama cómodo —es decir desgastado y sin elásticos, de esos que jamás enseñaría a un amante— y me dejé caer en los brazos de Morfeo, pero al apoyar mi cabeza sobre la almohada noté algo duro.

Debajo del forro hallé una cajita pequeña con un lazo. En un halo de misterio abrí el envoltorio de cartón, que formaba un cubo perfectamente geométrico, y dentro de él hallé un bonito anillo plateado, con dos alas grabadas en los bordes. Parecía una alianza, solo que algo más gruesa. Una sonrisa que nadie vio iluminó la habitación entera, plasmada de la oscuridad de la noche. Supe que estos detalles eran cosa de mi hermana Nadia. Agotada por el viaje, me coloqué el anillo en el dedo anular y me enrosqué entre las sábanas, como cuando tenía siete años y el ratoncito Pérez me dejaba un detalle a cambio de uno de mis dientes.

Supongo que no pasé por la fase del sueño REM, de lo cansada que estaba; pero la calma duró poco. El móvil de mi hermana sonó con los molestos Whatsapp de sus amigas. Morfeo me sacudió de malas maneras y al abrir los ojos tenía una bandeja sobre mi cama, con zumo de naranja exprimido y un croissant de mantequilla.

—¡Buenos días, Alba! —exclamó Nadia, feliz, marcando sus dos hoyuelos—. ¿Te gustó el anillo?

—¿Qué tal los vuelos? —añadió mi padre con su atuendo de guardia civil y su bigote siempre recto.

—Buenos días... Pues, como siempre, turbulencias, retrasos y prisas para llegar al siguiente destino—respondí mientras la miraba con orgullo.

—Es de bisutería el anillo, pero me recordó a ti. Cuando vi esas dos alas de ángel, dije: “Ese anillo lo han diseñado para mi hermana que se pasa el día como las aves”.

—¡¿Tanto me echáis de menos que no me dejáis ni dormir?! —bromeé—. Gracias por el desayuno y la bienvenida.

—Pues claro Alba, no podía salir a poner multas de tráfico sin darte un beso a ti y a tu hermana. Es mi ritual antes de trabajar.

Mi padre salió por la puerta y nos dejó a solas.

—¿Te vienes a correr? —me preguntó Nadia—. Le estoy dando fuerte al *jogging*.

Contemplé su chándal ancho y sus zapatillas de paseo. En vez de responder, le di un sorbo al jugo naranja y cerré los ojos para saborearlo mejor. Luego quedé nuevamente hipnotizada y conquistada por los hoyuelos de mi hermana.

¿Cómo decirle que no?

—No me vendrá mal para la circulación, pero con tanto vuelo siempre tengo las piernas cansadas —me excusé—. Dame unos minutos para que mis neuronas se activen.

—¡Tienes un súpercerebro! Una chica tan lista debe tener las neuronas siempre en forma —me respondió dándome una colleja en la nuca que me hizo casi vomitar el croissant.

—¡Anda, anda! ¿A qué viene tanto peloteo? —intrigué—. Desayuno a la cama, mirada verde de entusiasmo, tiernos hoyuelos...

—Son solo halagos mañaneros —hizo una mueca con la boca y la lengua.

—Ya entiendo el desayuno y estos piropos... ¡Tu cumple! —descubrí, aún aturdida por el sueño a que venía tal recibimiento—. ¡Qué mayor te haces! Ya caen veinticinco años... tendremos que ir a comprarte algún regalito, ¿no?

—Sí... cremas para ancianas para mitigar las arrugas —respondió preocupada por su aspecto.

—Y una faja de esas con encaje —bromeé—. Venga, pídemme tres deseos. Tu hermana mayor te los concederá en menos de lo que canta un gallo.

—Mi hermana mayor que solo se lleva veinte meses conmigo, —apostilló—. Que te quedes a celebrar mi cumpleaños, un novio millonario y viajar a esa torre astronómica de Copenhague —dictó en su orden de preferencias—. ¡Esos son mis tres deseos!

—Soy rubia de bote Nadia, pero no soy tonta —le dije con una sonrisa—. El novio millonario es para mí.

—¿Podrás venir a mi cumple? ¿Le has pedido permiso al inoportuno de tu jefe? —me preguntó a la vez que saltaba con ese chándal que me traía de los nervios, cuyas cremalleras tintineaban con la pata metálica del somier.

—Me temo que este año y por cuarta vez consecutiva, ha decidido putearme de nuevo —le respondí, acabando con su alegría.

—Vaya... ¿Ese *calvorota* no tiene familia? —se indignó y se sentó a los pies de mi cama—. Te estás perdiendo los mejores días de tu juventud. ¡Te arrugas entre las nubes, angelito!

—Estos viajes me los puedo permitir ahora, que soy relativamente joven. ¡Tengo que ahorrar! Las casas no son nada baratas en Madrid.

—No me hago a la idea de que te independices —me dijo triste—. Deberíamos llegar a la menopausia juntas y compartir esos vapores de la muerte —bromeo, arrancándome nuevas risas.

—Aquí estamos muy a gusto las dos junto a papá, pero sabes que me gusta despertarme tarde, tener mi espacio vital, colocar en una gran vitrina todas las antigüedades que traigo del mundo... pero no te preocupes, para eso falta aún mucho. Además, podrás venir siempre que quieras, aunque solo con una pizza de atún entre tus manos.

—No sé cómo no te salen escamas... ¡Qué obsesión con el atún! ¿Has pensado en ir a Bárbate? Allí está la feria de ese pescado —comentó mi hermana mientras agitaba sus manos como aletas.

—Es curioso, he visitado casi todos los rincones de Europa, pero no conozco bien España, sobre todo no conozco el Sur.

—Algunos no nos conocemos ni a nosotros mismos —reflexionó.

—Lo importante es que ahora estamos aquí —dije y la saqué de sus pensamientos—. Lo pasaremos bien. Hazme caso. Primero vamos a comprar ropa adecuada para hacer ejercicio y ya a la tarde veremos dónde vamos ¿ok?

Me puse de pie, me quité la ropa y caminé hacia el baño mientras ella me hablaba.

—Han abierto una tienda nueva en el centro —comentó—. Venden ropa para fitness y demás.

—Pues allí vamos a ir por tu regalo —le guiñé un ojo.

Me puse mi gorro de lana favorito, oculté mi flequillo bajo él y me maquillé suavemente con base líquida. Pues, siempre fui de las que usan pintalabios incluso para ir a tirar la basura.

Tomé un suéter canela de cuello en V y unos jeans negros con cortes en los muslos. Aunque era invierno, este año estaba siendo especialmente benévolo.

Mi hermana estaba ya en el garaje, con su Seat Ibiza repleto de bollos en la chapa y música pop a todo trapo. Tenía pegatinas sobre los golpes para disimularlos, pero yo creo que los resaltaba.

Al abrir la puerta ni se inmutó. Estaba sumida en el teléfono que le regale en reyes, abriendo y cerrando la boca frente a la pantalla en modo *selfie*. Al entrar, pude percatarme de que se había cambiado el chándal por unos

pantalones bombachos y una camiseta de manga corta color gris. Le gustaban mucho los complementos y, sobre todo, el perfume. La lotería genética me dio a mí un rostro más armonioso y un cuerpo más fino que a mi hermana, quien era más gordita y, aunque nunca lo dijo, algo acomplejada por sus curvas.

—*Priviét*—exclamé en ruso, intentando acaparar su interés.

—Traduce, please...

—Vamos allá, Nadia. Hoy quiero hacer muchas cosas.

El interior del vehículo dejaba mucho que desear. Sobre el espejo retrovisor interior tenía un atrapasueños que ocupaba medio cristal, por lo que debían haber desplumado a un águila al completo para tal decoro. Sobre el salpicadero estaban marcados dos dedos de polvo y, por el suelo, clínex y envoltorios de chucherías.

—¿Ya me estás analizando el coche, ¿verdad? —me recriminó ante lo evidente.

—Lo llego a saber y me vacuno —bromeé.

Mi hermana giraba el volante y bizqueaba su móvil de vez en cuando. Me tenía de los nervios, pues siempre recibía una buena ráfaga de pitidos en los semáforos cuando se distraía con el Whatsapp o el Messenger. Pero no me gustaba llamarle la atención, ya que para un día que estaba con ella, no iba a estar de mala.

—¿Y papá? —intrigué—. ¿Sale? ¿O lo ves desganado?

—Desde que murió mamá, se ha refugiado en su trabajo y en lo que puede de nosotras —me explicó con un triste tono.

—Es cierto, deberíamos llevarlo de viaje algún día —propuse mientras contemplaba las calles de mi ciudad, que siempre me parecieron bellas—. Podemos organizar un viaje mochilero los tres en familia.

—Yo creo que el no tener un cuerpo donde llorar o al que llevar flores es peor. Mamá pidió ser incinerada... está en todas partes, pero a la vez en ninguna —se entristeció.

—Bueno, fue su decisión. Cambiemos de tema... estamos en vísperas de tu cumpleaños. ¿Algún novio que declarar, Nadia?

—¿Por qué crees que hago jogging?! El mercado está fatal... los chicos se cuidan más que las chicas. Hay que estar a punto.

—Ya llegará tu príncipe azul —vaticiné—. Lo malo es aprobar con nota delante de papá y su tricornio. En cuanto le hable de tú en vez de usted, estará perdido...

—Para eso tengo un plan, Alba. Si el problema es el habla, pues, me traes un extranjero de unos de tus viajes... —me respondió marcando sus hoyuelos, pero sin perder de frente la carretera—. Bueno, mejor aún. Mis primeros ahorros, cuando acabe la carrera, los invertiré en viajar a esa torre que me contaste que viste en uno de tus primeros días de viaje.... Esa que en vez de escaleras tiene una rampa que desciende en espiral y un telescopio para ver las estrellas.

—¿La que está en Dinamarca? —interrogué—. La Rundetaarn. Es un mirador bastante curioso.

—Pues subiré al punto más alto y cogeré una moneda de dos euros y la dejaré rodar cuesta abajo...

—Son siete plantas de rampa empedrada —afirmé.

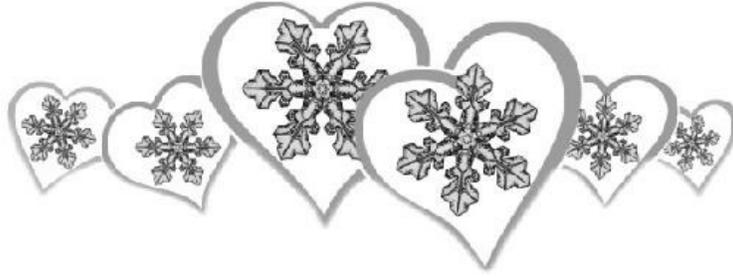
—Yo correré junto a la moneda y quien la recoja del suelo será el elegido por el destino para ser presentado a papá.

—Un poco arriesgado, ¿no? —discrepé mientras buscábamos aparcamiento cerca de la tienda deportiva—. ¿Y si lo coge un viejo, un niño, una mujer separada?

—Pues cambiaré mi destino... le arrebataré la moneda y la volveré a lanzar hasta que la coja el que realmente me guste —bromeó, provocando una risa en mí.

—¡Qué tramposa!

Finalmente aparcamos y nos dispusimos a entrar en la tienda a comprar ropa decente para correr por el concurrido Parque del Retiro.



2. JOEL

Cuando bajamos del coche y vi aquella enorme tienda de ropa deportiva y calzados, que hace un año era una boutique de bolsos y maletas de viaje, me di cuenta de lo rápido que transcurría el tiempo. Todo a mi alrededor cambia a un ritmo frenético, todo evoluciona y todo se transforma mientras parece que una está siempre en el mismo sitio: «¿Estaré obrando bien o mal con mi trabajo?» me pregunté. En realidad, no tenía tiempo para casi nada. Apenas veía a mis amigas, no podía pasar tiempo con mi hermana y tampoco me veía dentro de una relación de novios, pues le estaría dando plantón tras plantón debido a los imprevistos de mi agenda laboral. Sin embargo, parecía que esos tres mil euros mensuales lo compensaban todo.

Mi hermana seguía con su móvil, caminando con sus ojos verde aceituna clavados en la pantalla, como si se tratara de una brújula.

—¿Nadiaaaa?! ¿Estoy aquí?! —acaparé su atención.

—Perdona, Alba —me respondió más feliz de lo normal—. Mañana tengo una entrevista de trabajo.

—¿Qué? ¡Eso es genial! —le respondí con un abrazo, que hizo que mi suéter se empañara de su fragancia floral—. Pero ¿aún no has acabado la carrera?

—Pues eso es lo bueno, Alba. Mis planes se adelantan, haremos ese viaje antes de lo previsto, los tres: papá, tú y yo.

—Espera, espera —le respondí, quitándome el gorro de lana que me estaba abrasando la cabeza—. No sabes si te van a contratar... solo es una entrevista.

Y por favor, ¡no dejes los estudios por un trabajo!

—Por supuesto que no dejaré de estudiar —se excusó para que no le sermoneara—. Pero mi sueño es trabajar de veterinaria y parece que por fin voy a ejercer.

Mi hermana era una chica alegre, sencilla y optimista; pero solo había que observar el interior de su polvoriento vehículo para apreciar lo desordenada y dejada que era en su día a día. Yo, por el contrario, era una chica muy ordenada, negativa y quisquillosa; situación que en oportunidades ocasionaba conflictos típicos entre hermanas. Pero se la veía tan entusiasmada que no quería fastidiarle la fiesta.

—Dos apreciaciones nada más —añadí antes de entrar en la tienda—. Sin el título no podrás ejercer de veterinaria. Y, ¡vaya día para la entrevista de trabajo! Mañana es tu fiesta de cumpleaños.

—Empezaría como auxiliar —atajó—. Pues no importa mi cumple, será igual que los últimos cuatro: sin un novio para presentarle a papá, con una tarta demasiado grande para los cinco de siempre y sin mi única hermana —respondió con un tono triste.

—Los cumpleaños hay que celebrarlos siempre... hay hacer ese esfuerzo. Recuerda a la pobre de mamá, lo joven que se fue. No podemos saber cuánto tiempo nos ha concedido el destino para habitar este mundo.

—El destino lo cambia uno a su antojo. Ser positiva, dicen los expertos...

—Sí —interrumpí—. ¡Los expertos en esoterismo y conspiraciones!

—Que puedes modificar tu futuro creando aquello de lo que quieres vivir: ¡ley de atracción!

—Bueno, pues, atraigamos una buena oferta —le dije entrando en la tienda.

Al ingresar, una música potente que generaba ganas de hacer sentadillas a pesar de que fueran las diez de la mañana nos sacudió los oídos. La tienda era de esas que venden todo tipo de complementos e indumentaria respecto a los deportes: zapatillas, esquís, leggins, camisetas, pelotas, raquetas, cascos de hípica. Los dependientes eran casi todos chicos y bien guapos. La encargada parecía ser la única chica que vestía distinto. Supongo que a este tipo de tiendas les gusta mostrar lo bello y esculpido que te puedes poner si haces deporte, como un mensaje subliminal que te bombardea y acompleja. En mi

caso, hasta incluso me dio algo de vergüenza preguntar a uno de esos chicos tan repeinados.

—Allí están los chándales —me indicó mi hermana.

—Olvídate de llevar un chándal —le aseguré a mi hermana provocando un arco en sus cejas castañas—. ¿Me huele el aliento?

—¿Qué coño de pregunta es esa? —se indignó ante mi exhalación—. Te apesta lo normal.

—¿Lo normal? —pregunté desconcertada.

Un chico de metro setenta, como yo, con ojos negros como el azabache y una nariz muy masculina nos preguntó amablemente en qué nos podía ayudar. Mi hermana marcó sus dos hoyuelos como si fuesen dos agujeros negros en el espacio, dispuestos a tragarse toda su materia orgánica. Yo tartamudeé y luego di dos pasos hacia atrás para guardar distancia con su olfato.

—Buscábamos algo cómodo... —respondió mi hermana.

—¡Unos *legging* con *push up*, un top bastante cortito y unas zapatillas de running cómodas! —intercedí antes de que mi hermana pidiese ropa para aparcar vehículos en un descampado—. Nos gusta cuidar nuestro aspecto aun corriendo y sudando.

El chico se dio la vuelta y nos indicó que le siguiéramos; su nombre venía en una placa identificativa, pero pudiendo mirar esa boca de dientes grandes y alineados, quién querría saber cómo se llamaba. Tenía un trasero firme y ligeramente respingón sobre el pantalón negro y, por un instante, recordé a mi hermana clavando su mirada en el dichoso iPhone, sin levantar los ojos de él.

Hipnotizadas llegamos hasta las perchas que portaban los tops, donde el chico nos indicó que estaban las mallas con *push up* de nalgas. Luego nos aguardó, con una sonrisa, en donde se apilaban sobre cajas de colores las zapatillas deportivas.

Mi hermana era de talla “M” y yo de “S”, forzada. Entrábamos y salíamos de las cortinas del probador como si fuésemos modelos. Los chicos, súper atentos a cualquier gesto nuestro, incluso se ponían de rodillas para atarnos los cordones. La tienda estaba bastante concurrida, lo cual advertía de la afición en invierno por hacer kilómetros a pie e intentar lucir tipo antes del típico destape del verano.

La amplia tienda se convirtió en un laberinto, y la fila de la caja para pagar, una tortuosa yincana. Por suerte, los dependientes se rozaban obligatoriamente con sus clientas para reponer las camisetas que se apilaban en los estantes. En ese momento ocurrió algo que me desconcertó demasiado: un perfume me sacudió los recuerdos. El poder de un olor me transportó a mis veinte años, más concretamente, a mi primera experiencia amorosa.

En cuestión de segundos mi piel se erizó y mi vientre se agitó como si en él hubiese turbulencias. Como una depredadora seguí su rastro entre el tumulto, buscando ese rostro que confirmaría a mi cerebro que podía ser de aquel con quien perdí la inocencia. De todos modos, la colonia Hugo Boss era muy común y cualquiera podía llevarla, no era exclusiva de nadie. Miré a un par de reponedores, pero nada. No conocía a ninguno, por desgracia.

Mi hermana hizo acaparó mi atención sonando sus dedos, pues había dejado la fila paralizada, como cuando el semáforo se ha puesto en verde, pero tú estás entretenido mirando al perro que pasea por la acera, y en seguida vienen todos esos cláxones del infierno, como si aquello fuese una maratón.

—*Keep calm!* —tranqualicé a mi hermana y a las miradas inquisidoras de todas aquellas *runners*—. No van a cerrar el Parque del Retiro. Tenéis todo el día para correr y sudar.

—¡Qué antigua eres! —dijo mi hermana—. Eso es para los jubilados. Ahora la juventud corre junto al río Manzanares o por la Casa de Campo.

—No soy antigua, soy *vintage* —bromeé—. Me gustan los clásicos y decir “voy a hacer footing”, en vez de “jogging”.

En mi antebrazo llevaba un conjunto negro con algunos detalles en naranja fluorescente. Mi hermana se tiró por uno llamativo de esos que mezclan lila, amarillo, verde y naranja. Cuando al fin llegamos a la caja pagué la multa gustosamente, bajo la falsa sonrisa de la dependienta quien, por suerte o tal vez esfuerzo a base de elíptica, no necesitaba un alzador de culo incorporado en las mallas atléticas.

Íbamos a salir de aquel edén deportivo con las bolsas, pero antes de poder abandonar el paraíso de músculos y cuerpos de escándalo, el arco de seguridad comenzó a piar, como el polluelo de un pájaro espino.

Un puñado de pares de ojos se clavaron en nosotras como dardos. Parecía que habíamos sustraído alguna prenda: pensé en mi hermana que era algo más atrevida que yo. Ella me negó con la cabeza mientras la lucecita roja del arco de seguridad competía con nuestra vergüenza en cuanto a rubor.

Un chico se aproximó hacia nosotras, yo me negué a mirarlo a los ojos. Mi hermana en cambio me dio una descripción de él: “buenorro a la vista”.

Al parecer, el más atractivo de los trabajadores vino a ver qué fechoría habíamos tramado las hermanas Sanz. Pero conforme se acercaba, algo extraño galopó debajo de mi pecho. Ahora no era en la barriga, ahora la turbulencia se había unido a una tormenta eléctrica que desestabilizaba por momentos mi corazón.

Luego vino esa fragancia peculiar y varonil... más adelante llegó su voz, y el aliento se me cortó ipso facto. Solo faltaba una azafata pidiéndome que me pusiera la mascarilla.

—Muchas veces son las alarmas que no están desactivadas —se explicó aquel dependiente.

—Pues vaya vergüenza nos has hecho pasar —dijo mi hermana mirándolo a la cara—. ¿Nos vas a cachear?

Yo me dispuse a salir a paso ligero, evadiéndome de la tienda descaradamente.

—Perdona, ¿dónde vas? —preguntó la chica de recepción desde la caja, alzando la voz sobre la música enérgica.

Entonces me detuve. No tenía escapatoria. Me volví con las bolsas y se las entregué a... Joel. Era él, sin duda: así lo indicaba su placa. Ante cualquier opción, decidí hacerme la despistada.

—¡¡Alba!! —se emocionó él al reconocermme frente a la mirada de desapruero de la cajera—. ¿Cuánto tiempo?

—¿Os conocéis? —preguntó mi hermana.

—Digamos que sí —confirmé.

Joel era un chico muy atractivo, pero estaba un poco fondón con respecto a cuando yo lo conocí. Tenía una nariz pequeña, la frente ancha, los dientes pequeñitos y unos ojos azules inmensos. También, un peinado moderno con flequillo laxo.

—¿Ella es tu hermana, Nadia?! —averiguó arrugando la frente—. Es tal cual me la describiste: anchita, con dos simpáticos hoyuelos, la mella en una de sus paletas, pequitas...

—¿No le has contado lo que me huelen los pies? —recriminó mi hermana, molesta.

Joel tomó las bolsas y las pasó por un aparato sobre el mostrador que hizo desactivar la alarma escondida en las zapatillas deportivas.

—Perdona, hacía años que no sabía de él —le masculé a Nadia—. No sabía que tenía tan buena retentiva.

—Arreglado—exclamó Joel para que la fila de la tienda dejara de cotillear—. ¡Fallo nuestro!

—Gracias —dije con los colores aún subidos—. ¡Vámonos, Nadia!

—¿Después de tanto tiempo ya te marchas?! Así, sin más —me recliné aquel chico alto y de enormes ojos azules.

—No sé qué decir —me excusé—. Tenemos prisa.

Mi hermana nos contemplaba atónita, sin entender por qué yo le evitaba con tanto descaro.

—¿Niños, marido, zona en la que vives? —interrogó Joel en la puerta del establecimiento.

—Pues hijos no tengo, ni pareja, ni nada que tenga que ver con la independencia... Ahora vivo como una nómada de aquí para allá, como intérprete —le relaté con el fin de complacerlo.

—Estupendo. ¿Haces teatro? —respondió sin comprender mi profesión—. Pues, yo tuve que dejar el fútbol de élite por una cardiopatía. Aquella chica de la caja es mi novia y con el dinero ahorrado pudimos montar este negocio. No estamos casados, pero la pienso sorprender este sábado con un anillo a lo “Sucedió en Manhattan”. Tenemos una casa adosada en Móstoles y un perro.

—¿Una casa! ¡Qué envidia! Pues ya veo que has avanzado más que yo... —respondí bizqueando a su novia, quien hacía aspavientos desde la distancia.

—Estoy felizmente endeudado —respondió.

—¡¡Estás en horario de trabajo!! La ropa no se va a doblar sola —ordenó la encargada, celosa, por el comportamiento amable de Joel.

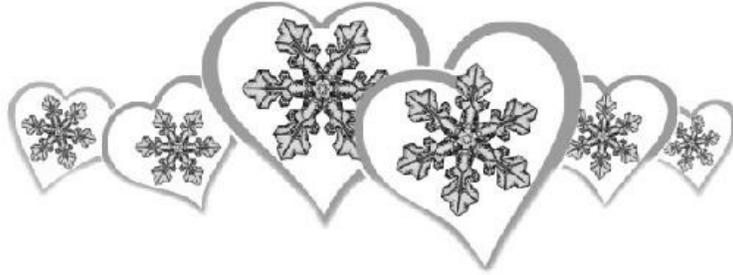
—Bueno chicas, el deber me llama. ¡Volved cuando queráis! Os haré

descuento en la próxima compra.

Me despedí con una sonrisa y le dije adiós a la jefa inquisidora de Joel, para suavizar la situación. A paso ligero caminé hasta el coche empolvado de mi hermana sin mediar palabra. Hasta que no hubiera cerrado la puerta herméticamente del Seat y ajustado la ventanilla arriba del todo, no admití preguntas de mi *sister*.

—¿Qué me he perdido? —cuestionó mi hermana haciéndome una foto para luego reírse con mi cara de susto.

—Es una larga historia, Nadia —respondí—. Arranca este bicho de una vez. Te lo cuento de camino a casa.



3. HISTORIAS DEL PASADO

—**N**o deberías mirar el teléfono mientras conduces —le indiqué a mi hermana.

Ella manejaba, metía marchas y pulsaba la pantalla táctil del iPhone al mismo tiempo.

—¿Quieres entonces que te cuente quién es Joel? —la disuadí del entretenido chat.

Mi hermana se colocó el teléfono móvil entre las piernas y me comenzó a escuchar detenidamente, mientras el aparato daba brincos con cada mensaje.

Yo sujeté el atrapasueños que pendía del retrovisor interior con la mano, ya que se mecía desconcentrándome, y empecé a contarle un secreto que, debido a mi carácter íntimo, le había ocultado hasta el día de hoy.

—Joel fue uno de mis primeros novios. Nunca te hablé de él, porque en ese entonces ibas corriendo a mamá a contarle mis conquistas, y yo para eso era muy reservada. Lo conocí una tarde de sábado en un karaoke, a través de una amiga. Él era una promesa del Atlético de Madrid y también con quién yo creía que me iba a prometer en un altar. Cuando lo conocí, y a pesar de sus diecinueve años, me atrajeron su desparpajo y su nivel de detallismo. Era distinto al resto. Me retiraba la silla cuando íbamos a cenar al restaurante, siempre tenía una poesía para mí e, incluso, me llevaba de viajes sin que yo pagase un mísero euro.

—¡Un buen partido! —se entusiasmó Nadia—. ¿Pero cuándo viajabas, que yo no me enteraba?

—Eran viajes exprés, de una noche. Él se encargaba de todo. Por ejemplo, pillábamos un vuelo a Oporto, cenábamos en un restaurante romántico, luego pernoctábamos en un hotel y a la mañana volvíamos. Yo le decía a mamá que estaba durmiendo en casa de una amiga. Eso me creó una afición a volar, que mira a qué me dedico a ahora.

—Dejó huella en tu corazón —confirmó Nadia, contrastando el testimonio con mi comportamiento.

—Para bien y para mal dejó un rastro imborrable. Pero con esa edad una no ve más allá de mañana y no piensa en sus futuras ambiciones. En el fútbol se gana muy bien y su familia vislumbró un ingreso fácil, por lo cual yo no era la candidata adecuada para su hijo estrella. No tenía la categoría social que buscaban. La verdad es que yo me enamoré a más no poder. Quizá porque con él perdí la virginidad...

—¡Te has tirado a ese pibón! —se sorprendió Nadia.

—¡No seas vulgar! —le corregí—. Hicimos un intento fallido de coito. A cada encuentro acababa peor. Así fue durante seis meses, hasta que lo ascendieron de categoría y me dejó por una lagarta con bastante dinero que su madre le presentó. Aquello me hizo cerrar las puertas de mi estadio, pues me sentí como si fuese el campo de albero en donde se entrena, ya que en cuanto se presentó la oportunidad de jugar en césped natural, Joel se olvidó de dónde venía y de todo lo que habíamos compartido.

—Te dejó por otra chica cuando estabas “coladísima” por él —se sobrecogió Nadia, dando un enorme giro por la rotonda de la Puerta de Alcalá—. El amor conmigo es muy esquivo, yo no tengo grandes hazañas que contarte, tengo amigos con derecho, pero nadie quiere volverse formal tan joven, los abruma el sentirse amarrados.

—Joel era un chico sano, deportista, con falsos valores, pero valores al fin —respondí contundente—. Dentro de sus albores de fama, se creía con derecho a vivir una vida de lujos y promiscuidad. Es el modelo que venden los futbolistas de élite a la juventud: Cristiano Ronaldo, Neymar... lo más grande es que Joel viene de una familia humilde, y en vez de tener los pies en el suelo y afianzar un entorno sólido, ha construido unos sueños efímeros que mira a

dónde le han traído.

—En la tienda oí lo de la cardiopatía, pero ver a una promesa del fútbol colocando ropa nos dice algo de lo que puede cambiar la vida. Parece haberse roto su sueño de grandeza.

—Exactamente no es trabajador, sino que es empresario junto con esa radiante y bella cajera —le expliqué, dejando entrever una nota de sarcasmo.

—No le pega —dijo mi hermana, que de nuevo tomó el móvil.

—¿Quieres mirar al frente de una vez?!

—Tengo un montón de *likes* en lo de mi nuevo trabajo. Estoy deseando desparasitar a un adorable chucho.

—¡Ya estamos con las redes sociales! —me indigné—. Lo llego a saber y no te regalo un iPhone. Te regalo una novela de Ken Follet.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a Facebook e Instagram?

—Porque son tan cotillas como tú. Nos espían, nos vigilan los pasos por internet y, sobre todo, te expones a potenciales depredadores sexuales —argumenté, enroscando mis cabellos rubios en mis dedos.

—No hace falta estar en las redes para eso —confesó mi hermana—. El peligro está en un callejón solitario, en un portal, en un descampado, en un amigo drogado, en un vecino con antecedentes, en un familiar descerebrado... de la pantalla no va a salir nadie a forzarte —teorizó.

Una llamada entrante resonó en el vehículo, mi hermana miró la pantalla y me dio licencia para descolgar: era nuestro padre.

—¿Nadia?

—Papá soy Alba, Nadia va al volante.

—Estupendo —respondió al otro lado del aparato—. No me gusta que atienda el teléfono mientras conduce.

—No te preocupes, visto lo visto le voy a regalar unos manos libres— afirmé al observar el rostro de Nadia mientras conducía e intentaba oír nuestra conversación.

—¡Qué sea de los buenos! Yo te apporto la mitad —me aseguré—. Por cierto, lamentablemente me han cambiado el turno por la baja de un compañero. Dile a tu hermana que no podré acudir a su fiesta de cumpleaños; el domingo iremos a comer al restaurante Balinés que tanto le gusta.

—De acuerdo —le respondí.

—Un beso para mis dos princesas —dijo mi padre y colgó.

—¡Ves! —suspiró mi hermana algo triste—. Lo mejor es que vaya a esa entrevista de trabajo. Al menos me llevaré un buen regalo con la contratación.

—Ya sabes cómo es papá —la tranquilicé—. El deber es lo primero.

—A papá le pasa como a ti —se indignó, ya haciendo parada en el garaje de casa—. Le dais prioridad al trabajo antes que a la familia.

—¿A qué hora tienes la entrevista?

—A las doce del mediodía.

—Pues, como muy tarde estarás en casa a las dos. Solo tienes que comprar unas pizzas y un pastel para la merienda y ya tienes cumpleaños.

—Está claro. Mis amigas nunca me fallan —dijo tomando las bolsas del coche.

—¿Dejamos lo de correr para la próxima? ¡No estoy emocionalmente anímica!

—Haz lo que quieras. Yo me voy a ir a estrenar mis *leggings* con *push up*, a ver si un apuesto runner se fija en mi trasero y me ahorro el viajar a Dinamarca para arrojar la moneda desde lo más alto de la espiral del Rundetaarn. No vaya a ser que el destino ponga un futbolista danés en mi camino y me cambie a la primera de cambio por otra chica —me miró con su mirada verde— y me amargue la existencia y ya no quiera salir a compartir un rato con mi hermana y me refugie en viajes para escapar de lo que no puedo asimilar...

—¡Ya! —le frené en su ensañamiento—. Lo siento. Pero entiende que ha sido un shock verlo ahí, tan feliz y realizado. Ha reabierto una herida que yo creí sanada.

Mi hermana y yo subimos a la casa. Ella estrenó el nuevo conjunto mientras que yo tomé mi móvil para llamar a mi grupo de amigas. Tenían que ponerme al día de sus menesteres. Necesitaba charlar con ellas, despejarme un rato y que me contarán sus locuras en mi ausencia. Las risas estaban siempre garantizadas.

Nadia se fue y yo miré a través de la ventana a los transeúntes mientras el teléfono latía.

—¡Y mi loca! ¿Ya está aquí? —respondió la voz de Saray que me dejó casi sorda.

—Sí —me entusiasmé—. Tengo que contarte algo muy fuerte.

—¿Quedamos en la Gran Vía? —interrogó Saray.

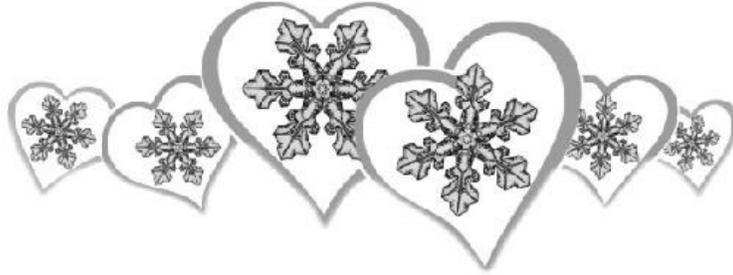
—*Grande, non vedo l'ora di una scossa di cioccolato.*

—*Sono d'accordo* —me respondió en italiano—. ¿No te habrás tirado a un ejecutivo italiano?

—Sí, a uno de la Gomorra... ¡no te jode!

—¡Ja, ja, ja! —rió al otro lado del teléfono—. Entonces, ¿en la heladería Palazzo dentro de media hora?

—Me parece bien.



4. PREPARATIVOS Y COTILLEOS

Bajo una sombrilla en la terraza de la heladería, ya se podían oír las risas de estas dos locas que tenía como amigas. Eran escandalosas, a no poder más. Saray había traído consigo a su alter ego: Petra. Ambas eran como el anís y el brandy: no mezclaban, pero un sorbo de su combinación te ponía bastante alegre.

Saray era de té con hielo; Petra, de batido helado de vainilla; yo, de copa de helado. Me definía como una adicta al chocolate. Y más bien lo usaba para sustituir el sexo, pues no había nada más bueno que estos helados con sirope y nata.

—¡Guapa! —se levantó Petra y me besó enérgicamente—. Esta vez pensábamos que te habías quedado de luna de miel con un empresario.

—¡Albi! —dijo Saray al darme un abrazo—. Mi niña favorita.

La camarera salió a la terraza y me preguntó qué quería beber, pues era hora de desayunar. Yo le pedí una copa de tres bolas de helado de kínder bueno, galleta María y chocolate.

—Vaya homenaje. ¿No has comido bien en Londres? —intrigó Saray.

—No vais a creer lo que me ha pasado —dije misteriosa, observando sus gestos de ceja.

Petra se inclinó hacia delante, Saray tomó un sorbo de su té verde y se mantuvo firme, dispuesta a darme un consejo si lo necesitaba. La camarera plantó aquel helado calórico frente de mí y mis ojos se engrosaron como platos. Clavé la cuchara en la bola más alta, y sentí en mi paladar el

placentero y frío sabor del chocolate.

—¡No te hagas de rogar! —bromeó Petra y sujetó mi mano izquierda, que sin descanso viajaba a mi boca como si fuese la pala que llena la caldera de un tren de carbón.

—Resulta que fui con mi hermana a comprar ropa deportiva en una tienda nueva que han abierto en Móstoles. Sí, sé que queda lejos, pero mi hermana estaba empeñada con aquella tienda.

—¿Es un *outlet*? —intrigó Saray.

—Es el paraíso de los tíos buenos... Supongo que los ponen para que no mires mucho los precios y compres sumida en el deseo.

—¿Y qué te paso allí? —intrigó Petra—. ¿Te propusieron un *ménage à trois*?

—¡No seas burra! —le atajó Saray—. ¿No ves la ansiedad con la que ingiere? Claramente no es agradable lo que le ha ocurrido.

—Sinceramente no lo esperaba —confesé—. Yo mantenía el tipo delante de todos esos chicos, pero al salir por la puerta con las bolsas, la alarma comenzó a pitar, justo cuando más llena estaba la tienda. Me puse roja como el culo de un mandril. ¡Pero ahí no acabó mi completa mañana!

—¡Uff! —añadió Saray—. Yo me muero si me suena la alarma.

—Y todas las chicas y sus madres mirándote como guardias civiles, ¿verdad? —intuyó Petra, dando un sorbo a su batido helado de vainilla.

—Si solo hubiese sido eso... lo peor fue el chico que vino a comprobar si habíamos sustraído algo —aclaré rebañando la cuchara—. Mira que había varios “míster deportes” recolocando la ropa y las zapatillas, pero a la señal de alarma no acudió ni el cuadrado, ni el atractivo, ni el fibroso... No. Vino aquel que olía bien y tenía un pasado conmigo.

—¿Cómo? —intrigó Saray, inclinándose hacia delante como Petra.

—Sí —afirmé al mismo tiempo que cebaba mi ansiedad con la primera bola—. Me reencontré con Joel después de siete años.

—¡La virgen! —dijo Petra.

—Si lo era cuando lo conocí —bromeé ante su susto—. No me agradó volverlo a ver. Fue como revivir de nuevo una etapa que había dado por olvidada.

—¿Y qué hacía allí? —preguntó Saray mientras hacía girar ruidosamente el palito de metal que había dentro de su té verde—. Recuerdo que lo había fichado un equipo inglés.

—Tuvo tiempo para contarme todos los detalles...

—Un apunte —interrumpió Petra con aires detectivescos—. ¿No te encontraste con él dentro de la tienda? ¿No te parece sospechoso que apareciera cuando te marchabas?

—El destino supongo... basta que no desees algo y ¡pum! Te lo planta en las narices —contesté.

—Tienes razón, Petra —dijo Saray y dio un sorbo para aclarar su garganta—. ¿Y si lo hizo adrede? Te metió una alarma en la bolsa o en el bolsillo.

—Al parecer, estaba en las zapatillas—aseguré, y me dispuse a clavar la cuchara en la crema oscura donde las bolas flotaban mientras se derretían.

—Mucha casualidad —malpensó Saray—. ¿Te preguntó por ti o se preocupó en fardar sobre su vida de futbolista?

—Me preguntó primero, luego soltó que había dejado el fútbol por un problema en el corazón.

—¡Uy! Estaba dando pena... Eso es que buscaba tu cariño —dijo Petra.

—Ya no estaba tan musculado, estaba al límite de peso. Lo que ocurre es que, como es alto, defiende muy bien los kilos. Pero su perfume y su mirada azul actuaron como llave maestra, una de esas llaves que abren todas las cerraduras.

—Es increíble la de vueltas que da la vida —reflexionó Saray.

—¿Y cómo le iba de dependiente? —preguntó Petri—. Vaya palo, que te coman la oreja con que eres el nuevo Messi y que luego acabes dado de baja.

—Igual se lo merecía por engreído —afirmó Saray.

—La cuestión es que el negocio era suyo y de su novia pluscuamperfecta. Al parecer tenían una buena casa, compartían un perro y se iban a casar... se le veía feliz.

—Pues, debe haber tenido que agenciar dinero para montar un negocio, comprarse una casa y demás —auguró Saray.

—¿Y quedasteis para tomar un café otro día? ¿Te dio su número de móvil?

—No hubo más —dije al poner fin al helado—. Pero ya pueden estar

regalando la ropa, que no pienso pisar esa tienda ni una sola vez más.

Mientras yo colocaba mi copa de cristal en el centro de la mesa, Petra miraba mi dedo con detenimiento:

—¿Y ese anillo?

—El ratón Nadia —dije entre risas—. Siempre me deja una carta o un detallito cuando regreso de mis viajes.

—¡Qué tierna!

—Mi hermana es especial... Por cierto, chicas: este año le he mentido y puedo asistir a su cumpleaños —les confesé—. Se lo he pintado todo como que tengo que trabajar y demás.

—¡Qué mala eres! —se indignó Saray.

—Le quiero preparar una fiesta sorpresa. Tiene una entrevista de trabajo para un veterinario y está súper ilusionada. A la vuelta, le sorprenderé con todos sus amigos... ¡Ideas, chicas!

—Un *boys* que le vende los ojos en casa con una silla—sugirió Petra.

—Eso para cuando sea tu despedida de soltera. —Me negué a su petición.

—Globos, ¡muchos globos! Y cuando los cruce, que estés tú y tu padre esperándole con una tarta con las velas encendidas —se entusiasmó Saray.

—¡Eso es genial! —dije con alegría—. Lo único problemático es que mi padre tiene el turno cambiado y trabaja, pero la idea es súper.

—¿Y qué le vas a regalar? —intrigó Saray.

—Un dispositivo de manos libres para el coche, unas gafas de sol de marca, y un regalo gordo que le estoy preparando: ¡un viaje a Dinamarca! Está obsesionada con una torre barroca que hay en Copenhague.

—¡Menuda sorpresa se va a llevar! Será el mejor cumpleaños de su vida.

—Después de cuatro años, esa es la idea. Los jefes pasan de tu vida personal. Pero lo convencí, me debía las vacaciones del año pasado y ahora tengo un mes para descansar.

—¡Bien! Eso significa que quedaremos muchas veces, muchas quedadas de chicas —sonrió Petra.

—Este año será inolvidable —dijo Saray—. Será único.

—Mañana después del cumpleaños, ¿quedamos para cenar? —pregunté.

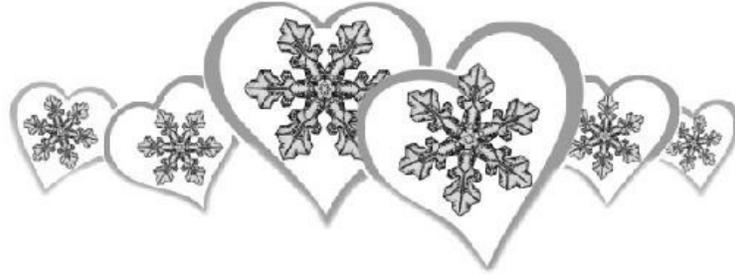
—Pizza de atún no, por favor, nos van a llamar las gatas de Madrid —

bromeó Petra e imitó las garras de un felino con su manicura de gel.

—Soy fanática del atún, lo confieso.

—Y del chocolate —añadió Saray, levantando mi copa pintada de chocolate derretido.

Pagamos la cuenta y me acompañaron a comprar los preparativos para la fiesta de Nadia. Aquel día fue bastante señalado para mí.



5. UNA SORPRESA INOLVIDABLE

Legó el día y Nadia salió temprano en coche para la entrevista de trabajo. El cielo estaba gris, como una losa de plomo. Mi padre la había llevado a desayunar churros y chocolate antes de tomar cada uno un destino distinto. Yo, mientras tanto, pasé un trapo por el polvo de los muebles, localicé a todas sus amistades y comencé a inflar globos junto con sus mejores amigas. Este iba a ser un cumpleaños-almuerzo, cuando normalmente siempre se celebraban en las meriendas. Por Whatsapp me comunicó que le habían concedido el trabajo así que la celebración iba a ser doble.

Los globos eran blancos y verdes, como los ojos de mi hermana. La idea era ocupar todo el salón con cosas brillantes, pero era demasiado grande y nos habríamos quedado sin pulmón a mitad de faena. Entonces, llenamos todo el *hall* de entrada con globos, los cuales quedaron algo apretados por ser este lugar más reducido. Tras los globos colocamos una gran mesa con una tarta que portaba dos velas que anunciaban veinticinco años. La tarta era una réplica de un veterinario con una camilla para perros, entre otros adornos. Los regalos míos y los de los invitados los colocamos apilados como si fuese la propia noche de Navidad; solo faltaba el árbol y los zapatos.

Sus amigos se frotaban las manos con deseos de ver los hoyuelos hipnóticos de mi hermana al sonreír. La verdad es que aquello parecía una fiesta de graduación. Para el almuerzo yo había comprado jamón y queso ibérico; canapés y croquetas; langostinos y champán. También habíamos preparado un CD con música para ponerla de fondo y hasta ensayamos el grito

de ¡sorpresa!

Pero de pronto ya había pasado media hora del tiempo que estimamos para esperar a Nadia; ella ya debía estar en casa. Entonces pensamos que, con tanto secretismo, la pobre quizás habría creído que iba a celebrar sola sus veinticinco años y habría decidió pararse a almorzar en soledad en algún bar de carretera. Lucía, amiga íntima, comenzó a llamarla, pero Nadia no descolgaba el teléfono. Luego, también lo intentó Ignacio, su amigo gay, al temer que fuese un tema de cobertura móvil.

—Ya vendrá —les calmé—. Tal vez la han contratado y le están enseñando las instalaciones.

Aguardamos media hora más y, por fin, la puerta sonó.

—¡Quietos! —pedimos un silencio colectivo ante la llegada de mi hermana.

Cerramos las cortinas para que todo estuviese tenue. Las llaves sonaban con cada giro y nuestras risas de impaciencia resonaban como murmullos contagiosos. La sorpresa iba a ser mayúscula... pero para todos nosotros.

Tras los globos se divisó una silueta más alta de la esperada.

—¡¡Sorpresa!! —exclamaron al unísono los invitados.

Yo no dije nada, sabía que esa sombra tras los globos no era la de mi hermana, lo cual me desconcertó bastante.

Apartando los globos a manotazos, mi padre se plantó frente a los que ya no sonreíamos y me abrazó. Aquello me pareció un *dejavú*, como cuando mi madre había fallecido y mi padre trajo la noticia a casa desde el hospital. No podía ser, pero el destino, al parecer, reinició la espiral de destrucción de las Sanz.

—Ha tenido un accidente de coche —confirmó mi padre entre lamentos—. El jodido teléfono móvil parece que le distrajo.

Con odio miré a Lucía y a Ignacio por haberla llamado, posiblemente habían sido ellos los culpables por haberla despistado.

—¡¡Fuera de mi casa!! ¡¡Todos!! —ordené enfurecida.

Luego recuerdo que me quedé abrazada a mi padre, sintiendo su punzante bigote en mi rostro. Yo no quería despegarme de él, el dolor nos mantenía atenazados. Éramos como imán y hierro, como una hoja de papel a punto de ser partida en dos por una vil mano.

Recuerdo que me desmayé y desperté pasadas unas horas, en el sofá de casa, con una foto de mi madre y otra de mi hermana sobre el abdomen.



El velatorio fue multitudinario. Jamás vi tanta gente entrando y saliendo para darnos el pésame. No encontraba la manera de hallar consuelo, ni con las palabras de mis familiares, ni con los abrazos de mis amigas Petra y Saray.

Nadie está preparado para entender un suceso así, una marcha irreversible a tan corta edad. Ahora supongo que estará con mi madre, en algún plano espiritual; no podía pensar de otra manera para relajarme.

Mi padre, sencillamente, se dejó caer sobre el cristal donde estaba la caja funeraria sin decir nada; ni se movía. Parecía un mosquito aplastado contra el vidrio. Y yo le entendía, pues el destino nos trataba como a insectos exterminados por un manotazo. La noticia que le tuvo que dar su compañero de carretera le había desquebrajado el alma, y su bigote ya no empapaba más lágrimas. Los porqués no hallaban respuesta alguna.

Ella estaba allí, en ese ataúd, junto a una corona de flores. Todos sus sueños, sus ilusiones y proyectos perecían bajo la madera de la tapa de pino. Ahora, sus pretensiones vitales, ese trabajo que iba a emprender, su fiesta de cumpleaños, el haberse marchado sin saber que yo iba a estar en Madrid de vacaciones... Ahora esas conversaciones serían para siempre mi remordimiento, la fusta que me conduciría hacia una segura depresión.

—El coche ha quedado destrozado, pues tropezó de frente contra un camión... El maldito móvil parece que distrajo la atención de Nadia —masculló una mujer sin ningún tipo de reparo.

Yo no tenía fuerzas para nada. No tenía siquiera ganas de vivir.

Durante una conversación, mi hermana me dijo una vez que prefería ser enterrada así, cuando yo estuviera triste, siempre podría ir a hablar con ella, aunque fuese mentalmente. Nuestra madre había donado sus tejidos y órganos para luego ser incinerada.

El entierro fue lo peor. Jamás atendí tanto tiempo a una misa y, encima, luego vino el camino en soledad por el Camposanto hasta llegar al nicho que correspondía. El día de su cumpleaños fue la línea que la vida había pintado en el suelo, para que cuando la cruzará en el tiempo —justo a los veinticinco años desde que nació— ya estuviera del otro lado. ¡Maldita seas!

Tan pronto fue sellada en el alto nicho con una escayola, mientras esculpían la esquela, todos nuestros amigos y seres queridos se marcharon. Nos quedamos mis dos amigas, mi padre y yo, abrazados sin intención de abandonar a Nadia allí. El pensamiento de que estaba sola nos abrumaba, pero más nos descorazonaba pensar que se llegó a sentir desamparada cuando estaba viva.

Entonces Saray me confesó algo, quizá por intuición emocional femenina o tal vez por pura compasión.

—¡No sabes cuánto lo siento, Alba! De veras... pero quería contarte una cosa que hice. Me tomé la licencia —relataba entre lágrimas— de llamarla tras nuestra reunión en la heladería para decirle que te ibas a quedar para su cumpleaños.

—Sí —confesó Petra—. Yo le apoye en esa decisión. No veíamos justo que tu hermana se sintiese triste por cuarto año consecutivo y creímos que hacíamos lo correcto, ¡que debía saberlo!

—Le habéis fastidiado la sorpresa de los globos —les recriminé seria—. Al menos murió contenta al saber que su hermana le estaba preparando un cumpleaños inolvidable. ¡Lo sabía! Gracias, chicas... en esta ocasión ha sido un bien.

Mi padre no tenía palabras, se había quedado mudo desde el primer minuto del fatídico acontecimiento.



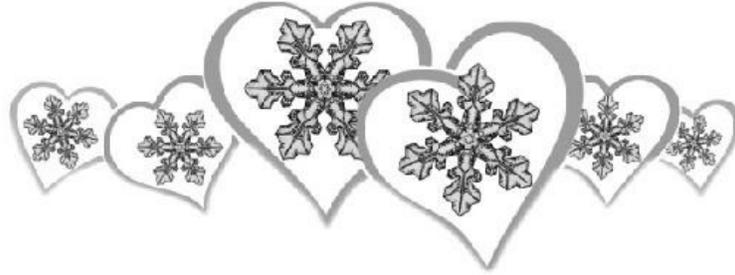
Pasaron unos días, no había arreglo al dolor, tan solo resignación. Yo debía partir de Madrid, abandonar todo lo que me estaba hiriendo. Cada recuerdo de la casa, cada calle en donde había pasado un instante con ella, su habitación, sus dos hoyuelos...

Mi padre pidió la baja laboral por depresión: seguía sin poder hablar y se pasaba los días enfundado en un pijama sin salir de casa, por lo cual contraté el servicio de una empresa de asistencia que cocinaba, lavaba la ropa y hacía los recados. Yo iba a emplear mis vacaciones en evadirme de la realidad.

Tomé una mochila y me fui a mi agencia de viajes de confianza. Allí pregunté cuál era el primer vuelo hasta Copenhague y, casualmente, había plazas para ese mismodía. Compré un billete solo de ida. No sabía cuál iba a ser mi ruta ni cuantos días iba a estar; tampoco si volvería alguna vez. Estaba dispuesta a agotar todos mis ahorros sin importarme el mañana, sin dar explicaciones a nadie y en pura soledad.

Pedí un taxi hacia el aeropuerto y cuando le pagué al conductor, supe que ya no había vuelta atrás. Aguardé el vuelo en una incómoda silla, con la mirada perdida, en vez de buscar regalitos por el *dutyfree*. Mi cabeza estaba desconcertada y no atinaba a nada más que a darle vueltas al anillo de dos alas que me había regalado mi hermana con sumo cariño.

La terminal finalmente dio aviso del embarque y, con un firme paso, puse rumbo a Dinamarca.



6. EN EL CENTRO DE LA ESPIRAL

No sabía dónde iría a hospedarme ni qué iba a hacer exactamente. Digamos que viajaba sin brújula y sin agenda donde programar los lugares que visitaría. Mi norte lo encontraría en el norte y sin pensar mucho, yendo hacía donde me daba la gana.

Allí era una completa desconocida, una turista más de paso que echaría un par de fotos y luego se iría para siempre. Pero me gustaba caminar a la deriva como un pez solitario en el inmenso mar. No buscaba respuestas a lo sucedido, solo quería no centrarme en lo sucedido.

El día allí estaba soleado, aunque el sol vikingo no parecía de igual intensidad que el ibérico, y el azul del cielo era más tenue que el de mi Madrid. Hacía un poco de frío. Por suerte la ropa con la que había aterrizado en Copenhague era la adecuada: gorro de lana blanco, jersey largo y pantalón multibolsillos. En la pesada mochila llevaba mudas interiores y varias prendas distintas... Ciertamente no estaba pensando con claridad, todo el caos acontecido no me dejaba centrarme; cualquier detalle parecía un mundo.

Allí no tenía el apoyo de mis amigas, ni tampoco los consejos de mi padre... solo podía ajustar cuentas con mi mente. Quizás caminar entre la masa de gente y dejar que los días pasaran hasta que la culpa se fuese borrando de mi piel, como un tatuaje hecho con témpera escolar, era mi única salida.

En cuanto tuve ocasión cambié unos euros por coronas, que es la moneda oficial de Dinamarca. Hacía años había estado por aquí con mi primer jefe.

Estar de escala en escala, de tren en autobús y demás medios de viajes, te convierte en una persona a la que el tiempo nunca le sobra. Una pausa es un privilegio falso que te hace ceñirte a los instintos y necesidades sin pensar más allá de satisfacerlos al instante. Eso ocasionó —aunque supongo que él conocía ese trastorno del *traveler novato* y lo usaba a su favor— que entre mi superior y yo naciese una aventura romántica que duró poco, ya que, al parecer, él se iba tirando a todas las chicas nuevas que entraban en la agencia.

Quizá por estar siempre en las alturas me gustaba ver las ciudades en su conjunto, desde lo alto. Él me había llevado hasta la última planta de la torre Rundetaarn, y luego habíamos subido al mirador de Christianborg para ver una panorámica de la ciudad y finalmente tomar un *brunch* de aperitivos dulces y salados en el conocido restaurante, Ofelia, con vistas a un bonito canal. Luego de que me hubo embelesado con los encantos de aquella bonita ciudad y llenado la barriga con vino, volvimos al hotel, me buscó en mi habitación y la pasión danesa reencarnó en nosotros.

De todos modos, ese episodio había pasado, ahora no había amantes ni ganas de estimular ninguna emoción. Seguía empeñada en sumergirme en el olvido y desvincularme de la cruda realidad que me acontecía. Por desgracia, aunque visitaba muchas ciudades con mi trabajo, nunca podía empaparme de la esencia de sus calles, que dan genuinidad al conjunto cultural.

Con la calderilla en la mano me acerqué hacia un puesto ambulante de comida, una caravana donde cocinaban comida rápida. El camión culinario era despachado por dos chicas de aspecto puramente azteca. El olor a queso y a carne me deleitó los sentidos, entonces pedí unas ricas quesadillas y unos nachos, que me cocinaron ipso facto, nada danés pero delicioso. Pagué en coronas y me llevé la comida hasta el paseo marítimo del canal Nyhavn. Allí me senté en el cantil y, con las piernas lacias como si fuese a sumergirme al mar, comencé a contemplar las piraguas, barquitas y barcos de madera históricos de color blanco, azul y rojo. Y hacia el frente, las coloridas fachadas de los edificios conocidos como *petit hôtels*.

Todo era muy extraño: una española comiendo comida mexicana a los pies de un canal de Dinamarca para evadirse de una muerte que ya había ocurrido y que por mucho que hiciese, jamás sería reversible. Los barcos pasaban y yo

pensaba en la vida, en que somos turistas del espacio-tiempo. Todo el mundo está de paso: Te asignan una nación, un sexo y unas trabas para tu día a día. Está bien poder decidir entre intentar allanar tu camino y tirar para adelante, o bajarte del tren al que no decidiste subir mediante el suicidio... pero que el destino decida por ti cuándo debes de irte y sin previo aviso, me parece lo más mezquino que nos puede suceder.

No habían pasado muchas horas cuando decidí ir en busca de la torre de Rundertaan. Tenía en el bolsillo de mi pantalón una moneda de dos euros que había encontrado en la hucha de mi hermana y decidí ir allí arriba a cumplir su loco sueño de arrojar la moneda desde lo más alto.

El ambiente cosmopolita de Copenhague te integra en su mestizaje cultura. Edificios de arquitectura singular, modernos y barrocos, bibliotecas, museos, cafeterías, zonas de descanso. Una de las cosas que más me gusta es el aire de paz y tranquilidad de sus calles. Allí, la mayoría de los daneses se desplazan en bicicleta, y no hay bullicio de estrés contagioso como en Madrid.

Eran las tres cuando llegué, al fin, a la Torre Redonda. El edificio barroco era precioso y databa del siglo XVII. En su momento, había sido construida como observatorio astronómico. Este gigante de 35m solía formar parte de un conjunto en donde había una capilla universitaria y una biblioteca. Ahora, el edificio es multifuncional.

La entrada era gratuita, pero para subir del todo tenías que pagar unas treinta coronas y, una vez estando allí, no pagarlas era perder la oportunidad de estar en lo más alto de Copenhague. Supongo que, de tener, este edificio, escaleras, pocos serían los osados visitantes que pagarían.

Una encaracolada subida empedrada se trenzaba sobre sí misma por los siete niveles. Era bastante ancha pues, por allí, según cuenta la historia, en 1642 la había subido a caballo Christian IV y, más tarde, precisamente en 1716, Catalina I —mujer del zar de Rusia— había repetido la gesta con un coche tirado por seis caballos. Por lo cual, ahora te ahorras estar rozándote con todo el mundo y dando mochilazos con cada giro. Las paredes eran perfectamente lisas y blancas, súbitamente cuidadas para una agradable visita; en el suelo no había colillas ni envoltorios de chicles o chocolatinas. En una de las plantas se abría una puerta hacia la sala de la biblioteca, y en aquella

zona había una exposición de pinturas. Normalmente me gustaba el arte, pues me encantaba cazar objetos antiguos de colección en cada lugar que visitaba, pero mi estado de ánimo allí parecía no permitir que algo captase mi interés. El aroma a café inundaba mi olfato, allí había uno muy bueno, pero tenía que seguir con mi propósito de llegar arriba, como un equino de esos que tiraron de la carroza de la valiente mujer del Zar.

Continué con mi sendero helicoidal, como si caminase en una espiral hipnótica, y por un momento sonreí pensando en los hoyuelos que se pronunciaban con la sonrisa de mi hermana. Cuando vine con mi exjefe, no me había dado cuenta de todos estos detalles.

Antes de llegar al observatorio hallé unas columnas cuadradas de madera, las cuales servían antaño de tendederos de ropa para los ciudadanos. No me extrañó, teniendo en cuenta el clima frío y húmedo que allí tenían. De no haberme contado nadie la historia, hubiese pensado que aquellos postes se usaban para amarrar a los esclavos y castigarlos a latigazos; pero supongo que esa era tan solo mi derrotista punto de vista, consecuente de mi estado depresivo.

A una considerable altura hurgué en mi bolsillo, buscando la moneda de dos euros que me traje de Madrid. Aquella moneda no podía ser normal, seguramente la debía atesorar como ahorro, estaba brillante e impoluta, así que la tomé en mis manos y hablé con mi hermana, como si ella estuviese allí:

—Hola, Nadia. Sé que estás aquí. Hoy tendrías veinticinco años y unos días. Te echo muchísimo de menos y no puedo soportar no volver a verte. No volver a vivir esas charlas en el coche polvoriento, las risas, tus regalitos bajo la almohada, tu carácter alegre y algo infantil. Ahora vengo a cumplirte este sueño o capricho, ya que, conociéndote, eres bastante testaruda cuando una idea se mete en tu cabeza. Arrojaré esta moneda por ti, para que ruede en espiral hacia abajo, y espero que la recoja el hombre de tu vida... Y que no sea un abuelo ni una chica. Espero que sea una persona especial y que su alma, de alguna manera, se una a la tuya, donde quiera que esté. Te amo, hermana.

Coloqué entonces la moneda de canto y, con pocas esperanzas de que llegase hasta abajo del todo, la dejé caer como una rueda por un barranco. La moneda, a pesar del abrupto suelo adoquinado, continuó con su descenso

helicoidal.

—¡Buena suerte! —exclamé al aire.

A aquellas horas apenas había turistas subiendo y bajando, pero de igual forma no dejaba de ser un monumento famoso para los viajeros. Usando el inglés, una familia me pidió que le sacase una foto: había un adolescente con camiseta blanca que decía “I love York”, una mujer embarazada y un hombre encorvado que llevaba gafas de pasta.

Yo esperaba un móvil, pero el hombre me entregó una cámara réflex, concretamente una Nikon. Aquello tenía más botones que un monoplaza de fórmula uno, pero gracias al idioma que compartíamos me dio una *master class* exprés, la cual supo arrancarme una sonrisa como resultado de mi torpeza.

El niño tenía una Polaroid colgada del cuello y su madre sujetaba un plano de Copenhague.

El *flash* que reflejó la cámara volvió la pared de la torre aún más blanca. El retrato de aquella familia de York me dio nostalgia. No pude evitar pronunciarles un consejo:

—*Enjoy, time never comes back.*

—*Of course!* —respondió la mujer, y acarició su barriga.

Aquello me dio una lección, una demostración vital. Pues estaba en el centro de una espiral que bien podía ser el destino, una línea que se expandía para volver luego al mismo punto. Mi hermana acababa de perder la vida y aquella mujer traía consigo un nuevo habitante para reponer la perdida.

Caminé a paso ligero para alejarme de la alegría de los tres que disfrutaban felices, y me adentré en el planetario. Allí había una representación en tres dimensiones del sistema solar, una zona con telescopio a la que no se podía acceder y un extraño cristal que cubría un agujero hueco.

La gente aguardaba en fila india, esperando para tomarse un *selfie* sobre la plataforma acristalada. Detrás de mí, había unos rusos que hablaban sobre el núcleo hueco:

—Svetlana, cuando pongas tus pies sobre el agujero, estarás a 25 metros sobre el punto cero de Dinamarca. Desde aquí partieron todos los cálculos para realizar un mapa del reino danés en 1760.

La información me vino genial, pues mi jefe me había llevado directamente a la terraza para ver la ciudad en una panorámica de 360°, y no pude llegar a ver nunca aquel agujero acristalado, similar al centro de la espiral en la que estaba sumida.

Cuando me tocó a mí, no tuve ganas de una foto, lo cual me hizo recordar que no había desactivado el modo avión del móvil para avisar a mi padre y a mis amigas de que había llegado bien al destino. Subí a la plataforma y un escalofrío recorrió mi espalda. Sobre el cristal estaban señalados los puntos cardinales. Comencé a reflexionar sobre qué rumbo tenía que tomar mi vida. Sentí que debía tomar una decisión. Estaba en el centro de mi destino nuevamente y aquello podía ser un nuevo comenzar. Al mirar hacia abajo pude ver la apertura entre rocas, perfectamente redonda y alta. Aquel hueco vacío parecía una radiografía de mi alma, pues, me sentía tal cual por dentro. De repente un *flash* me sacudió el rostro, de nuevo esa familia feliz.

—*Surprise!* —exclamó el adolescente con su Polaroid.

Yo sonreí muy falsamente y me aparté hacia un lateral; el niño sacudió su mano como si se estuviese quemando y luego me entregó la instantánea. Me pidió que no la manoseara, ya que se estaba revelando lentamente.

Yo la tomé, le di las gracias y me asomé a la terraza para ver la ciudad desde la altura. Unas nubes hicieron de visera, parcheando los tejados de los edificios de la ciudad. De nuevo, tras muchos años, contemplé la majestuosidad de aquella nación. No tenía prisa por irme y aquel niño me había dado una idea que no estaría mal: inmortalizar recuerdos.

Según cuentan los expertos, los sucesos traumáticos cuestan ser olvidados, como si se grabasen a fuego. Según leí en aquellos días de luto, en estos casos se liberan dos hormonas: la noradrenalina y el cortisol. La primera aumenta la frecuencia cardíaca y controla las respuestas de lucha o huida, pero, al parecer, tiene un potente efecto neurotransmisor que aumenta la capacidad de la memoria. Eso se suma al mencionado cortisol, que mantiene los recuerdos más tiempo en nuestro cerebro. Entonces he ahí mi resultado: trauma para rato.

No tenía prisa, sabía que el proceso sería largo, y la soledad no era más que un viaje de conciliación con mi conciencia. Pero algo sucedió a treinta y cinco metros del suelo, pues, de repente, me quedé ciega. Unas manos se

posaron sobre mis ojos, como un antifaz de carne y hueso. El susto fue mayúsculo, pues quien me estuviese agarrando por detrás hacía presión en mi mochila y me empujaba contra la barandilla de la terraza.



7. CONFESIONES EN EL EXTRANJERO

¡Mi corazón se puso a cien! ¿Y esas manos? Pensé primero en la feliz familia de York. Habían cogido confianza conmigo y me estaban gastando una broma... pero no. No eran ellos.

Luego pensé en Maxi, mi exjefe. Esta zona de trabajo era territorio suyo y perfectamente podía ser un candidato para encontrarse conmigo en el extranjero. Pero él era más serio, no podría esperar algo así de esa persona rígida y pluscuamperfecta.

Mi olfato dio la señal de alarma ante lo imposible. Supongo que las hormonas depresivas me estaban conduciendo a una psicosis paranoica; sin lugar a duda necesitaba chocolate y una charla de amigas. Pero aquello era demasiado real, ya que mis pestañas estaban cautivas en las cuencas de unas manos. Y tal vez era una coincidencia que esa persona usase ese perfume a Hugo Boss tan característico, pero de pronto la voz me sacó de dudas al instante, y confirmó el peor de mis presentimientos.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh?!—exclamó con un tono absurdo, sin dejar en claro si preguntaba o afirmaba.

Retiré sus manos de mis ojos y me giré boquiabierto por las casualidades del destino. Era la última persona que quería encontrarme allí y en ese estado.

—¿Joel?! ¿Eres... tú? —me extrañé ante la coincidencia.

Estaba distinto en cuanto aspecto. Nunca le había visto esa barba rala y espesa que lo volvía más moreno y resaltaba el azul de sus ojos, como dos cometas en un cielo oscuro.

—Qué yo sepa lo soy —afirmó, trastabillando un poco sobre sus pasos.

—Pe...pe... pero —tartamudeé—, ¿qué haces tú aquí en Copenhague?

—Lo sé. Debería estar en la tienda bajo las órdenes de mi jefa —comenzó a hacer bruscos aspavientos para explicarme las cosas— eso sería lo correcto. ¡Pero vine a tomarme unas cervecitas!

—¿Unas cervecitas?! —dudé ante su estado—. Estás borracho, no puedes sostenerte en pie.

—Estoy mareado por la rampa, es como una atracción de feria. ¿Por qué coño no han puesto un ascensor? Por cierto, ¿es aquí donde está una de las montañas rusas de madera más viejas del mundo? De eso les vendrá la afición de hacer torres con forma de caracol.

—Mira, no tengo ganas de hablar contigo —le respondí al mismo tiempo que en la terraza apareció el trio familiar con su réflex y su Polaroid sedientas de instantáneas—. De hecho, eres la última persona con la que quiero hablar en este mundo, ¿me entiendes?

—Más claro no me lo has podido decir, rubia —respondió abriendo esos dos preciosos ojos celestes.

El hombre de York le entregó las gafas de pasta a su mujer embarazada y, al escuchar el alto tono de voz que empleábamos en nuestra conversación, vino decidido a reducir a aquel borracho.

—Hi! —me saludó, y luego dijo en su idioma— ¿Este chico te está molestando?

—No... —me ruboricé—. Ha bebido un poco y no controla.

—Soy policía —me afirmó—. Cualquier problema y lo mandamos a dormir al calabozo de mis compañeros daneses.

—Entendido —le respondí al padre de familia que había sacado su instinto defensor y caballeroso típico de su país—. Pero es un viejo amigo, y ya sabe, los españoles somos muy escandalosos.

El imbécil de Joel no tuvo otro destino a donde ir que dentro de mi espiral. Acudió borracho al mismo centímetro de Dinamarca en el que yo imbuía mi alma de paz y nuevas energías. ¡Qué inoportuno!

El cielo cada vez se volvía más gris, como mi corazón, y ni sus dos ojos fueron suficientes para solear mi estado emocional.

Cuando caminé hacia otro lado para pasar de él lo escuché gritando en la terraza, mientras los que intentaban disfrutar de la bonita panorámica se echaban las manos a la cara.

—¡¡Podría haberme enfrentado a vuestro equipo, el Kobenhavn, en liga de campeones!! Pero tenía un problema en el corazón que descubrieron tardíamente. ¡Pero mi fracaso no quedó ahí! ¡¡No!! —gritaba a los cuatro vientos Joel subido al filo de la terraza, a más de treinta metros del suelo.

—Pero ¡¿qué haces?! Estúpido, estás borracho... ¡Vas a dar un traspies y te vas a matar!

—No quiero vivir —dijo al cielo de Copenhague—. ¡Mis problemas de corazón no solo afectan a mi futuro deportivo, sino que al parecer tampoco me permiten ser amado!

—¡¡No te victimices, Joel!! —le rogué aferrándome a una de sus piernas—. Una pelea amorosa no es nada en comparación con el suicidio

—Me dejó plantado con el anillo de bodas y clavado de rodillas en una discoteca muy prestigiosa, donde me dio un “no” rotundo. Fui la vergüenza de Madrid... otro fracaso para mi palmarés. ¡Suéltame, no quiero vivir, rubia! Un placer haberte conocido. Una ciudad bonita para poner fin a mis días...

Entonces subí a la barandilla junto a él, con mi pesada mochila como lastre. Él me miró a los ojos con ese azul que engullía a los míos y entonces le confesé:

—Escúchame, ¿te acuerdas de mi hermana?

—¿Cómo olvidarme de sus hoyuelos?

—Pues murió en un accidente al día siguiente de visitar tu tienda.

—¿Nadia? Pero si era muy joven...

—No creas que no me dan ganas de tirarme contigo y poner fin a esta agonía... pero tenemos que seguir en adelante por ellos, por nosotros mismos... ¿cuánto pagarían por vivir unos años más, aquellos a los que se les agotó la vida? ¿Por poder hacer todo eso que no tuvieron tiempo para decir o hacer?

—Joder... eso sí que es duro —dijo Joel mientras caía de espaldas; yo seguí su gesto.

Pero no nos caímos al vacío, sino que tiraron de nosotros dos hacía atrás.

La policía danesa nos había bajado de la terraza y nos esposó sin mediar palabra. Luego bajamos la espiral maniatados y al pasar por los postes cuadrados de madera, pensé que nos iban a sacudir a latigazos... todo por culpa del inoportuno de Joel.

—¡Te parecerá bonito lo que has liado!

—Perdona... simplemente quería desaparecer —respondió Joel—. Las casualidades de la vida, tenías que estar tú aquí para verlo... El karma, supongo.

—Te confieso que eres la última persona que me gustaría tener al lado en este viaje de resignación... ¿Te queda claro?

La policía nos llevó a la comisaria. Allí nos tomaron la declaración y comprobaron que Joel estaba algo bebido. En mi danés primitivo les pedí disculpas y luego, en inglés, les narré lo sucedido y los convencí de que me había subido para que él no cometiese una locura.

La mujer policía que nos tomaba declaración nos envió a una sala con unos bancos y nos dejó allí encerrados hasta que se le pasase la “trompa” a mi inoportuno amigo de viaje.

Pasadas unas horas nos devolvieron los pasaportes y con una amable sonrisa nos dijeron esa palabra que sonaba como “hu-ga” y que se escribía como *hygge*. Ya sin dignidad alguna, tras el numerito kamikaze en la terraza del Rundertaarn, le pregunté a la agente de policía sobre ese término que había oído en un par de ocasiones.

—Significa “acogedor” —me comentó—. Es una actitud en cuanto a ser feliz, aunque afuera esté lloviendo o haga frío. Se trata de acurrucarte con los tuyos, con tu perro, con unas galletas de canela y simplemente contemplar la chimenea. Los daneses lo estamos implantando como un modo de vida, lejos del estrés de las grandes capitales.

—*Tak for alt* —le agradecí en danés.

Ella agitó la cabeza como dando a entender que aquello había sido una niñería sin mucha importancia.

—Disculpe por todo este alboroto —añadió Joel, que ya estaba algo más fresco.

La agente nos dejó salir de allí sin más problema. La tarde estaba muy

oscura, más de lo que correspondería a esa hora. Joel no se atrevía a mirarme a los ojos y yo no quería saber nada con él. Un taxi pasó por la estrecha calle y él se montó. Yo continué con mi caminata hacia otra dirección; no hubo despedidas.

Avancé hasta que mi camino se cortó por una tapia grande y larga en la que había una inscripción: “Cementerio de Assistens”. Pero aquello parecía más el Parque del Retiro que un camposanto.

A través de unos altos árboles y un gran césped que otorgaba ese toque de vida a donde reposaban los fallecidos, para mi sorpresa, había personas corriendo y otras, haciendo picnic en grupos más numerosos. La mayoría lanzaba miradas espontáneas hacia el cielo aplomado como cuando pasa un avión.

Había turistas que iban y venían de una misma dirección, lo cual atrajo mi curiosidad. Del suelo emergían lápidas de mármol grises y blancas. Al parecer, eran de ilustres personajes de la historia.

Solo reconocí un nombre: Hans Christian Andersen. Pero no recordaba de dónde me sonaba. No tuve que esperar mucho para oír qué proeza había realizado, y lo peor, lo tuve que oír de la voz del insaciable Joel.

—Autor del Patito Feo y La Sirenita.

—¿Otra vez tú? —le reproché—. ¿Vas a enterrarte directamente?

—No —me respondió serio—. Vengo a pedirte disculpas y a darte el pésame por tu hermana, ahora que estoy en mis cabales.

Cuando Joel me dijo lo del “patito feo”, provocó en mí un sentimiento que me agitó la conciencia, pues cuando me dejó, me había sentido desplazada, abandonada, de otra especie a su lado... Sus palabras solo hacían que mi estado empeorara.

—Te vi coger un taxi, pensé que te habías ido.

—Mira al cielo —me elevó el mentón—. No son nubes, es una nube de cenizas... Un volcán islandés ha entrado en erupción. ¡Por eso estaba barato el vuelo a Copenhague! Había peligro de cancelación de vuelos.

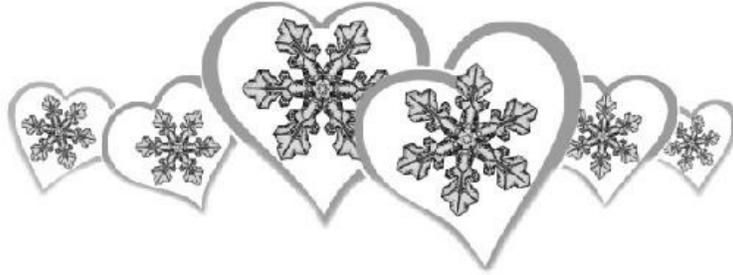
—Pues eso no me lo explicó la de la agencia de viajes —me sentí algo estúpida.

—No tengo escapatoria —confesó—. ¡Hyggie! Alquilaré una bici y

recorreré lo que me queda de la ciudad. Pero antes, me gustaría invitarte a un café con dos sacarinas o un zumo de naranja.

Hizo alarde de su memoria sobre mis gustos. Yo no tenía ninguna gana de hablar con él, quería estar completamente sola, pero algo me hizo cambiar de idea.

—No tengo mucho dinero en la tarjeta, lo invertí todo en mi proyecto de hogar y en la tienda deportiva, pero la gente aquí está loca... va tirando el dinero. Antes de encontrarte llegó a mis pies una moneda de dos euros. Supongo que se deberá a esa expresión que los tiene sumidos en una felicidad constante.



8. CORAZONES ROTOS

Salimos juntos del bonito cementerio. Alquilamos unas bicis y le seguí. Me llevó concretamente hasta un local alicatado con azules negros y una gran cristalera. Tenía letras en blanco y la palabra “bar” en dorado.

—¿Cerveza para una dama? —discrepé con la intención de pasar de largo.

—Es el Eiffel Bar —me respondió—. El lugar con las cervezas más ricas y baratas de todo Copenhague.

—Las cervezas cuestan quince euros y la sirven calientes... prefiero un zumo de naranja.

—¡No! —me confirmó bajándose de la bici—. Aquí cuestan tres euros.

Arrastrado por sus pretensiones, dejamos la bici en el aparcamiento y accedimos al local. Yo no me pude callar y le dije lo que pensaba.

—De tres euros en tres euros, llegaste ebrio a la terraza de la Torre Redonda, ¿verdad?

No me tuvo que responder, pues el dueño del local lo abrazó como si fuese su mejor amigo.

—*Spanol amigo!* —gritó el sonrojado barman que parecía haberse bebido un par de barriles.

El salón estaba repleto de mesas de madera con escuetos floreros que portaban una rosa. Una escalera de caracol dorada partía hacia una planta superior, y la pared estaba decorada con motivos de la capital francesa. Allí estaba permitido fumar, todo lo contrario que en España.

Tomé asiento mientras Joel y el dueño del local chapurreaban con signos y

palabras ininteligibles. El primero no tardó demasiado en volver con dos cervezas de botellín.

—¡Muy romántico! —ironicé—. Te tenía por más cuidadoso con las citas.

—¿Sabes que auto publiqué un poemario en Amazon? Puedo ser romántico.

—Sí, ya lo veo —dije señalándole nuestro entorno.

—¿Qué más da el lugar?! Lo importante es que tú y yo estamos en la misma ciudad, a 2.487 kilómetros de casa...

—Y en el mismo bar cutre —añadí y saqué mi móvil para sacarme una foto junto a él, con la idea de hacer un álbum de mi viaje.

—Lo siento —me respondió con un tono triste al colocarse para la foto. Sus ojos celestes se derretían como dos cubitos de hielo bajo el sol.

—¿Qué demonios haces aquí? Deduzco que tuvimos que venir incluso en el mismo vuelo.

Joel comenzó a llorar, mientras yo miraba el logo rojo con una Torre Eiffel blanca siluetada sobre el fondo de la etiqueta. Decidí hacerme la dura y pasar de sus lágrimas de cocodrilo.

—¿Recuerdas que en la tienda te dije que le iba a pedir compromiso a Jennifer? —me preguntó entre sollozos—. Pues me dijo que no, que no quería compartir su vida conmigo.

—Son cosas que pueden pasar. Alguien te deja cuando más pillado estas por sus huesos —me ensañe con él.

—Pero es que emprendimos un negocio juntos, y hasta compramos una casa a medias, como para darme un rotundo “no” en el momento de querer formalizar una familia.

—Lo siento —respondí ante sus lágrimas, que dejaban un cerco en la mesa como el que dejan los botellines fríos de cerveza—. Algo habrás hecho, Joel. La habrás cagado de alguna manera.

—Me enamoré de la persona equivocada. No debí guiarme por el físico... lo que se ama no es la piel sino el corazón. Me pude imaginar junto a ella, incluso a mi madre le parecía buena chica.

—Pues ahí lo tienes... seguro que no soportaba a esa suegra tan entrometida y con aires de grandeza.

—Mi madre se mete demasiado en mis relaciones, pero ella solo quiere lo

mejor para mí, y más aún después de mi dolencia. Ahora estoy en ruinas... todos mis ahorros invertidos y compartidos con una chica que no quiere ser mi esposa, y mucho menos la madre de mis hijos.

Sentí algo de empatía. Quizá el estado de debilidad por lo de mi hermana me hizo verlo de una manera distinta. Le di un sorbo a la amarga bebida, pero no menos dulce que aquello que iba a narrar, pues ahora me tocaba a mí desahogarme:

—En ruinas también estoy yo. No hay pegamento para mi alma —confesé al que hace unos minutos era mi mayor enemigo—. Tú la viste, fresca como una lechuga, con mucho por hacer en su vida. Nadia era una niña muy cariñosa. Siempre tenía un detallito para mí —le mostré mi anillo—. Pero atendía frecuentemente el móvil cuando estaba al volante y eso fue mortífero...

—¡Qué putada! No hay nombre para eso —se hundió entre sus manos para llorar—. La vida es una mierda.

—Al menos se fue realizada —confesé mientras lloraba y sonreía a la misma vez—. Sabiendo que su hermana la esperaba con una tarta, con un puesto de trabajo del cual venía con una respuesta positiva y con la ilusión de encontrar un amor, con ganas de cuidar su silueta...

Joel se levantó de la mesa y me abrazó. En un principio respondí con un gesto de repulsa, un movimiento esquivo, pero finalmente acabé entre sus brazos y sus mejillas húmedas.

—El tiempo nos dará nuestro lugar en este mundo —masculló a mi oído.

Luego se retiró y volvió a su sitio. Suspiró y fue hasta la barra para pagar las copas al camarero. Desde lejos acaparé su atención y le hice un gesto de negación con el dedo, como si fuese la aguja de un reloj de presión.

Él aceptó y pagó solo su consumición. Yo no era su novia ni quería parecerlo, así que pague con tarjeta mi cerveza.

Sus ojos azules brillaban bajo la luz de las bombillas mientras observaba el anillo de mi dedo. Luego me colocó, en esa misma mano, una servilleta con un número de teléfono móvil apuntado en bolígrafo.

—Sé que no te agrada mi visita, pero si necesitas algo de ayuda o simplemente hablar, tengo hospedería hasta que abran el espacio aéreo, no sé cuánto tiempo estaré aquí. Igual, aprendo a hablar el danés.

—Yo aún no tengo línea, pero gracias. Lo guardaré por si acaso. Ahora voy a soltar mi bici y buscaré un lugar para pasar la noche.

—Yo me quedaré la bicicleta —me aseguró al mirarme con cierto grado de lástima— ¡Suerte! Y sé eres fuerte, seguro que sales de esta.

No hubo más abrazos. De nuevo tomamos las bicis y nos esfumamos en distintas direcciones, con la luna tomando lentamente su trono.

Llevé la bici hacia un aparcamiento que estaba saturado, pero forzando y jugando con los pedales conseguí abrirle hueco. Esa era la ciudad de las bicicletas. Las había de todos los tipos: de montaña, de carretera, con cestas para llevar bebés; otras daban pena, las que popularmente se conocían como “*ugly bikes*”. Se usaban para trabajar en lugares donde había posibilidades de robo.

Ahora me tocaba buscar una cama donde pasar la noche. No fue fácil. El aire fresco de la noche me obligó a sacar un abrigo de la mochila. Siempre fui muy friolera, pero como tenía el corazón helado por las circunstancias, no me lo abotoné; no me parecía para tanto.

Divagué de hotel en hotel, de hostel en hostel, incluso miré en un albergue para indigentes, pero todo estaba colapsado por la nube de cenizas. No había cama en todo Copenhague y eso era una noticia desagradable, pues tras la fría noche danesa sencillamente iba a acabar dentro de una lápida como la del escritor del Patito Feo.

Pensé entonces en el Eiffel Bar. Quizá aquel hombre de piel rojiza me dejaría pasar la noche al cierre de su salón. Mientras caminaba por las estrechas calles del centro miré mi iPhone. El vibrador sacudió mi mano con mensajes de Whatsapp y notificaciones de llamadas perdidas.

—¿Papá?

—Hija...

—He llegado bien. Perdona por haberme ido así, pero necesitaba escapar de todo lo que me recordaba a Nadia.

—Da igual donde vayas —dijo mi padre bostezando—. No puedes huir de las maldades de la vida. Solo nos queda mirarla a los ojos mientras nos descarna.

—No seas duro, papá —le respondí—. Nadia no va a volver, pero tenemos

que superar este trance. Aún nos tenemos tú y yo. Debemos hacerlo por ella.

—Tienes razón, pero todavía me desmorono —confesó con un nuevo bostezo.

—Es normal, papá. No te preocupes por mí.

—He oído algo de un volcán. Estarás a salvo, ¿no?

—Sí. Eso solo afecta a los aviones, pero yo continuaré en tren mi camino hacia ninguna parte. Hasta que agote mi dinero.

—Te quiero, Alba. Por favor cuídate mucho. Me he tomado esas pastillas tranquilizantes y me caigo de sueño... —me advirtió y comenzó a roncar.

Finalicé la llamada y respondí a los mensajes de preocupación de Saray y Petra que salían en la pantalla.

Saray: ¿Cómo estás?? ¡Estamos muy preocupadas!

Petra: ¡¡Di algo!! Un volcán tíaaaa. ¡Cuidado!

Yo: Hola amigas. Estoy bien. Esto ha sido una montaña rusa de emociones.

Saray: Pero estás bien, ¿no?

Yo: Físicamente estoy bien, pero por dentro hecha un lío... ¡No imagináis a quién me he encontrado!

Petra: A Jaime Lannister, el de juego de tronos!

Saray: Nikolaj Coster-Waldau es danés, pero vive en Hollywood. Deja de tener fantasías con él Petra, no creo que hable español.

Petra: ¡Cómo si es de Gibraltar, está cañón! En horizontal sobre la cama se da solo un lenguaje universal: el de la pasión.

Yo: Tú siempre igual ji, ji, ji. Pero esto es aún más complicado que un actor de una serie. Se trata de alguien de mi pasado.

Saray: Ese jefe seductor que tuviste al principio de tu trabajo.

Yo: No. Se trata de Joel.

Petra: ¿¿Perdona?? Es una broma, ¿no?

Yo: Ya me gustaría. Pero por caprichos del destino está aquí.

Saray: ¿Con su novia? ¿De luna de miel?

Yo: Solo. Ha roto con su idílica pareja.

Petra: ¡Uy, uy! El destino te lo está poniendo por delante muchas veces.

Yo: El destino se ríe demasiado de mí últimamente. Él también lo está pasando mal. ¿Qué consejo me dais?

Petra: Mal de muchos consuelos de tontos.

Saray: Si se muestra amable, puede ser un apoyo. Tú eres de hablar, de desfogar... no tienes nada que perder.

Yo: Está bien, no me haré la esquivada con él. Bueno, os dejo que tengo que buscar un hostel para dormir.

Saray: Cuídate guapa, mañana hablamos.

Petra: Besitos y abrazos.

Todavía debía buscar alojamiento, estaba descolocada porque no hubiese lugar ni en los hoteles más lujosos ni en tristes albergues juveniles. Se me ocurrió entonces cometer algún acto vandálico *light*, pues así al menos dormiría bajo el techo de la comisaría. Miré el móvil: era media noche. Caminé hacia el Eiffel Bar para proponer dormir en el suelo a cambio de pasta. Las calles estaban desiertas y no me gustaba nada la gente que iba y venía en grupitos. Aceleré el paso y llegué hasta el bar, que por desgracia estaba cerrado. ¡Menuda mi suerte!

El frío me estaba empezando a helar todo lo que no tenía cubierto. De la maleta saqué la bufanda y luego me abotoné el abrigo. Seguidamente resguardé mis manos en los bolsillos y noté un tacto áspero: la servilleta con el móvil de Joel.

Con el teléfono en mi mano marqué torpemente el número, aguardando que lo tuviese encendido. Tras varios tonos, descolgó:

—¿Sí?

—Hola, soy Alba.

—¿Alba? ¿Te ocurre algo? Estás castañeando los dientes.

—Perdona si te he despertado... pero ¿podrías preguntar a tu casero o a tu agencia si le quedan habitaciones libres, una cama o incluso una colchoneta?
—rogué tiritando.

—¿Estás en la calle?

—En el bar de las cervezas calientes... pero está cerrado.

—Espera cinco minutos a que haga la llamada. No te muevas de ahí.

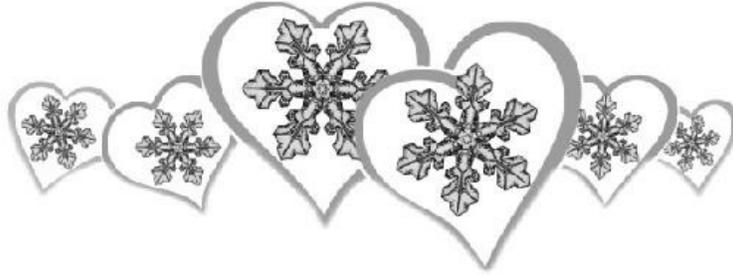
—Espero no convertirme en Elsa de Frozen...

Joel colgó y en la misma calle busqué algún lugar para guarecerme, pero

solo había un pub de borrachos y ciertamente pasaba de meterme allí. Me acomodé bajo un toldo de colores, que algo me quitaba de humedad.

Los cinco minutos de Joel se convirtieron en quince y decidí llamarlo de nuevo; igual se había dormido de nuevo. Pero su móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

La tiritera en la que estaba sumida me estaba empezando a asustar y comencé a caminar hacia la comisaria. Seguro que allí habría un banco de madera donde sentarme. Pero no me dio el tiempo a llegar, ya que dos tipos jóvenes y seguramente drogados me detuvieron. Uno sacó la cartera y me enseñó un billete. El compañero hizo un gesto tocándose los pechos, burlándose de mí. Yo continué mi paso, asustada por el temblor que me provocaba el frío y por aquellos dos que me seguían vociferando tacos en danés, como si fueran vikingos a punto de saquear una aldea. A lo lejos, distinguí el cartel luminoso que advertía que la comisaria estaba cerca de mí, pero mi brazo notó que unos dedos lo agarraron con fuerza. Mi corazón latió a mil. Intenté echar a correr, pero me agarraron de la mochila y me tiraron al suelo. Al volverme pude comprobar que uno de esos tipos tenía una navaja entre sus dedos.



9. PASEANDO EN BICI BAJO LAS ESTRELLAS

Comencé a gritar, y el vaho salía de mi boca como una chimenea. Ningún policía parecía enterarse de que aquellos dos me estaban arrastrando hasta un parque cercano muy en contra de mi voluntad. De repente, alguien pasó en bici y grité con todas mis fuerzas; el ciclista nocturno hizo oídos sordos. Decidí girarme en el suelo y patearle las pelotas al primero que me tocase, aunque la mochila no me permitía revolverme ante mis agresores. Me negué a llorar de impotencia, mientras notaba sus asquerosas manos por mis muslos, pero enseguida oí un grito y luego vi caer a uno de esos dos tipos a un lateral, tocándose el rostro. El otro salió corriendo, espantado de una voz que le decía:

—Era uno de los mejores futbolistas de España lanzando faltas, ¡si te vuelvo a ver por aquí patearé tu culo como si fuese un puto balón de reglamento!

Tan pronto como pude, me levanté del frío suelo. Y a pesar de que su arrogante voz me era familiar, quise poner cara a mi héroe de aquella noche: Joel.

Tenía un chaquetón plumífero y por debajo se asomaba un chándal deportivo. Lo vi caminar desafiante hacia el que se tocaba el rostro que le sangraba y, al comprobar que no era una amenaza, tomó su bicicleta y se aproximó hasta mí.

—¿Estás bien?

—He estado mejor.

—Perdona, pero no quedaban habitaciones ni camas en todo Copenhague ni alrededores... me lo confirmó la agencia.

—Pensé que ya no ibas responderme nunca —le dije triste.

—Cuando supe que no ibas a poder quedarte en ningún sitio, y al decirme que estabas en el bar de mi amigo Svenson, tomé la bici y pedaleé para llevarte hasta mi barco.

—¿Barco? —extrañe sacudiéndome las ropas.

—Es un barco encallado transformado en hotel. Sabía que no ibas a venir si te lo pedía y por ello aparecí aquí... Pasa la noche conmigo. No en la misma cama, yo dormiré en el sofá.

Aquella proposición me sonó a trampa, pero después del intento fallido de violación o estrangulamiento, o vete a saber qué crueldad tenían previstos aquellos dos drogados, acepte la invitación, deseando no congelarme en mi primer día de retiro espiritual.

—¡Sube al cuadro y dame la mochila! —me ordenó con sus ojos azules tan abiertos como dos ventanas de un apartamento con vistas al mar.

—Joder... ¿venías unos días de viaje o estabas de mudanza? —bromeó mientras se colocaba la mochila a la espalda.

Yo me senté de lado sobre el tubo metálico dispuesto en horizontal. Sus brazos se extendieron como cinturones de seguridad al sujetar el manillar; su fragancia se disparaba con cada movimiento al pedalear.

Bajo las estrellas del cielo de la capital de Dinamarca, paseamos en silencio. Notaba su pecho contra mi cuerpo, lo que me hacía sentir segura, protegida.

Cada vez que alzaba la mirada al firmamento hallaba nuevas estrellas luminosas, que parecían alumbrar como velas nuestro camino de vuelta, como si hubiésemos hecho las paces tras tanto tiempo.

Aquello fue, en cierta manera, bastante romántico. Pues como si fuese el propio Superman —o mejor Thor, que le pega más—, Joel me liberó a base de patadas de esos dos agresores espontáneos y luego me rescató en su bicicleta de alquiler. No era un cuento de hadas ni yo una princesa, pero aquello tenía halos de ser un buen principio para los dos.

Tras la velada por la ciudad, llegamos al paseo marítimo donde dormían

las embarcaciones. Había unos veleros enormes y antiguos, y otros más pequeños. Otros también parecían catamaranes en desuso. Joel me condujo hasta una embarcación pequeña, con el casco azul marino y la cabina del camarote con lamas de madera. Era precioso, especial, nostálgico. Sin duda, la guarida de un superhéroe moderno.

En un lateral se leía la inscripción: Gran Old Lady “Nikita”. Joel subió la bicicleta por la rampa que daba acceso a la cubierta de aquel *houseboat*. Tenía ventanas pequeñas, una cristalera de espejo de esas que puedes ver para afuera, pero no hacia dentro, e incluso un timón. El alojamiento era, sin lugar a duda, original. Se sentía como estar navegando sin estarlo.

—Puede pasar usted a mi humilde morada —me invitó, con un tono diplomático y una reverencia de giros con la mano.

—¡Esto es precioso! —me emocioné, sin poder resistirme a sacarme un *selfie* en el interior del barco.

—La verdad es que vete tú a saber cuánto cuesta dormir en este lugar. Al final, el percance del volcán me ha venido hasta bien... todos estos cúmulos de problemas tienen a veces su lado positivo.

Yo asentí y cerré la puerta, ya que el frío y la humedad del canal se estaban sumando a la tripulación.

—Yo dormiré en el suelo, sobre unas mantas, ¿le parece bien mi capitán? —le propuse siendo justa.

Joel se tapó un ojo con la mano, como si fuese el parche de un pirata y dijo:

—Si yo soy el capitán, tú eres mi tesoro. Y no dejaré que tan valioso botín repose sobre el suelo. Así que la cama es para ti —me ordenó entre risas.

Luego soltó la mochila a un lado, y me dio en un “mini tour” por aquella curiosa habitación flotante. Tenía sofá, comedor, cocina y dormitorio. El baño y el inodoro estaban fuera de la pequeña embarcación, como a diez metros, en una construcción aledaña.

Al parecer también había otra habitación, pero esta estaba cerrada con candado por un problema de humedades.

Sinceramente, todo me pareció acogedor. Incluso el cimbreo del barco sobre el agua, pues parecía como si yo fuese un bebé dentro de una cuna.

—Gracias —le manifesté—. Gracias por haber aparecido en aquella calle

y gracias por ofrecerme ahora un lugar donde pasar la noche.

—Es lo menos que podía hacer por ti. Te aprecio.

—¿Te importa si me doy una ducha?

—Por supuesto que no —respondió y me alcanzó una tarjeta con código—. Sécate bien el pelo, no te vayas a acatarrar.

—Gracias por el consejo, Jack Sparrow —le contesté ante su manido consejo de padre.

Tomé mi pesado macuto y accedí al edificio aledaño que estaba muy cerca del Ofelia Bar, donde una vez había cenado con mi exjefe. Todo aquello era muy extraño. Parecía que las cosas se repetían en el mismo escenario, pero con diferentes protagonistas; supongo que era la espiral del destino.

El vapor ayudaba a crear una atmosfera acogedora, junto al peculiar olor a gel de baño del dispensador que colgaba de la pared. Froté mi cuerpo intentando descamarme de todo lo negativo e intentando instaurar en mi mente esa palabra danesa, “acogedor”.

Sequé mi cabello rubio platino y, cuando fui a buscar el pijama, me di cuenta del error que había cometido, pues yo había organizado este viaje para hacerlo en solitario, y claro...había buscado ropa cómoda, no lencería fina ni pijamas bonitos. El problema ahora era otro: ¡tenía que dormir junto a mi ex! Así que decidí pasar del pijama cómodo, sin elásticos y desgastado, y ponerme los *leggings* negros que compré en su tienda junto con una sudadera polar como indumentaria para dormir.

De nuevo volví al barco, abrí la puerta y entré. Solté la mochila y al girarme me encontré con Joel que roncaba en el sofá. No me parecía bien que él durmiese incómodo cuando era yo la falsa inquilina. Pero, la verdad, ya había cogido el sueño y si lo despertaba igual le costaría volver a encontrar la postura adecuada.

Sobre el sofá estaba boca arriba, con un pijama de franela a cuadritos amarillos y negros. La barriga subía y bajaba a cada respiración, sin dudas había perdido la “tableta de chocolate” que tanto me gustaba, pero no estaba gordo. Sus fuertes bíceps se marcaban bajo el tejido aterciopelado de su pijama abotonado y un discreto bulto que quedaba entre sus dos cuádriceps rellenaba el grueso del pantalón. La verdad es que incluso durmiendo y

roncando como un oseño, tenía un toque sexy.

Como sabía que dormía profundamente, le dediqué una sonrisa de la cual ni se enteró. Le estaba agradecida. El rencor de estos últimos seis o siete años desde que me dejó se había esfumado en un solo día, gracias a todo lo que hizo por mí. Tomé el móvil y le saqué una foto durmiendo profundamente. El *flash* iluminó todo el camarote y salí corriendo de allí, bajo la excusa de que había sido un rayo.

La sensación de estar rodeada de agua por todas partes, y flotando en un barco, volvía todo más encantador y conmovedor. También me sentía segura: tenía a tres metros de distancia al hombre que me había salvado en las calles de Copenhague y, como si fuera poco, dormía sobre una cama de matrimonio bajo techo, en una ciudad sin habitaciones libres... Le dediqué unas palabritas a mi hermana Nadia y no tardé demasiado en caer, rendida de sueño.

La mañana no tardó en colarse por la ventana del camarote, la ciudad ya estaba en movimiento. A pesar de todo lo sucedido, dormí tan profundamente que no recordaba siquiera haber soñado. El techo de mi habitación marinera tenía vigas de madera y en la pared había cuadros que mostraban unos nudos con sogas. Mi olfato oteó un exquisito olor a salmón, que despertó el resto de los sentidos. Caminé con mi ropa deportiva hacia el salón en busca de Joel, pero él no estaba a bordo del barco. Supuse entonces que se había marchado a bañarse.

Me sentía algo mejor que cuando llegué; sin lugar a duda, la charla que tuvimos en el Eiffel Bar nos había ayudado a comprender nuestras desgracias y, en cierta manera, a sacar basura de nuestro interior.

Me lavé la cara en el grifo de la cocina, me peiné un poco los cabellos y suspiré. Me cambié de ropa. Me puse unos vaqueros negros y un jersey verde oscuro de lana. Di sombra con un tono aceituna a mis párpados y me recogí el pelo en una tensa cola.

Fuera del camarote se oía un ruido. Alguien gritaba como un vikingo. Al abrir la puerta, pude ver unas góndolas vagando corriente abajo, parecía una calle de Venecia. Sobre la cubierta, y para mi sorpresa, había una mesa. Estaba vestida por un mantel rojo y, sobre ella, un plato con unos panecillos

dulces con salmón y dos tazas de cafés con leche.

Desde el muelle, un hombre obeso y pelirrojo, hacía gestos indicando que Joel estaba loco; y lo estaba, pues esa mesa era del Ofelia y la había quitado de la terraza para traerla a nuestro barco.

—¡¡Es para una causa importante!! ¡En una hora te la devuelvo! —gritó Joel como respuesta al camarero.

—¿Y esto? —pregunté sonriente.

—La mesa y las sillas del barco están atornilladas y me apetecía respirar aire puro junto a ti.

—Gracias por el desayuno, pero me parece a mí que nos van a meter de nuevo en el calabozo—bromeé.

—¡Nos tienen fichados!

—Si te soy sincera, planteé este viaje totalmente distinto a como está transcurriendo. Eso no significa que esté decepcionada, sino que es todo raro, impredecible.

—La Alba que yo conocí era rebelde, temeraria... una gamberra en toda regla.

—Sí... —respondí, sin atreverme a tocar nada de lo que había sobre la mesa—. Pero ya no soy esa chica que se colaba en el cine o en el metro. He madurado.

—¿Para qué madurar? —dijo Joel—. Mírame a mí, la mujer con la que quería asentar la cabeza me ha dejado. Sino, mira tu vida, ¿de qué sirve ser serio o estar amargado? Estamos de paso y hay que hacer como hacen estos daneses: sacar jugo a lo que tienen.

—Bueno. Anoche no tuve tiempo de darte las gracias adecuadamente —respondí al poner mis manos sobre las suyas. Te estoy muy agradecida por haberme salvado de aquellos dos maleantes, así también por las cervezas calientes, por el viaje en bici bajo las estrellas, por cederme tu cama, por haberme escuchado y por este desayuno en la cubierta del barco.

Joel me acercó mi café y abrió dos sobres de sacarina de un solo gesto. Sus ojos azules estaban brillantes, más azules que nunca.

—Acaban de anunciar que la nube de cenizas sigue su avance por el cielo de Dinamarca y que no se puede volar, pero que están preparando trenes para

devolvernos a casa. Es decir que este será el último día que tú y yo estemos juntos. Quería hacer esta despedida más especial.

—Y lo es —dije tristemente—. Los detalles son lo tuyo, sin dudas.

—¿Has probado los panecillos?

Mordí aquel pan salado con salmón y solo me faltó vomitar sobre la mesa.

—Demasiado salado —dije mientras tragaba—. Prefiero la cerveza caliente.

—Lo siento. Aquí no ponen tostada con jamón y aceite. Por eso tendrán ese malhumor, como el camarero.

—Le has robado una mesa al *brunch* más famoso de Copenhague para desayunar sobre la cubierta de un barco viejo.

—Eso es lo que lo hace todo esto estupendo... el riesgo —asintió Joel convenciéndose a sí mismo—. ¿Y tú que vas a hacer?

—Vine sin un plan, sin agenda, con la idea de recorrer varios países en tren o autobús. Quería huir de mi realidad en absoluta soledad. Perderme entre la masa de la gente, como si hiciese una peregrinación hasta encontrar ese instante de aceptación de lo trágicamente sucedido. Viajaré hasta que mi tarjeta llegue al límite de crédito.

—O sea, ¿qué vienes a lapidar tus ahorros?!

—Pienso ir a Helsinki, Cracovia, Tallin, Praga... —confirmé—. Pero me estoy dando cuenta de que acompañada, el trago se pasa mejor.

—Me encantaría ir contigo a todos esos sitios, pero solo compré el billete de ida y vuelta. Y ya ves mi economía funesta repleta de préstamos.

—¿Me acompañarías por todos esos países? ¿En plan mochilero? —intrigué sobre sus intenciones—. Si tuvieras la opción...

—Es que no tengo siquiera mochila —espetó y dio un mordisco al salmón—. Tengo calderilla y una tarjeta de crédito que cobra los intereses a precio de oro... no quiero arruinarme más.

—Pues roba una mochila, como has hecho con esta mesa —bromeé.

—Todo esto nos ha venido bien, hemos cambiado nuestro parecer el uno del otro... de todos modos, no estoy para historias románticas tras esta ruptura.

—Yo tampoco tengo la mente para pensar en acostarme con nadie ni para

emprender una relación... mi hermana ocupa todos mis recuerdos —respondí tajantemente—. Pero sí he descubierto que, para limpiarme, no solo vale con viajar, sino que tengo que naturalizar lo sucedido hablándolo con alguien.

—Pues aprovecha, que en una hora vienen a recogerme en taxi.

—Solo voy a decirte una cosa.

—¿Qué?

—Estoy dispuesta a pagarte el viaje conmigo. Tengo ahorros suficientes para sufragar todos tus gastos, ¿te apuntas?

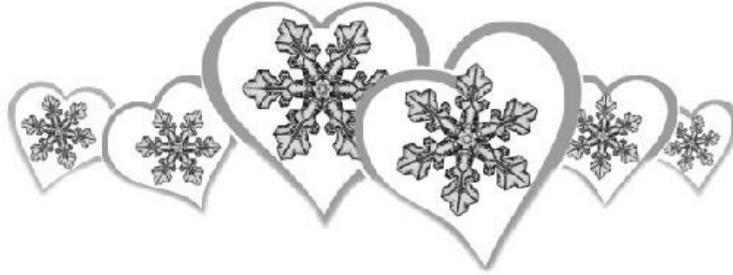
—No me parece justo, Alba.

—Después de todo lo que has hecho por mí, qué menos que te costé el viaje como acompañante.

—Me sentiría mal...

—Deja tus orgullos a un lado —le intenté convencer—. Ahora tomaré mi mochila y me iré hasta la Torre Redonda. Si decides venirte, te veo allí en cuarenta minutos... sino, pues, te entenderé perfectamente, y yo proseguiré mi camino en solitaria.

Joel no respondió, tan solo se quedó contemplando el horizonte hacia el infinito.



10. UN NUEVO RUMBO

El cielo seguía extraño, estaba de un tono anacarado en matices blancos, grises y azulados. La ciudad iba sobre dos ruedas, al parecer porque los vehículos pagaban un elevado impuesto por contaminación, que lo convertía un lujo prohibitivo para ciertas familias.

Antes de acudir a la torre redonda, fui a comisaría y denuncié a esos dos agresores. Describí su aspecto y la zona en donde me abordaron. Aunque había salido ilesa, cualquier otra chica podía ser el objeto de estos desalmados, y no todas tenían un exnovio español dispuesto a dar la cara por ella.

Caminé luego hasta el punto de encuentro. Sinceramente, no tenía muchas esperanzas de que Joel me acompañara tras una proposición tan descarada, pero yo no tenía nada que perder.

Apoyada sobre la pared curva de la Rundentaarn, comencé a devorar un Wienerbrød, el dulce típico. Y cuando un pastel se hace famoso nacionalmente, es que debe estar bueno de narices. Estaba hecho de una masa de hojaldre rellena con canela y almendras.

La verdad, estaba en un sin vivir. El estrés me tenía sumida en pensamientos convulsos sobre lo de aquella mañana. No sabía si estaba actuando bien. ¿Por qué se estaba molestando tanto Joel en agradarme? ¿Y si me estaba usando como segundo plato? ¿Y si era yo la que le estaba dando pie a algo que no quería? De todos modos, no creo que fuese a permitir que yo le pagara un viaje sin brújula y quizá sin sentido alguno.

En un lateral vi dos tipos con gorra. Uno de ellos, juraría yo que era uno de los agresores que me había asaltado anoche pues, además de coincidir con mi recuerdo, tenía el ojo amoratado. No quería que me reconocieran así que me fui de allí y busqué una calle transitada por vehículos para detener un taxi. Elevé la mirada y apareció un coche amarillo de alta gama, con un letrero luminoso sobre el techo con la inscripción “*fri*”, que significaba que estaba libre. El taxi se posicionó a mi lado, miré a ambos lados y, al no ver a Joel, subí y puse la mochila como un pasajero más.

Le indiqué en inglés al conductor que me llevase al aeropuerto y le pregunté si el espacio aéreo estaba abierto. El conductor no sabía mucho al respecto o tal vez tan solo se hizo el despistado; supongo para que no me bajase del coche.

Durante el camino hubo otro taxi que al parecer nos seguía, según indicó el conductor, ya que aun cuando hacía maniobras innecesarias, el otro también las hacía. Pensé en esos dos delincuentes, posiblemente temían que los denunciara y venían a por mí.

Al llegar al aeropuerto me encontré con una gran fila de vehículos y pasajeros, cargados con mochilas de ruedas, que se adentraban en el edificio. Le pagué al taxista con tarjeta y le pedí que me vigilase hasta que entrara en la terminal.

Una vez dentro, me sentí como en casa. Allí no había un alfiler más, a pesar de lo caro que estaba el viaje en taxi, lo cual me dio una pista de que la nube de cenizas estaba amainando y se podía volar a más de un destino.

Tras una cola interminable llegué al stand de vuelos de la agencia. Me sentía bastante estúpida por mi proposición a Joel, quizá me había dejado llevar por el entusiasmo en este estado triste de luto.

Pero dentro de muy poco ya estaría entre las nubes, con dirección al norte, en mi medio natural: el aire.

Me quité la mochila de la espalda, la apoyé en el suelo y saqué el pasaporte y la tarjeta para pagar; al ponerme en pie, un brazo se colocó sobre mi hombro y me asustó.

—¡Ay!

—Perdona, había mucha gente el baño —se excusó Joel ante la persona de

la fila que estaba detrás de mí—. ¡No me miréis así, soy su hermano!

—¿De qué vas? —le pregunté, bajo la atenta mirada de la azafata que vendía los billetes.

—Fui a la torre, pero no te vi. Luego caminé por las calles y visualicé tus cabellos rubios y a esa mochila marrón entrando en un taxi. No me dio tiempo a avisarte... así que tomé otro y perseguí el vehículo en el que tú ibas... Me tocó un conductor medio bebido, hacía maniobras extrañas al volante.

—¡Nosotros intentábamos despistaros! Yo había creído que los que nos seguían eran esos dos delincuentes. Realmente pensé en cualquier otra persona, antes que en un loco como tú.

La chica del stand se enfadó y dejamos pasar a aquel que tenía detrás, así podía escuchar lo que Joel me tenía que decir.

—He decidido ir contigo al hacia el infinito y más allá, como acompañante. Pero este será un préstamo, ¿sí? Cuando volvamos a Madrid te pagaré lo que gaste.

—¿Crees que es buena idea, Joel?

—No te eches atrás ahora, te he perseguido en taxi... Y mi vuelo sale a la noche.

—Está bien... dame tu billete.

Al comprobarlo, pude ver que era tarifa *Flex*, lo que significaba que podía ser cambiado hasta cuatro horas antes del despegue, previo pago reducido.

Le pregunté a la chica del stand si quedaban dos billetes a Helsinki y me respondió afirmativamente.

—¡Bien! —grité provocándome vergüenza ajena.

—Es muy efusiva —se disculpó Joel ante los turistas con dos nubes rojizas sobre sus mejillas—. La alegría española, ¡olé!

Facturamos el equipaje, y nos sentamos a esperar un nuevo destino. Nosotros tomamos asiento mientras que la familia de York, que casualmente apareció allí, salía rumbo a otra ciudad, pues el espacio aéreo del occidente europeo estaba parcialmente inhabilitado.

—¡Bye, señorita! —dijo el hombre con una mirada desconfiada hacia Joel.

—¡Buena suerte con el embarazo! —le deseé a la mujer encinta en su idioma natal.

Luego, el hijo hizo un amago de foto, pero su madre lo tomó del hombro y lo dirigió hacia la terminal.

—¿Esos no eran los que estaban en la Torre Redonda?! —preguntó Joel sin dar crédito.

—Sí... pensarán que estoy loca, sentada con un psicópata suicida.

—Pareja de psicópatas... tú te pusiste a mi lado para hacer una especie de *balconing* en pareja.

—¡Será posible! —discrepé—. Yo subí al filo de la terraza para convencerte de que bajaras.

—Ya, pero no lo pareció... han pensado que estabas igual de perturbada que yo.

—Yo enamorada... —me equivoqué—Perdón, ¿perturbada?

—Bueno, ambas cosas.

—¡Anda, anda, cállate la boca! —le reproché con una sonrisa—. Que me haces decir cosas que no son.

—Está bien, pero no cuentes tus intimidades —bromeó sonrojándome al instante.

—El niño me sacó una foto instantánea —cambié de tema, pues cuando Joel cogía una senda, ya no paraba— cuando estaba en el punto cero de la torre me pilló distraída, hablando con mi hermana mentalmente. No la he mirado, ya que seguramente salí horrible... luego llegaste tú y casualmente nos encontramos.

—¡Déjame ver la foto! Seguro que sales guapa.

—Ni hablar... a saber el ángulo que habrá tomado el niño.

—Está bien, pero quiero que sepas que eres mona incluso roncando en un barco.

—Yo no ronco... las princesas respiran fuerte —justifiqué con una colleja amistosa.

—¿Te acuerdas de cuando éramos novios? Esa canción que escuchábamos y tanto nos gustaba...

—No era una canción. Era nuestro himno, nuestra banda sonora.

Joel pulsó el botón de su móvil y buscó en Spotify la canción de Mundo Chillón, “Las cosas que nunca te dije”. Colocó el móvil en mitad de los dos y

mis vellos se erizaron bajo el jersey como una alambrada de espinos.

No sabía lo jodida que puede ser la mente, cómo logra acceder a tantos recuerdos de momentos, lugares y gestos solo en un instante. Nos dispusimos a disfrutar de la canción, mirándonos sanamente y tatareando, sin más.

Luego la puso de nuevo, esta vez con el móvil en altavoz, y comenzó a interpretarla con el fin de arrancarme una sonrisa:

—Las cosas que nunca te dije llegaron tan tarde a mi boca que ya no podían curar, quedaron atrapadas en mi lengua debajo del paladar, despierto cada día con su sabor, si es dulce o amargo qué más da...

Así Joel llamaba la atención, como si fuese un artista bohemio en busca de calderilla. La verdad es que, con esas payasadas, Joel provocó que la espera del vuelo fuese más amena.

El letrero luminoso nos llamó hacia la pista de embarque. Ahora dos largas horas nos esperaban hasta Finlandia. Me dio mucha alegría el estar junto a Joel, luego de tantos años, pues hacía que algo me olvidara de la tristeza, mientras que el tiempo transcurría y hacía lo suyo para curar mi corazón.



El trayecto se hizo corto, pues oímos canciones alegres de nuestra época juntos. Primero él elegía una y luego yo. De vez en cuando metía canciones que yo jamás había oído con él pero que seguramente fueron importantes con su expareja. Pero no dije nada, dejé que divagara por sus recuerdos.

Finalmente llegamos a tierras finlandesas. Estábamos a cuarenta y cinco horas en coche de Madrid o, lo que venía siendo, a más de tres mil setecientos kilómetros del lugar donde nos conocimos.

Yo nunca había estado en este país bañado por el mar Báltico. Pero en mi estado tan solo supe que debía ir allí, pues tenía fama de innovador, positivo y

tranquilo... y el tema del optimismo de sus ciudadanos debía ser contagioso para una “pila descargada” como yo.

En el aeropuerto sacamos un billete que nos daba acceso ilimitado al metro, autobuses, tranvía y ferry, pero valía para un solo día. Luego, desde allí al centro, tardamos treinta minutos, y nos dispusimos a buscar un hotel o cuchitril donde pasar la noche.

Aquella ciudad era distinta a Copenhague, los paisajes verdes coincidían, pero Helsinki rebosaba de modernidad en sus edificios de cristales y metal. Todo estaba muy limpio y la gente parecía más abierta al trato que los daneses. A primera vista, me gustó el lugar. Joel solo sabía decir: “¡qué guapo ese edificio!”.

—¿Dónde vamos a comer, Alba? Tú eres la guía oficial.

—Estoy tan perdida como tú, Joel.

—Pues preguntemos, estos tipos altos parecen enrollados —sugirió Joel.

Yo me encaminé hacia una mujer de unos cuarenta años que tenía el cabello sobre los hombros y un abrigo de piel. Joel me detuvo y me señaló a un hípster, que se estaba liando un cigarro en un banco.

—¿Qué haces? —me extrañé ante su actitud.

—Pregúntale al joven, seguro que está tieso y come en lugares baratos... esa mujer nos va a enviar al lugar más caro de toda Finlandia.

Entonces hablé con el chico, quien apenas entendía inglés, pero que con gestos me entendió. Me acerqué hasta Joel y le comuniqué:

—Entre la catedral y el mercado de abastos hay un buffet llamado once euros.

—¿Así se llama? —intrigó.

—No, eso cuesta comer hasta la saciedad. El nombre no lo vas a memorizar...

—Crees que soy cortito, que solo valgo para doblar ropa y dar patadas a un balón... ¡pon a prueba mi intelecto!

—Bueno: Kaupungintalon Ravintola.

—¡Bee! —imitó a un borrego entre risas.

—¡Qué bobo eres! Pero gracias por hacerme reír. Significa: “restaurante del ayuntamiento”.

No tardamos en llegar al lugar de comida. El precio incluía incluso bebida y postre.

—Comamos sin temor y luego vemos la ciudad.

—¿A cuántos grados estaremos ahí afuera?

—Mejor no saberlo.

Tomamos las bandejas y paseamos por el maravilloso mundo del salmón.

Luego nos sentamos, pero cuando íbamos a empezar a comer, a Joel le entró una llamada que le transmutó el rostro. Me pidió disculpas y se marchó hacia afuera para hablar sin que yo escuchara.



11. LOS GATOS DE HELSINKI

Joel volvió con el rostro pálido, como si todo el frío de Helsinki le hubiese envuelto en una ventisca. Sus ojos azules parecían dos trozos de hielo. No quise incomodarlo, pero tenía que preguntarle.

—¿Alguna mala noticia?

—Era ella... —confesó dolido—. Me ha dicho que tengo que ir al banco para desvincular la hipoteca, y que tengo un negocio a medias con ella... que dónde me he metido.

—¿No le has dicho nada de tomarte unos días libre?!

—Me gustaría seguir con ella, tener hijos y vivir feliz...pero es definitivo. No quiere volver conmigo.

—Lo siento. El amor no se puede forzar... Yo ya me di cuenta hace siete años cuando lo nuestro no funcionó.

Joel retiró su plato a un lado. Se le había cerrado el estómago.

—Mi vida es una puta hilera de fichas de dominó, solo que no caen todas de inmediato, sino que se van tumbando progresivamente, sin prisas, como si tuviesen todo el tiempo del mundo para hacerme sufrir.

—Un buffet para no comer... ¡estupendo! —ironicé.

—Lo teníamos todo, y dice que no está preparada para subir a un altar.

—La verdad es que no entiendo por qué compráis a medias una casa, abríis un negocio y compráis un perro si ella no estaba segura de lo que hacía.

—Supongo que le di pena y no se atrevió a decirme que no me quería. El día que le pedí matrimonio incluso hicimos el amor.

—Yo creo que no tiene la cabeza muy bien amueblada. El gimnasio le come las pocas neuronas que le quedan.

Joel comenzó a comer unas tortitas marinadas con salmón, al parecer el apetito había vuelto. Si íbamos a estar juntos de nuevo, tendríamos que apoyarnos en nuestros momentos de bajón. Este era el suyo.

—No te preocupes... debe estar nublada ahora mismo, pero con el tiempo lo verá de otra manera.

—Igual, es el destino...

—Es posible, pero según mi experiencia, todo es una espiral que te devuelve tarde o temprano al mismo punto de inicio.

—Entonces, de ser así... —elevó sus ojos y me envolvió en su azul como una supernova—. Tú y yo acabaremos juntos otra vez.

—Bueno, estamos en Finlandia, en un buffet. De cierta manera ya estamos juntos.

Joel tomó su jarra de cerveza y le dio un trago enorme. Luego accedió a comer un codillo de cerdo con salsa de arándanos; lo mordió como si fuese un caníbal.

—Esto está de puta madre...

—Sí, pero no es fino para una cita —bromeé.

—En absoluto —sonrió para enseñarme lo que masticaba.

—Yo te hacía saliendo en la televisión, con la copa de la Champions League en las manos. ¿Cómo sucedió lo de tu corazón?

—Fue todo muy rápido. Fue como despertar de un profundo sueño, de inmediato. Del Atlético de Madrid fui fichado por el filial del Manchester United. Una vez allí, me hicieron una prueba que nunca me había hecho, a pesar de ser algo normal. Era una prueba de esfuerzo.

—¿Aquí nunca te la hicieron?

—Me había hecho electrocardiogramas, análisis de sangre, de orina... pero esa prueba es voluntaria. Corre del bolsillo de uno y normalmente, si no hay antecedentes, uno no suele hacérsela.

—¡Vaya faena!

—Sí, y en la cima de mi carrera, cuando iba a tener un futuro prometedor en Inglaterra... ¡Zas! En toda la boca.

—¿Y ahora qué harás?

—El fútbol es mi pasión, si no puedo jugar, seré entrenador. No pienso vivir en una frustración diaria.

—Ese palo moral debe ser como lo de mi hermana... el cielo cae sobre ti, te aplasta y no puedes huir.

—Lo tuyo creo que es peor, aunque compartimos que nuestros corazones han dejado de latir como antes —respondió triste, y colocó su aceitosa mano sobre la mía—. Pero agonizar juntos es más bonito, ¿no?

Aquello era triste, pero la manera en que lo dijo me pareció muy bonita.

Sus dientes estaban teñidos de rosa, parecía un vampiro, y eso me causó risa. No sabíamos ya si reíamos para no llorar o porque estábamos muy sensibles.

Finalmente, tras degustar todos los postres finlandeses habidos y por haber, salimos al frío de las calles, donde la nieve se agolpaba con cierta elegancia y anunciaba la estación invernal.

Joel llevaba una sudadera amarilla con capucha y un pantalón vaquero. Arrastraba el *troller* ruidosamente, perturbando la extraña paz que moraba en aquella capital con poco menos de un millón de habitantes. Las bicicletas iban y venían al igual que en Copenhague. La mayoría de los finlandeses tenían una altura considerable, ojos azules y cabellos rubios como los míos, pero ningún viandante podía equiparar la mirada de Joel.

—¿Sería usted tan amable de mostrarme donde hay un hotel?! —me preguntó Joel, cansado de arrastrar la maleta.

Yo tomé el móvil y busqué un alojamiento en una página de comparativas

Finalmente, ante el inclemente frío, decidimos hospedarnos en el “Holiday Inn”. Estábamos situados a cuatro kilómetros de Catedral Uspenski.

La recepción del hotel tenía una entrada moderna, con madera de color haya por todas partes. Un chico y dos chicas con sendos pañuelos amarillo y azul alrededor del cuello, nos atendieron amablemente en español.

—Hola —expectoré acongojada por el frío.

—*Espanjalainen!* Bienvenidos, ¿de qué parte de España sois?

—De Madrid —dije.

—¡Olé! —exclamó el recepcionista—. Yo estudié con una beca Erasmus

allí. Alegría y brazos abiertos para con el turista.

—Sí... supongo que echáis de menos el calorcito que allí hace —apostilló Joel en referencia al frío.

—¿Queréis una suite? Es vuestra luna de miel, ¿verdad? —preguntó la chica pelirroja.

—¡Aquí se sentiréis como la pareja más feliz de todo Madrid! —dijo el chico—. Tenemos sauna, calefacción, desayuno, *brunch*, gimnasio, terraza en la azotea.

—Pues una habitación, la más barata que tenga.

—¿Cama de matrimonio? ¿Doble?

—¡¡Dos camas separadas, por favor!! —respondimos al unísono Joel y yo—. Solo para una noche.

La cara de los recepcionistas se transmutó, con arqueado de cejas rubias incluido. Yo sentí vergüenza por unos instantes, pues aquello nos había salido del alma a los dos.

—Estupendo, vosotros decidís. Planta sexta, habitación número ocho. Recordad que tenemos servicio de lavandería, spa, sauna... y que a siete minutos a pie hay una estación de autobús, y que el museo cultural Kiasma está a solo cinco kilómetros. ¿Tenéis el ticket diario de transporte?

—Sí. Lo sacamos en el aeropuerto —respondí.

—Pues, ¡feliz estancia!

Tomamos el ascensor de camino a la habitación. Si me paraba a pensar, la situación era un tanto extraña, cuanto menos. Allí, con mi ex, de camino a una habitación. Nuestra libido estaba por los suelos debido a los recientes traumas, pero cuando estaba junto a él, era como si se abriese un paréntesis en mis sentimientos tristes y todo lo malo quedara a los márgenes.

El pasillo tenía una moqueta beige y paredes lamas finas y cuadradas de madera, que le daban un toque moderno y acogedor. Cada hotel destila una fragancia, un olor característico; este sitio tenía el suyo.

Llegamos a la puerta de madera y accedimos con la tarjeta. Dentro se nos dio la bienvenida a una luminosa habitación con dos camas individuales, pero juntas. No tenían mesita de noche de por medio. Aquel detalle no pasó por alto para Joel.

—Se han hecho los suecos... —añadió al dejar su maleta en el *hall*—. Tendremos que cambiar la ubicación.

—Qué pereza —dije—. ¿Ahora vamos a cambiarla?! Seguro que podemos separarla.

—Tienes razón —dijo Joel y cerró la puerta de la habitación, a la vez que imitaba a los intensos recepcionistas—. Con lo que les gusta hablar, perderíamos todo el día en la recepción: “¡*espanjalainen!*”.

No deshicimos las maletas, pues solo íbamos a estar una noche. Joel no lo sabía, pero yo lo comenté:

—No te entretengas mucho con las perchas... mañana cogeremos un ferry hasta Tallin.

—No nos va a dar tiempo a sacar los billetes...

—Los voy a sacar vía internet, es lo más rápido —informé y saqué mi móvil, que estaba repleto de Whatsapp de mis amigas.

—La sargenta culo inquieto *Espanjalainen* manda. Tú eres la que subvencionas esta expedición de retiro por el norte de Europa. —bromeó Joel colocando su mano como un coronel en la sien.

—Noreste, más bien. Dentro de poco estaremos en China —le dije para ver su reacción.

—¿Tallin o tallarín? —añadió arrojándose a la cama de un salto—. Bueno, ¿a dónde vamos a ir ahora?

—La idea del museo me gusta, nos vendrá bien estar relajados y en silencio.

—Estupendo. Yo no soy mucho de arte, pero ahora soy tu compañero de “no luna de miel”.

Entré en la ducha con mi ropa interior en la mano, Joel mientras aguardaba junto al cristal de la ventana, donde veía la panorámica que ofrecía aquella sexta planta.

Luego salí con un albornoz blanco y Joel, al verme, se quedó paralizado. No pudo disimular la mirada hacia mis piernas.

—Perdona, pero solo quedaba un albornoz y es de niños —me disculpé por aparecer tan sugerente.

—¡Bendito hotel! —se alegró—. Saben cómo hacer entrar en calor a sus

inquilinos sin tener que encender la calefacción.

—Exagerado —respondí—. Anda, date la vuelta, voy a vestirme.

Joel se puso de frente al cristal de la ventana. No corrió la cortina, extendió los brazos como si fuese un portero en un campo de fútbol ante un penalti.

Yo tomé un vestido largo, quizás algo fresco, pero con unas botas altas y bufanda. En el cristal del cierre pude ver reflejados sus dos ojos enormes, por lo que deduje que me estaba viendo como si aquello fuese un espejo... extrañamente no me incomodó, sino que me gustó mirara de reojo mi silueta con cierto interés.

Él no se cambió de ropa, solo se echó su colonia genuina y se retocó el peinado. Cogí mi cartera, los billetes de transporte urbano y salimos en dirección al museo.

El autobús nos llevó a la avenida Mannerheimintie, hasta un edificio cuadrado con estilo arquitectónico posmoderno. Aquel era el museo de arte contemporáneo.

Su interior era blanco y tenía obras de arte muy extrañas, sobre todo para la mirada de desapruebo de Joel que no daba crédito. Primero nos encontramos con un tanque de guerra fabricado con latas de refrescos, con trozos de cerámica negra por el suelo, serpientes emplumadas colgando del techo y otras obras que no supimos qué demonios eran.

Joel se acercó hasta un conejo que le hacía el amor a un cerdo rosa, y eso pareció ser lo que más gracia le hizo. Me pidió que le sacara una foto.

—¿Qué significará esto?

—Significa que la vida te la puede joder el animal más insospechado... —respondí segura de mí misma.

Tras recorrer todas las salas nos dimos cuenta de que el arte no era lo nuestro. A mí me gustaban las antigüedades, la historia de los países, pero ese modernismo abstracto carecía de lógica para unos madrileños como nosotros.

Finalmente salimos de museo, bastante decepcionados. En la parte trasera había un bonito césped con bancos, pero con el frío que hacía ese día no era bueno estar al aire libre. Yo me moría por subir a un mirador.

—¿No hay algún sitio original para tomarnos unas fotos de viaje? —preguntó Joel que parecía aburrirse a mi lado.

Tenía que hacerle sentir bien, no dejar que cayese en la desidia. Entonces tiré de celular y busqué algo original que hacer en Helsinki, y lo encontré; vamos que sí lo encontré.

—Te voy a sorprender totalmente —le advertí.

—No me lo digas, una exposición de maquetas, un castillo, un barrio...

—¿Por quién me tomas?! Recuerda que yo era la cabra loca de la relación.

—Solo me ciño a los acontecimientos...

—Ya tengo reserva, a este lugar no creo que jamás lo encuentres en España, más que nada por las normas sanitarias de higiene.

—¡Uf! Un restaurante de Kebabs no, que me dan grima esos amasijos de carne que giran ensartados en una pica, ¿cómo la pegan así? No hay un pollo con tanta pechuga —reflexionó con cara de asco.

—Nos vamos a librar de toda esta energía negativa que nos acontece —respondí con halos de misterio.

Tomamos un metro hasta el lugar indicado. Joel estuvo todo el camino dándome la chapa sobre sitios nocturnos para despejarnos, pero yo no estaba para discotecas ni para karaokes ni nada parecido.

Caminamos entre risas hasta el local en el que había hecho la reserva.

—*Hello Kitty*? —exclamó Joel—. Es una tienda infantil de chuches.

—*Helkatti* —dije, y luego hice un gesto como si tuviese una patita de gatito—. ¡Miau!

Joel estaba curioso, tanto como los felinos que nos esperaban dentro. Tras la puerta había un señor alto y que nos pidió el número de reserva. Luego de pagar cinco euros por cabeza nos advirtió que teníamos una hora y media para disfrutar del lugar. Tuvimos que descalzarnos para acceder, y apenas quedaban perchas para los abrigos. Joel solo llevaba la sudadera y una camiseta interior, por lo que no tuvo que deshacerse de ella.

—¿Y todos estos gatos? —se extrañó Joel—. Café y gatos, eso no mola.

El local era pequeño, con suelo de madera y muchas mesas bajas. Había como seis gatos preciosos que subían por los sofás y jugaban al pilla pilla entre ellos. Al tomar asiento, una camarera nos sirvió una botella de agua mineral y dos vasos.

—¿Los cinco euros qué son, para pienso de gatos? —increpó Joel a la

camarera que no nos había puesto ni un triste café por el precio de entrada.

Yo tomé el móvil y tecleé en español: no hay problemas, queremos un café.

El móvil lo repitió en finlandés.

La chica se marchó sonriente, como si yo hubiese contado un chiste. Vaya a saber lo que le dije, pues el traductor de Google a veces me la jugaba vilmente.

—¿Cómo os gusta hablar en clave a las chicas! —dijo Joel—. ¿Cuántos idiomas sabes?

—Se me dan bien, tengo un buen oído para los idiomas —respondí con alarde—. Hablo inglés, alemán, ruso, francés e italiano. Del resto sé algunas palabras sueltas.

—¿Y sabes el idioma gatuno?

—Miau, miau... ¿Debería?

—Depende del valor que le des a tus botas altas, pues un hermoso gato de ancora se está afilando las uñas en la piel de tu calzado —me indicó entre risas.

Tomé el teléfono y le saqué una foto al gato afilando sus garras. Luego fui a poner mis botas a salvo, mientras que Joel reía en la distancia. Al volver, había dos tazas de café sobre un plato blanco con motivos azules de mininos. La bebida tenía una presentación impecable pues, sobre la espuma de la leche, se habían tomado la molestia de hacer un dibujo que parecía un trébol de cuatro hojas hecho con sirope.

—¡Qué bonito! —exclamé como si fuese un maullido.

—A esto da pena incluso bebérselo, estamos acostumbrados al café soso de Madrid —admitió Joel.

—Lo hacen con sirope de chocolate. Luego lo extienden con un palillo de dientes y hacen el dibujito —comenté.

—Esto compensa lo de los gatos. Mira, tenemos uno justo arriba, en la viga del techo... espero que no haga el intento de marcar el territorio.

—Los gatos canalizan la energía negativa, son como un escudo contra los males de ojos y demás, por eso las brujas siempre están acompañadas por ellos —teoricé seguido de un sorbo al suave café.

—Pues para la próxima relación que tenga, en vez de comprarme un perro,

me compraré un felino —aseguró Joel.

Los gatos se acercaban en busca caricias, pero los que necesitábamos mimos éramos nosotros dos.

—En el próximo destino elijo yo los lugares de ocio, ¿ok? —sugirió Joel, y atrapó un pelo de gato que caía lentamente desde el techo.

—Mientras no la lées... —bromeé ante el rictus de mi compañero de viaje.

—Nada de gatos, nada de museos... tú déjame a mí.

—Está bien, pero cuidado con los precios —advertí mientras acariciaba un bonito gato que se había acurrucado junto a mis calcetines.

—¿A ti te gusta el frío?! —dilucidó—. Copenhague, Helsinki, Tallin... ¿no has pensado en Siberia, en el Polo sur?

—Sí que te has vuelto señorito... —reproché—. Cuando disputabas un partido, aguantabas el tipo con lluvia, calor o frío. Imagina que esto es la pretemporada de tu nueva carrera, solo que no defiendes un escudo de un club, sino que abanderas a tu propio corazón.

—¡Hala! —exclamó Joel alzando una ceja castaña sobre su iris celeste intenso—. Eso es muy bonito.

Joel sacó su teléfono móvil de su bolsillo y lo puso sobre la mesita. Luego, se recostó hacia atrás y me miró con una sonrisa algo amarillenta por el colorante del café con leche.

Bajo su mirada, yo revisaba las palabras que le había dedicado y que fueron acertadas. No sé por qué me estaba volviendo profunda, pero aquel no era buen indicio, pues solo me inspiraba cuando estaba en proceso de enamoramiento, cosa que no podía suceder en este estado, con los dos hechos polvo sentimentalmente.

El móvil de Joel comenzó a agitarse en modo vibrador, y el gato que estaba junto a mi tobillo subió curioso hacia su luz. Joel pasó en primera instancia de su teléfono, pero el felino se divertía con el aparato como si fuese una presa. Al parecer, este le dio con la patita y desbloqueó la llamada. Yo comencé a reírme, pero la ex que estaba del otro lado comenzó a gritar.

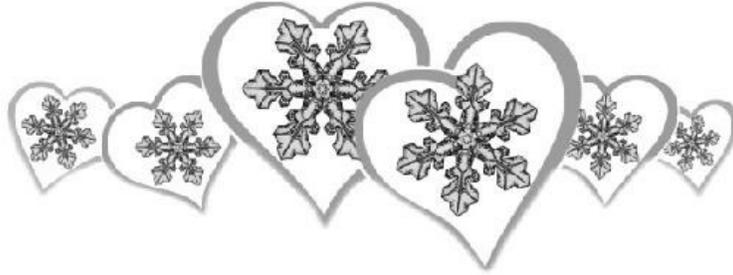
—¡Ya me has cambiado por una zorra! ¡Iba a contarte algo importante! —dijo la voz del teléfono, fuera de sí—. ¡Vete a la mierda, falso!

Joel soltó el café y comenzó a toser casi atragantado, parecía que estaba a

punto de escupir una bola de pelos. Colocó el teléfono sobre su oreja y se arrimó a un hueco que había cerca del baño, donde los gatos tenían sus camitas y su arena para hacer sus necesidades.

Mientras él hablaba haciendo aspavientos, yo miraba aquellos gatos y recordaba a mi hermana, a quien tanto le gustaban. Quería ser veterinaria.

Joel volvió con la cara transmutada y de un ademán apagó el teléfono. Le dio dos sorbos al café y me pidió que nos fuéramos al hotel.



12. EL FRÍO SE COMBATE CON CALOR

El frío tomaba intensidad en las calles de Helsinki. Sin embargo, un calor se implantó en mi vientre por no saber qué había ocurrido. Joel no dio muchas explicaciones, tan solo abandonamos la cafetería de los gatos y pusimos rumbo al hotel.

Aquel gusano de metal nos dejó en la parada de metro más cercana y tres grados de temperatura nos dieron la bienvenida a aquellas calles repletas de bicis y hípsters que la montaban.

—¿Por qué no me cuentas qué te ha pasado? —le pregunté.

—No puedes arreglar nada.

—Estoy preocupada... te recuerdo que este viaje en compañía es para apoyarnos.

—Joder, ¡la que ha liado el gato!

—No culpes a esas mascotas... he sido yo la que habló, ¡confiesa!

—Un clavo saca a otro clavo... eso me dijo. Dice que sí, que he respetado el margen que medio ya estando con otra. Me ha llamado putaño, cerdo, frustrado... y que me iba a decir algo importante pero que ahora decidió no contarme nada.

—Yo no os entiendo. ¿Si no estáis juntos, porque os pedís explicaciones? —reproché mientras caminábamos hacia la puerta del hotel.

—Las mujeres estáis locas —dijo entrando a la recepción.

—Precioso. No afrontes tu parte de culpa.

—¡*Espajalainen!* ¡Flamenco, alegría, *horses!* —dijo el más dicharachero

de los tres finlandeses.

—¿Dónde está la “*saunen*”? —preguntó Joel creyendo que pronunciaba correctamente el idioma.

—Sauna, en la planta baja —indicó el chico de recepción—. Y se dice igual.

—Estupendo —afirmó Joel y tomó dirección a la sauna.

Yo, por el contrario, fui a la habitación y me di una ducha rápida, me cambié la ropa y me vestí sport, pero con unas zapatillas de ducha. Tomé el ascensor y bajé a la zona de spa con sauna.

En el pasillo encontré la ropa de Joel repartida en varios puntos, como si en un acto de locura se la hubiese arrancado. Luego encontré sus zapatillas de deporte. La sauna era enorme, parecía un salón de madera y tenía bancos del mismo material contra las paredes, escalonados entre alturas distintas. Allí debían de caber unas cien personas. Era como el ruedo de una plaza de toros, y a mí ahora me tocaba lidiar con uno.

En una sala anexa había un vestuario provisto de toallas para cubrir las intimidades. Me quité el chándal y me quedé en ropa interior. A los pies de la puerta hallé unos calzoncillos de bóxer, que supuse que eran de mi amigo madrileño. Al abrir, vi a una mujer mayor, a un hombre con barrigón y bigote y a Joel. Estábamos en *petit comité*. Joel no tenía toalla, solo se tapaba con las manos sus vergüenzas. Su cuerpo mantenía la forma, pero ya no estaba musculado como cuando lo conocí. Estaba algo sobrado de grasa, aunque la defendía muy bien.

A la altura de su pecho tenía una cicatriz. Él me habló de un problema cardíaco, pero no de una operación. Con mi toalla enroscada por el torso, como si fuese una habitante de la antigua Grecia, me posicioné junto a él. El vapor creaba una nebulosa de humedad que te hacía sudar sin descanso.

Al tomar asiento noté cómo mi muslo desnudo rozó el suyo, en una suave fricción lubricada por el sudor que nos empapaba, y al oído le susurré:

—¡No seas infantil! Asume que no quiere estar junto a ti.

—Se lo di todo, fui detallista con ella... y ahora a la primera de cambio me manda a la mierda.

—Te daré un consejo: aleja a tu madre de la próxima relación —sugerí—.

No necesitas que nadie vele por los intereses de tu corazón. Tu carrera terminó, ahora vive libre.

—Y dale con mi madre —le enfadó mi comentario.

—Le guardo rencor, lo siento, pero rompió nuestra bonita relación—le confesé.

Joel se quitó una mano de su entrepierna y la lanzó sobre mi hombro, lo que hizo que mi vista inevitablemente se clavara allá abajo. La palma más los cinco dedos que le restaban no eran suficientes para cubrir su miembro viril, y esto, en cierta manera me provocó.

De pronto un calor más fuerte que el del vapor apoderó de mi interior, concretamente en la zona del bajo vientre. Algo en mí estaba cambiando, se ve que donde han quedado ascuas pueden surgir llamas con el susurro de un aliento...

La mujer mayor se marchó de la sauna, posiblemente a la cena. El hombre aguantó el tipo hasta que Joel decidió levantarse. No sé si lo hizo queriendo, pero caminó sin toalla, mostrándome en exclusiva su trasero respingón, que se mantenía firme y bonito. No era un culo africano ni resbalado por la parte baja, era sencillamente perfecto. Con las buenas vistas caminó hasta el centro, donde había unas piedras apiladas en una especie de atril de madera, y echó un par de cucharones de agua sobre las rocas calientes.

—¡Que se anime el cotarro! —exclamó como si hubiese cometido una travesura.

Tras ese diablo de ojos azules emanó una nube celestial, irrespirable pero acogedora. Su silueta envuelta en el humo del agua se oscurecía.

El hombre se marchó gritando en ruso una frase de desapruebo:

—¡Govnó! —gritó. Lo había mandado a la mierda. Literalmente.

Ahora estábamos los dos solos, como en una versión erótica de Adán y Eva, aunque de su parte con la libido por los suelos.

—Hacía mucho que no sudaba así —añoró Joel—. Me recuerda a cuando entrenaba duro... ahora soy como un jubilado.

—Aparte de refrescarme la mente con otras partes tuyas, ejem... —carraspeé la garganta para que se tapase el pene y no creyera que la irrespirable humedad era tan tupida como para cegarme—. He visto también

que tienes una cicatriz sobre el pecho.

—Me operaron para solucionar mi problema, pero me tuvieron dos años sin poder hacer ejercicio y ya he perdido mi tren a la fama.

—¿Ves? Solo piensas en fama y en éxito... no hablas de un futuro, de una profesión.

—Tienes razón. Me encantaba la idea de tener fans, protagonizar un spot publicitario y pasearme con un descapotable por los lugares de moda... he construido mi ambición sobre los cimientos de la abundancia, quizás por ser de un barrio obrero.

—Y estuviste muy cerca —añadí.

—Gracias por estar aquí, junto a mí.

—Lo mismo digo.

El vapor se hizo tan pesado que mi toalla se empapó de agua, no dejando que mi piel transpirara. Finalmente, entonces, me quité la toalla y quedé en ropa interior.

—¡Madre mía! —expresó Joel ante mi striptease.

—Creo que se me está bajando la presión —dije, sintiéndome mal.

Joel se abalanzó sobre mí como uno de esos gatos del bar, en busca de caricias. Al dejarse caer sobre mis muslos panza arriba, dejó su rostro cerca de mi ingle y sus ojos mirando mi mentón.

Aquella posición de su cuerpo a mi merced causó en mí un deseo sexual. Fantaseé mentalmente como si estuviese en una cabaña medieval de madera, invadida por la niebla en invierno.

Mi mirada luchaba por mantenerse fija en sus dos gemas, pero se me desviaba hacia su miembro que caía laxo a un lateral de sus muslos. Con una mano acaricié su cicatriz, que ocupaba parte del esternón, y noté su relieve en la yema de mis dedos.

Mi sujetador estaba empapado y mis pezones se señalaron sin piedad bajo la tela de encaje. Joel no hablaba, pero tenía cara de agobio por el vapor que lentamente nos asfixiaba.

Joel se recolocó sobre mis húmedos muslos, pero resbaló con ayuda de sus omoplatos, que hicieron de tabla de surf sobre el sudor de mis piernas. Desde la tercera altura cayó de bruces al suelo, haciendo que la madera resonara con

brusquedad.

—¡Menudo golpe! —gritó desde el suelo.

Yo, asustada, supe que mi calentón se había acabado. Tomé la toalla que pesaba un quintal y abrí la puerta de la sauna para que saliese el vapor. Luego tiré de él y le ayudé a levantarlo.

Joel comenzó a respirar como si estuviese bajo el agua; nada mejor que el aire puro. Yo fui a por mi ropa y él recogió dolorido la suya, que estaba repartida por el pasillo. Entre risas subimos a la habitación a por una ducha y para librarnos de ese sudor incómodo.

Una vez arriba, nos duchamos en orden. Ya habíamos perdido el pudor el uno frente al otro, éramos como grandes amigos de nuevo. Joel salió del baño como la pesada de mi exsuegra lo había traído al mundo, y no buscó cubrirse, sino que tomó el perfume y se vistió con su fragancia. Yo, temerosa de una locura sexual, me metí en la ducha y puse agua tibia para calmar mi sed de lujuria.

Oí un ruido que me hizo creer que estaba separando las camas individuales, pero cuando salí, Joel estaba roncando. Se había quedado dormido como un bebé. Tenía puesto un pijama fino, distinto al que llevaba en Copenhague en el *houseboat*, y estaba sobre las sábanas como un cristo ocupando ambos colchones.

La verdad es que yo estaba reventada de tanto viaje, así que me acosté cerca de él y le golpeé el trasero hasta desplazarlo a su rincón.

Tardé como una hora en dormirme, y en ese tiempo lo observé... Todo aquello parecía un cuento de hadas. Su rostro sobre la almohada me incitaba a robarle un beso, como si él fuese el bello durmiente y yo la princesa en una versión alternativa a la de Disney.

De todos modos, me resigné y esperé a que mis párpados cayesen por su propio peso... pero apenas las cortinas cubrieron mis ojos, se posó sobre mí el metro ochenta y pico de Joel. Este giró y me usó como almohada. Allí, con todo su peso encima de mí, recordé cosas prohibidas. Por si fuera poco, noté una dureza sobre mi muslo que creí, un principio, que era su puño, trabado entre los dos... pero que al retirar me di cuenta de que estaba erecto, como el mástil de aquel velero del canal de Copenhague. Aquella erección de su

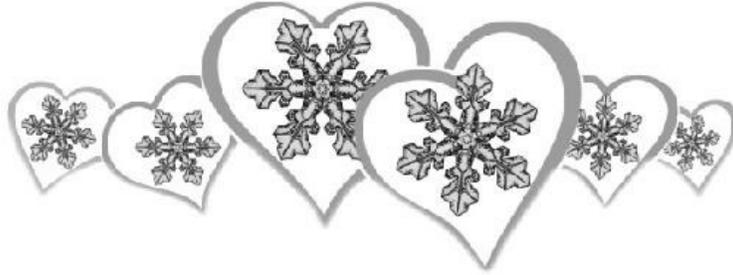
miembro tenía que ser el resultado de algún sueño erótico, pues Joel estaba tan dormido como un tronco.

Entre dientes refunfuñé. Aquella situación era digna de una cámara oculta. Mi entrepierna ardía y se ponía como el interior de la sauna tras echar cazos de agua. Decidí retirarme de la cama. Me sentía vulnerable, cuanto menos.

Di un par de vueltas por la habitación y me asomé hacia la ventana, donde pude ver la luna llena. Joel se había transformado en un hombre lobo alfa, y mi cuerpo pedía ser su presa en aquella noche casi boreal.

Frustrada y sin poder pegar ojo, me puse unos vaqueros y una camisa finita y bajé al bar en busca de algo de chocolate. Necesitaba un buen sustitutivo del sexo, a modo de urgencia sanitaria.

Por si fuese poco, abajo había todo un arsenal de dulces y postres. Sin pensar en el coste del sustitutivo sexual, devoré tanto chocolate como mi estómago admitió y, sumida en un placer distinto, volví a la habitación.



13. RUMBO A TALLIN

Tras ochenta kilómetros navegando por el mar Báltico, y en un ferry que parecía un crucero pero que se agitaba como un barco de papel, llegamos a Estonia. El trayecto puso a prueba mi digestión, y me faltó poco para vomitar esos pasteles del hotel.

No le comenté nada a Joel sobre la noche anterior. Desconocía mi atracón pastelero, y por eso no entendía cómo es que tenía ganas de vomitar si nos habíamos acostado sin cenar.

En el suelo apenas había nieve. Estos países llevaban muy bien el tema del deshielo mediante sal, pero no podían evitar que se acumulase sobre los tejados. Los edificios, de fachadas coloridas, nos presentaban sus tejados medievales como si fuesen chocolate blanco en una ciudad de golosinas.

Llegamos al punto de información turística y nos dieron un itinerario. Gracias a mi dominio de distintos lenguajes, pude empaparme de varias conversaciones de rusos e ingleses que intercambiaban impresiones, ya que no tenía ni idea de estonio. Al parecer, los precios eran más bajos que en Finlandia, y eso lo convertía en un barrio de visita obligada para los que iban a Helsinki.

Allí había una bonita ciudad medieval en cuya plaza, y como nota curiosa, estaba la fachada de la farmacia más antigua de Europa: la Ræapteek, desde 1422, que era ahora un museo. Caminamos hacia dentro, curiosos por conocer qué antigüedades atesoraba. Bajo el dintel, Joel, que estaba de mejor humor, hizo una de sus bromas típicas.

—Hola, boticario, ¿tendría condones de fresa para mi rey? Es que los de tripa de cerdo no le van, al parecer la reina es vegana.

Yo le di una colleja para que dejase de hacer el ridículo. La mayoría de ellos no hablaban nuestro idioma, pero hubo un chico que sí lo sabía y empezó a reírse.

—¿De dónde sois? —preguntó el vigilante de seguridad.

—De Madrid —respondí.

—Estupendo, yo soy de Valencia.

—¿Vives aquí? —dijo Joel.

Tras un intercambio de datos personales, el vigilante se animó a relatar su historia.

—El amor surgió en una noche de celebración por las Fallas... Una tórrida noche de fuegos artificiales y tracas de pasión, que acabaron de convencerme de que ella era la mujer de mi vida, y que yo tenía que venirme hasta aquí. Pero luego todo se rompió en mil pedazos. Tenía un corazón recubierto de nieve que necesitaba un calor superior al que yo podía ofrecerle, pues, se enamoró de mi mejor amigo... y ahora ella vive en España y yo en Tallin. ¡Las espirales de la vida, amigos! Ya llevo cuatro años aquí, intentando lidiar con el ininteligible idioma que habla este pueblo tan peculiar.

Joel lo abrazó eufóricamente, pues sintió empatía con el vigilante de aquel museo.

—Yo soy Fabio —se presentó el chico, quien debía tener unos treinta y cinco años.

—Ella es Alba y yo Joel.

—¡Anda! —exclamó Fabio—. ¿No serás el futbolista del Atlético de Madrid?

—¡Sí! El mismo que hundió su carrera.

—Joder, pensé que te habías marchado a la liga China a ganar pasta, pues no volví a verte en la española.

—Una enfermedad cardíaca me retiró del fútbol y, también, de la mujer de mi vida, como a ti.

—Pues por algo será, Joel. El destino nos quita una cosa para darnos otra —Fabio miró hacia mí con sus gafas de monturas al aire—. Tienes una chica

preciosa a tu lado y, para mí, eres esa defensa central que tan bien protegía su área.

—Gracias. Bueno... Alba y yo somos amigos, amigos especiales.

—Lo ves. Si no te hubiesen pasado esas calamidades, ustedes dos posiblemente no estarían juntos ahora mismo. Mi ruptura me abrió los ojos para que descubriese el mundo y lo bien que se puede vivir sin ataduras, dejando libre al corazón como un caballo desbocado en una pradera.

—Pues igual nos puedes llevar esta noche de marcha.

—Eso está hecho, pero me tienes que dedicar un autógrafo.

—No recuerdo la última vez que firmé... bueno, sí, fue cuando pedí la hipoteca en el banco.

El vigilante se convirtió en pregonero, sobrecogiéndome por unos instantes, pues empezó a hablar en estonio como si estuviese poseído:

—*Muuseumikülastajatel on täna meie rajatistes väga tuntud Hispaania mägija. Mõned pildid võetakse teiega!*

De pronto, medio museo dejó de ver aquellos botes medicinales y los materiales quirúrgicos para fotografiarse con Joel, como si fuese el monumento más importante de Estonia. Su cara de sorpresa se iluminó al ver el aprecio que sentía la gente al acercarse a él para tomarse una foto. Se tuvo que sentir como un juguete roto, recién reparado.

Tras unas cuarenta fotos, Joel no cabía de gozo y en sus ojos se apreciaban las lágrimas de emoción que habían aguardado durante años para asomarse... Por un lado, sentí celos al ver tanta adolescente sobar con disimulo y pedirle besos; por el contrario, noté cómo aquello iba a ser un importante chute de autoestima que haría nuestro viaje más llevadero.

—Gracias, Fabio. ¡Eres un crack!

—De nada. Esta tarde nos vemos, entonces. Toma mi número de teléfono.

Luego, recorrimos el museo, Joel y yo. Subimos unas escaleras y yo me detuve en un anticuario. Me encantaban las cosas antiguas: cómo todas encerraban una historia más o menos importante, pero historia al fin. Allí se pagaba con euros y le pedí a Joel calderilla para sufragar una esfera de cristal, de esas con agua que se agitan para que la nieve se suspenda, creando un efecto de nevada sobre la figura que contiene. En este caso, la esfera no traía

un muñeco de nieve o a Papá Noel, sino un corazón rojo sobre un banco de parque, como si estuviese esperando a alguien. Era un objeto de colección bastante peculiar y me recordó a mi corazón aguardando, bajo la nieve, emociones y sentimientos positivos.

Luego, abandonamos la plaza entre la multitud. Había muchos puestos medievales que ambientaban la bella ciudad. Caminamos entre risas y gestos amistosos por aquellas calles empedradas. El rostro de Joel destilaba felicidad, pues recién le habían cebado su ego con halagos en forma de fotos y autógrafos.

—Vayamos a ver aquella iglesia —insistió mientras señalaba una colina nevada, de la cual emergía un bello edificio que parecía el Kremlin.

—Eso está alto y hace frío —le advertí—. Nos vamos a helar.

—No estamos en Andalucía, estamos a escasos kilómetros de Rusia... ¡lo divertido es la nieve!

—La verdad es que la nieve es bonita para verla por la ventana y estando bien arropada frente a una chimenea, en un sofá y con un buen conversador —añadí.

—Pues yo te hago de exteriores, más infantil y divertida que mirar un cuadrado con leña en llamas. Te imagino riendo, lanzando bolas de nieve, revolcándote sobre el frío y dando forma a un muñeco —vaticinó Joel.

—Lamento decepcionarte, pero no soy tan divertida... además, ¡¿qué sabrás tú de mí?!

—Más de lo que imaginas —se sinceró.

Su confesión me agradó, pues eso significaba que se fijaba bastante en mis preferencias.

—¿Eres ahora una especie de pitonisa?

—No. Soy tu amigo y tu ex... de momento. Pero igual, te desposo en aquella catedral —dijo, haciendo una señal como Cristóbal Colón al alto horizonte.

—¿Casarme contigo? Bueno, pero con un gato de por medio, uno bastante grande que sepa canalizar la suma de nuestras energías negativas.

—¿Aún tienes ganas de gatos? Mira tus botas y cómo las ha dejado ese felino tabernero —dijo Joel—. Le ha puesto flecos.

—Cada vez que vea la piel hecha trizas de mis botas, me acordaré de ese café gatuno contigo. No es un mal recuerdo —aseguré.

Joel se quedó en silencio. Parecía que algo de lo que le dije le había incomodado; quizá, le había recordado la misteriosa llamada de su ex.

De pronto, el teléfono móvil de Joel comenzó a vibrar en su bolsillo y este, sin pensarlo dos veces, descolgó.

—¿Diga? Hola, mamá... estoy de baja por estrés...no, no estoy solo... el mundo no acaba en Jennifer, hay otras chicas en este mundo y más maravillosas... pues, ahora mismo tengo una delante... estoy en Tallin... eso está en África, mamá... sí, me he vacunado... es mentira, mamá... estoy muy pegado a Rusia, con una antigua amiga que tú conoces... ¿qué te la pase?

Joel me pasó el teléfono a pesar de mis aspavientos. No quería hablar con la que una vez fue mi suegra y le había metido todos esos pajaritos de grandeza en su cabeza. Aquel había sido el detonante de nuestra ruptura y la consecuencia de que no me fiase a la hora de volver a enamorarme de alguien. Finalmente lo cogí.

—¿Sí?

—Hola. En primer lugar, muchas gracias por acompañar a mi hijo... ¿está bien?

—Estupendamente.

—¿Sabe si está bebiendo alcohol o fumando alguna droga?

—Mire usted, su hijo es mayorcito ya para saber qué es lo bueno y lo malo. No me utilice para que yo sea una extensión de madre protectora. Si confía en él, déjele tomar una decisión sin poner su aliento encima, y así deja usted también de preocuparse tanto —le recriminé, sacando todo el rencor que tenía almacenado desde hacía unos años. Luego le entregué el teléfono a Joel.

—¿Que no sabes quién es? Yo te lo diré, es Alba.... no, ella no se ha metido en mi relación con Jennifer, me la encontré fortuitamente... ¿Qué me ha mentido? Bueno, ya volveré pronto, que te van a sangrar con la llamada... besos.

—Veo que sigue igual de manipuladora con su bebé —dije, algo encolerizada.

—Genio y figura hasta la sepultura —añadió Joel—. Durante mi etapa de

futbolista se me acercaron muchas chicas, solo por la influencia de la fama.

—Pues de haberte quedado conmigo... —espeté sin pensar demasiado, arrepintiéndome al segundo de haberlo soltado.

—No hubiese sido mala opción, pero hay que equivocarse —lamentó Joel—. Mi madre delira en ciertas ocasiones... fíjate, decía que todo era un montaje, que ella conoce la picaresca de las mujeres y que, posiblemente, tú estabas acompañada de alguien, pero que al verme te hiciste la gatita abandonada.

—Es más retorcida que el decorado de las columnas de esa catedral —dije señalando al edificio de arquitectura barroco-ortodoxo.

Comenzamos a ascender la colina nevada, dejando atrás la ciudad amurallada, la cual parecía el escenario de una película de época. Yo era la dama, y Joel, el nuevo sargento recién ascendido. Allí había una especie de parque con un banco solitario, que tenía una espesa capa de nieve. De fondo, árboles desnudos que lo miraban, sin hojas y erguidos, como esperando que alguien se sentará sobre el banco, y anunciando que pronto a ellos les nacerían las hojas para dar sombra. Aquel rincón blanco e inhóspito me pareció bello; me recordó a cómo me sentía al aguardar que llegase la primavera. Tras sacarle una foto, Joel acaparó mi atención y me condujo hacia lo más alto.

En mi metraje mental, donde yo era esa dama y él mi caballero favorito, me había llevado hasta el altar de la catedral ortodoxa de Aleksander Nevski. Este era un bello edificio con cinco cúpulas que parecían cebollas negras. Tenía una bonita entrada con escalones, y Joel me condujo hacia dentro.

La belleza interior retozaba riqueza y majestuosidad. No faltaba detalle sin decoro. Todo allí dentro era dorado, solo las velas rojas y blancas daban algo de contraste en aquella lujosa monotonía. En varios atriles se apilaban libros sagrados y, al fondo, el altar.

De la mano me guio hacia él:

—Un bonito lugar para casarse —dijo al contemplar el retablo dorado y decorado con pinturas.

—Los dioses solo pueden representarse en una sola dimensión, por eso la religión ortodoxa no admite figura.

—Pues no les hace falta. Es precioso, tal y como está —dijo Joel—. ¿Te

casarías conmigo aquí?

Por un instante, me convertí en la figura a tamaño real que faltaba en el interior de la catedral, pues me quedé sin palabras. Sabía que aquello era una broma, pero sus palabras se me impusieron... pues, aún en plan cachondeo, jamás creí que las oiría de su boca.

—No —respondí—. No necesito una alianza ni un templo para ser leal a un corazón. Necesito una persona verdadera y con los pies en el suelo... solo eso.

—¡Oh! —exclamó Joel, atrayendo miradas—. Mejor me propongo como tu padrino.

—Sí, mejor.

Al salir de la catedral vimos en lo alto, aquella ciudad amurallada, con todos sus tejados nevados y con el mar Báltico de fondo, donde los barcos atracaban en el atardecer y hacían sonar sus bocinas.

—Busquemos un taxi que nos lleve, a un hotel para pasar la noche ¿de acuerdo? —sugerí con la estampa de Tallin en mi retina.

—¿Qué dices? Te advertí de que yo iba a planear el día —dijo Joel, y posó sus manos sobre mis hombros, como dos palomas

—Ah, sí. ¿Y qué tienes planeado?

—Después de nuestra fallida boda —bromeó—. Te sorprenderé, así que no me preguntes más.

—Pero si no conoces nada de aquí, ni siquiera hablas inglés.

—Yo no, pero mi amigo Fabio sí que lo habla.

—Miedo me da.

Caminamos colina abajo, disfrutando de aquel viaje en el tiempo que nos ofrecía Estonia. Paramos un taxi y nos subimos a él. El conductor no hablaba ni ruso, ni alemán, ni español, ni inglés, ni italiano... solo hablaba estonio. Le intenté pedir mediante el traductor de Google que nos llevara a una pensión barata para pernoctar, pero acabamos en un distrito a las afueras de las murallas.

Llegamos al Hostel Mahtra, que se encontraba en una explanada con bloques de pisos soviéticos dispuestos como setas. El desorden del lugar no permitía orientarse por calles lineales y nuestro mapa, que habíamos cogido en

el ferry, solo era del centro de Tallin.

Al llegar a la recepción, la mujer que atendía nos dijo, mediante un cartel en inglés, que el hotel estaba lleno, y nos envió calle arriba. Hicimos un zigzag y llegamos a una pensión con peor pinta que un prostíbulo clandestino, pues en su cartel salían dos jarras de cerveza brindando, y bajo él se leía: Hostel Terviseks. En lo que podía ser una madera comida por las termitas como recepción, había apoyada una mujer con el pelo alborotado y rubio. Al vernos, nos dedicó una forzada sonrisa y nos mostró una cartulina plastificada, que explicaba en varios idiomas las instalaciones y el precio por noche.

—¡Qué barato! —dijo Joel—. Yo invito.

—¡Cuánta generosidad! —le reproché—. Diez euros por noche para dormir junto a una dama.

La mujer no aceptaba pago con tarjeta, por lo que tuvimos que recurrir al metálico de nuestras carteras. Parecía que Joel y yo habíamos estado aparcando coches, pues entre monedas de euros, céntimos y algún billete de cinco, conseguimos sufragar el hospedaje.

La habitación tenía dos camas, TV y calefacción que ya estaba en marcha. La ducha daba pena y no parecía que la higiene fuese un fuerte. La humedad florecía bajo la pintura blanca y el parquet del suelo estaba rallado, y tenía nombres grabados a golpe de navaja.

—¿Habrá vacunas en la nevera? —preguntó Joel ante la evidente falta de higiene.

—¿Y chinches en la cama?

—Cállate, Alba, que me pica todo —añadió rascándose ferozmente.

De aquella habitación parecía que iba a aparecer un espíritu de un momento a otro. Las instalaciones daban algo de grima, pero bueno, solo íbamos a estar de paso. Joel tomó el teléfono y antes de desbloquearlo me advirtió:

—Ponte cómoda y no cierres los ojos, bajo la cama puede haber una mutación de pelusa estonia con cucarachas...

—En serio, prefiero dar por perdidos los diez euros y buscar algún sitio decente —auguré—. Piquemos billetes de aquí.

—Estaba lleno el hostel de antes y venimos sin reserva, sin planes. Así es más divertido, tendremos una anécdota que recordar.

—¡Divertidísimo! —aseguré haciendo un rictus.

—Bueno, dormir es lo de menos. Esta noche vamos a celebrar la vida y la libertad. Ambos venimos de una pérdida, pero todo lo que venga a partir de ahora serán ganancias emocionales. Así que espera, voy a hablar con mi amigo Fabio y prepararé algo que nos haga olvidar esta pensión de mala muerte.

—Por el amor de dios, no tardes... estoy acojonada.

—Esa boca... *¡espanjalainen!* —me recriminó y luego tomó un abrigo color marengo y una manta que halló en el armario de la habitación.

—Ya veo que te has quedado con el palabro en finlandés.

Joel no me respondió, tan solo salió de la habitación con el móvil pegado a la oreja mientras pegaba gritos de entusiasmo dirigidos a su amigo valenciano.

Tomé mi móvil, lo enchufé para cargar la batería y me posicioné cerca de una ventana, en cuyo poyete quedaban restos blancos de nieve. Muy próxima al cristal, había una silla de madera sin tapizar, donde pensé que sería el lugar apropiado para sentarme a pensar en todo lo que me estaba aconteciendo. Tenía que hacer un resumen mental de lo que había sucedido y sopesar si estaba rascando una herida ya cicatrizada o si seguía en proceso de curación.

¿Casualidad? Joder, encaje de bolillos, más bien. ¿Y si era una señal de mi hermana desde el otro lado? ¿Y si los difuntos pueden condicionar nuestro futuro inmediato? Todo aquello me creaba una sensación extraña. Una paleta de emociones se mezclaba creando colores vivos, pero desconocidos para mí.

Por un lado, me sentía segura y me divertía con él. Por otro, me daba lástima que tuviera el corazón operado y que no pudiese desarrollarse en lo que era bueno. También me sentía algo culpable por haberlo arrastrado a un viaje mochilero, sin darle margen a arreglar las cosas con su exnovia.

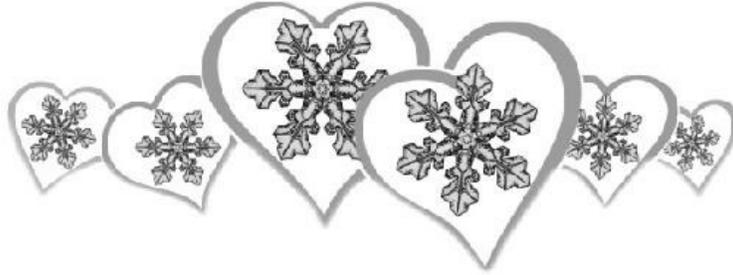
Todo era un coctel frenético de emociones y decepciones. Tras una hora mi móvil comenzó a cantar como una chicharra. Sin desenchufarlo, descolgué la llamada.

—¿Joel? ¿Te ha pasado algo? —pregunté al no verlo subir.

—¿Respiras aún? —bromeó—. Ponte guapa y abrígate. Ponte doble braga, doble calcetín y toma un chaquetón. Como no hay chimenea aburrida, te voy a llevar a un sitio mágico—me aseguró con entusiasmo.

—Dame dos minutos —respondí y colgué.

No sabía qué me tenía preparado. El comentario de la chimenea me hizo gracia, pues parecía que esa idea de estar en plan ermitaña le parecía aburrida... Así, como una niña en la noche de Reyes, decidí emocionarme y disponerme a descubrir la sorpresa que el alocado de Joel me quería dar.



14. ROMPIENDO EL HIELO

Rebusqué en su maleta y hallé varias fotos de la dependienta del negocio deportivo; era guapa la jodida. Luego encontré sus guantes, entre unos calzoncillos sin estrenar, y el frasco de colonia que tanto me gustaba.

Al llegar al zaguán del edificio me esperaba un bonito Mercedes. Era de un modelo antiguo, pero estaba impecable en cuanto a su pintura. La sal que había esparcida por el suelo no dejaba a la nieve tomar volumen, por lo que se apilaba en los filos de la carretera y los edificios.

Fabio, el español, al parecer nos iba a hacer de guía por Tallin. Joel salió a abrirme la puerta con mucha educación.

—¿Y esto? —pregunté.

—Tenemos un guía de cinco estrellas.

—¡Hola! —saludó el valenciano.

—Vamos a comer algo, ¿no? —pregunté hambrienta mientras oteaba el interior—. Aunque aquí huele a comida.

—¡No te adelantes a los acontecimientos, amiga mía! —respondió Fabio—. Tú déjate llevar.

Ante el misterio al que me tenían sometida estos dos chicos, decidí dejarme llevar y disfrutar del momento. El vehículo nos dio una panorámica de toda la ciudad, mientras, el español nos fue explicando detalles o cosas curiosas sobre los habitantes estonios. La nieve caía tímidamente sobre el vehículo, vistiendo el paisaje de blanco algodón.

—¿Qué mosca te ha picado? —le pregunté a Joel.

—Quiero devolverte el favor por este viaje tan necesario.

—No me debes nada. No tiene precio el estar acompañada. Además, me salvaste la vida en tu bicicleta de superhéroe.

—Veo que tenéis una historia en común —intervino Fabio en plan cotilla.

—Tienes razón, de todos modos, quiero hacer algo más especial. Me ha costado convencer a Fabio, pero será muy original.

El habitáculo del Mercedes olía a pescado caliente, por lo que supuse que habían comprado algo de comida. Fuera, la nieve salpicaba suavemente los cristales, en silencio.

Fabio nos habló del carácter de los estonios. De esos rostros sin expresión y de su falta de saludo al entrar en un establecimiento. Son fríos y directos. Sin embargo, cuando cogen confianza, son extremadamente entregados a la ayuda.

Por un momento pensé que estos dos me iban a secuestrar, pues me estaban conduciendo hacia un campo nevado a las afueras. Después de unos veinte minutos desde el centro, llegamos al lugar al me quería llevar Joel.

La cascada se llamaba Jägala, o eso decía el cartel de bienvenida. Joel me hizo bajar del vehículo, abriéndomela puerta, tomó del maletero una bolsa de papel, similar a las de los McDonald's, y bajó el portón. Fabio se despidió y advirtió que volvería en una hora. Luego, se llevó el coche lejos de allí.

El lugar era cuanto menos pintoresco: estaba repleto de pinos y abetos cubiertos por un manto blanco, como si fuesen trajes de novia, y tejidos sin un patrón concreto. El blanco pureza se imponía sobre el paisaje, al que lo cruzaba una cicatriz de hielo.

Los únicos que no presentábamos nieve por encima, de momento, éramos Joel y yo. Pero en nuestros corazones se resistía una capa de hielo que parecía no querer derretirse. Una capa profunda de escarcha que dejaba ver el corazón que había bajo ella, pero que retenía los sentimientos sin dejarlos escapar.

Joel me llevó de la mano por la ribera del río. No quiso ponerse los guantes que le bajé, así que yo decidí quitármelos y sentir el tacto de sus cálidos dedos. El roce no se sintió durante mucho tiempo, pues nuestras falanges se helaron *ipso facto* debido a los pocos grados que mantenían todo en estado sólido.

Sobre el blanco estábamos los dos solos, como si fuésemos astronautas en

un planeta inhabitado, en busca de oxígeno y agua para subsistir. Por toda la orilla se veían unas vallas amarillas y unos carteles en inglés con la inscripción: “*Do not cross*”.

Joel me indicó que le siguiera hasta un gran abeto, centenario cuanto menos. Bajo su copa colocó una manta que había tomado del hostel y se sentó esperando que yo hiciese lo mismo.

—Supongo que el frío matará las pulgas —bromeó entre risas.

Yo me senté y lo miré a los ojos a los ojos. Estaba sorprendida por aquel lugar; no era un monumento, pero había superado cualquiera de mis expectativas.

De la bolsa sacó una botella de vodka, dos copitas que parecían de Martini y unos bollitos rellenos de pescado ahumado. Así también unos mazapanes con chocolate.

—Sé que no es lo más elegante que te han ofrecido, pero seguro que es distinto.

—No está mal —dije con una perversa sonrisa—. ¡Me encanta Joel! ¿Y el vodka? ¿No pretenderás emborracharme?

—Para pedirte un beso, no te necesito ebria. Más bien, te necesito segura y yo sentirme merecedor de ese gesto —respondió haciendo hervir mi pecho, como si la bebida de alta graduación alcohólica me recorriese el propio esófago.

Me quedé sin palabras y solo atendí a saborear el pescado. Sabía a arenque o sardina ahumada, y como yo era adicta al atún me pareció bastante sabroso. Joel directamente se sirvió una copa de vodka.

Sin duda, con el frío que hacía, la bebida elegida era un combustible necesario para retomar la circulación sanguínea.

—¿Te acuerdas de cuando te llevé al puente de los candados?

—El puente Reina Victoria —añadí—. Sí que me acuerdo, con todos esos teleféricos por encima nuestro.

—¿Crees que seguirá nuestro candado?

—Seguro que sí... aunque tengo dudas sobre el destino de la Vespa de tu padre.

—Se la robaron —dijo sonriente Joel—. Me llevé zapatillazos hasta en el

carné de identidad.

—Eres cutre cuando te lo propones... ¡Mira que dejar la cadena de la moto sin candado en pleno Vallecas!

—Pues, mereció la pena... el candado era bueno, pues aún sigue allí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Fuiste a verlo?

—Paseando un día por el río Manzanares lo recordé y lo fui a comprobar. Casualidad.

Pensé que habría ido con su exnovia Jennifer a verlo. Pero precisamente, que me omitiera ese detalle decía mucho, ya que mostraba no querer restarme protagonismo en este picnic sobre la nieve.

—No sé cómo te puede gustar el pescado... —gruñó Joel pasando al postre directamente.

—Ni a ti el vodka —repliqué—. Eso sirve para desinfectar una amputación.

—Pues no lo gastes todo. Si sigo sentado, mis bolas no tardaran en gangrenarse.

—¡Qué burro eres!

Terminamos el picnic y Joel cargó con la manta.

Me condujo por el lateral del río helado, como si fuese una autopista a ninguna parte, aunque él sabía perfectamente lo que habría en aquella dirección: una cascada.

Bajamos por una pendiente y la nieve nos llegó por las rodillas. Ayudándonos mutuamente llegamos hasta donde la cascada rompía y parecía, para nuestra sorpresa, una escultura de vidrio, como si hubiésemos pulsado el botón de pause en un mando mágico y la corriente se hubiera detenido. El piso estaba cristalino como una pista de patinaje; la cascada tendría una altura de ocho metros.

Joel, de nuevo, tiró de mis dedos y me acercó hasta la pared en relieve. No sentía su mano, pero me tenía bien sujeta. A pesar de que había un cartel de no pasar, él insistió en invadir un poco el río congelado para sacarnos un *selfie*. Yo accedí, pues debíamos immortalizar aquel instante. Pegamos la cabeza y las orejas nos dolieron por el frío. Noté su mejilla cerca y templada y luego vino el *flash*. Aquel momento habría de quedar immortalizado en su teléfono. Pero,

en nuestro corazón, también iba a quedar un registro para la eternidad, como aquel candado en el puente de Madrid Río, cuando Joel me besó.

La sensación fue sencillamente mágica. Estábamos tan helados que noté el calor de sus tiernos labios como una llamada acogedora. Como si necesitase abrigarse con mi boca para no morir de frío. En ese momento, el hielo de nuestro corazón se rompió y surgió una llama en nuestros rescoldos emocionales. Joel se retiró un instante, como pidiendo disculpas, pero yo le agarré con fuerzas el codo y lo traje de nuevo a mis labios.

La estampa era única bajo aquella cascada helada, que si llegara a derretirse nos engulliría a los dos bajo sus aguas. Pero eso me daba igual; el tiempo se había detenido. Me separé de él, con las manos sobre sus hombros y mi mirada anclada en sus dos pedacitos de cielo.

—Me habías dicho que en el lugar al que me llevabas no había chimenea —comenté con ternura—. Pero te equivocaste, tú eres esa caldera, esa leña placentera que hace habitable cualquier salón con el calor de su madera.

—Gracias.

—No, gracias a ti —dije llevándolo hasta el centro del río helado.

—No sé mucho inglés, pero en los carteles dice “no pasar” o algo así.

—Eso es para las miedicas... y yo ya no temo a nada —lo arrastré a su pesar sobre la superficie de hielo, que crujía a cada paso.

Allí nos besamos de nuevo, en la intimidad que nos ofrecía la pared de la cascada helada y bajo la seguridad que me ofrecían sus grandes manos al estrujarme el cuerpo tras cada beso.

Joel tuvo la genial idea de trazar en el suelo un corazón y sin querer dejó caer el vodka de la botella. En el suelo se dibujó la silueta, pues el alcohol derretía el hielo. Nos pusimos en medio y nos besamos. Con disimulo, Joel sacó su móvil para immortalizar el instante con una foto cenital en la que se viese el corazón helado a nuestros pies.

¡Crac!

El suelo cedió y se desquebrajó poniéndonos en peligro a los dos. Nuestros labios se despegaron y Joel, llamándome loca, me llevó en su regazo hacia la zona segura. Luego oímos el pitido de un claxon y supimos que nuestra cita en la nieve había terminado.

Dejamos la manta allí, junto a un cuarto de la botella de alta graduación, pues se congeló y no había manera de volverla a doblar. Pero lo importante no era lo que allí se quedaba, sino todas esas emociones que nos llevábamos con nosotros.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Fabio—. Mi chica estonia me trajo aquí en una de nuestras primeras citas en su país... me pareció un lugar maravilloso.

—Y lo es. Muchas gracias por regalarnos este instante —le agradecí y le planteé un beso en la mejilla.

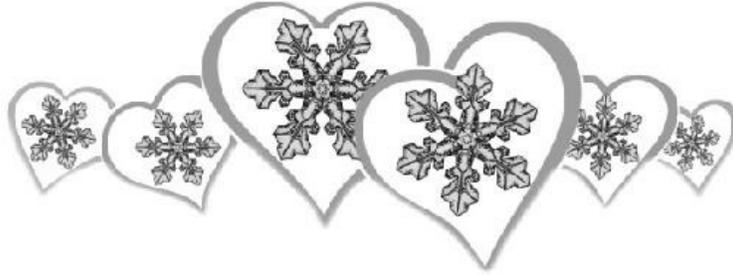
—¡Eh, eh! —se quejó Joel en plan broma—. Que me pongo celoso.

—Tú ya has tenido tu ración —le dije—. Tengo que agradecerle su servicio, es un perfecto anfitrión.

Fabio arrancó el Mercedes y nos devolvió al hostel de mala muerte en el cual nos hospedábamos. Durante el trayecto busqué el siguiente destino, que no iba a ser otro que Cracovia, pero antes recorreríamos todas las ciudades que habían de paso, en tren o autobús nocturno.

Joel quedó con Fabio en enviarle una camiseta firmada del Atlético de Madrid y nos dimos nuestros perfiles de *Facebook* para no perder el contacto.

Aquella noche en la pensión no ocurrió nada, pues no nos atrevimos a dormir sobre la cama infestada; tan solo nos quedamos el uno sobre el otro abrazados, contra una esquina de la habitación, pensando en lo sucedido.



15. UN VALS BAJO EL GRANIZO

A las 6:30 de la madrugada, Joel y yo poníamos rumbo a Riga en un autobús de alta gama. Este tenía máquinas de café yagua gratis, además de auriculares para ver una película en versión original y subtitulada en lituano. En aquella ocasión, no sé si fue casualidad o mensaje del destino, pusieron “Los amantes del círculo polar”.

La verdad es que pasamos las cuatro horas y media durmiendo el uno sobre el otro, pues aquellos sillones nos parecían un colchón de plumas al lado del suelo de parqué del hostel de las chinches.

No sabía exactamente qué me iba a deparar Riga, pero todo se estaba centrando en nuestra relación. El autobús disponía de Wifi, aunque yo no quería distracciones. Solo quería descansar para estar con la mente libre y despejada para inmortalizar mi viaje con Joel.

El autobús llegó a su destino y la nieve nos dio la bienvenida junto con una leve lluvia de granizos. Eran cerca de las once y debíamos desayunar. No teníamos paraguas, pero Joel siempre tenía un plan: tomó su maleta y la puso arriba nuestro como un escudo. Caminamos hacia unas sombrillas de tela que cubrían unas mesas.

En una pared se leía Meistaru y al lado estaba una terraza de bar con toldos, en el cual los granizos rebotaban como en una cama elástica. Frente a nosotros había un bonito césped con caminos de piedra y, cerca, un músico callejero con un acordeón. Este tenía muy mal aspecto y, además, con el tiempo que hacía pocos serían los turistas que le darían una moneda.

Sinceramente, me dio lástima verlo tosiendo y acurrucado, sin poder tocar nada. Joel controlaba todos mis gestos, cada arruga de mis facciones, y así fue cómo empatizó conmigo sin que abriese la boca; pues, sacó de su esquilmada cartera cuatro monedas de cincuenta céntimos y las coló dentro de un vaso de corcho amarillento, de esos que se usan para llevar café.

El hombre tosió con la mano en la boca y sus ojos de clemencia nos abrumaron por un instante. Luego, se reincorporó y estiró su fuelle.

—No, no hace falta que toque para nosotros —dije amablemente haciendo gestos con las manos—. Coma algo.

El músico no respondió, solo plasmó una sonrisa y dejó que la música partiese de su acordeón. Una bonita melodía sonó bajo el granizo e hizo vibrar nuestros corazones. Joel me tomó de la mano y comenzó a bailar conmigo como si fuese un vals.

Parecía de locos, lo sé. Pero ahí estábamos, sonriendo ante la adversidad del hielo que azotaba las calles y al son de un músico errabundo que abría y cerraba las manos con un ritmo que solo él comprendía.

Entre giro y giro hubo un nuevo beso. El redoble de tambor estaba presente en cada pedrisco de hielo y precipitaba nuevos besos. De pronto, el mendigo detuvo su melodía, y el granizo se detuvo en seco.

—*Labai Ačiū* —dijo el acordeonista que parecía más bien lituano que letón.

—Gracias a ti —le respondí intuitivamente.

Aquello había sido mágico, pero el día no terminaría ahí. Las nubes vagaron hacia el este y un intenso arcoíris apareció, como si Nadia hubiese dado sus pinceladas en el raso celeste del nuevo cielo.

—Desayunemos y busquemos refugio —auguró Joel—. Por allí vienen nubes negras.

Entramos dentro del bar. Allí había dos guapos letones que, quizás, eran de los más europeos que había visto en lo que llevaba de viaje. Sobre la barra, dos chicas que les sonreían y ligaban con los apuestos camareros.

—Un café con leche —pidió Joel.

El guapo camarero no entendió ni una palabra de lo que le dijo y le solicitó que repitiese. Joel dio un acrobático salto y se coló en la barra. Luego, señaló

la máquina de cafés.

—¿Ya estás buscando hacer amigos?

—Yo creo que se hacen los suecos —dilucidó Joel al ver su rostro de sorpresa.

—Espera, seguro que entienden ruso —hice el pedido en ese idioma.

—Me agobio con los idiomas, pareces la protagonista del exorcista.

—*Da!* —me respondió el camarero, asegurando que ahora sí entendía.

—Han entendido el ruso perfectamente. Dos cafés y dos pasteles nos van a poner para combatir el frío.

—¿No estarás ligando en clave?

—¿Estás celoso?

—Puede.

Joel no llevaba la colonia Hugo Boss que tanto me gustaba y, sin lugar a duda, la echaba de menos.

—Tengo que contarte algo, Joel.

—Que el dulce está más duro que el turrón del duro.

—No, bobo —respondí—. Quería contarte una historia de la Torre Redonda de Copenhague.

—No me vayas a contar la historia del edificio del cual me iba a suicidar.

—No —silencié un instante y coloqué mis manos alrededor de la taza humeante—. ¿Crees en el destino?

Joel alzó su mirada. Tras la tupida nube de vapor que desprendía el café parecía un genio emergiendo de una lámpara mágica.

—¿Qué las cosas están predestinadas? —reflexionó en voz alta—. Uno forja su futuro, lo único que no puede dominar son los accidentes. Nosotros tenemos el control de nuestra vida.

—Cuando estuve arriba de la torre, en lo más alto de aquella espiral, dejé rodar una moneda de dos euros —le expliqué, y luego di un sorbo largo que me calentase la garganta—. Lo hice porque mi hermana tenía ese sueño para encontrar al hombre de su vida. Decía que quién la recogiese del suelo, sería su amor.

—¿Y si le coge el menos indicado? —se señaló a sí mismo con su dedo para arrancarme una sonrisa.

—Pues, lo tenía todo pensado, la volvería a tirar hasta que la cogiese el apropiado.

—Pues no me la pediste de nuevo. Supongo que por vergüenza a contarme ese ritual —justificó Joel.

—No. Te dejé la moneda porque pensé que eras la persona adecuada. Y creo que no me he equivocado.

Joel se incorporó sobre la mesa, con su envergadura de metro ochenta, y se abalanzó sobre mí para robarme un beso. La situación fue graciosa: casi derrama los dos cafés y se manchó el pantalón de chocolate, por la zona de la cremallera bajo el botón.

—¡Joder! —expresó sacudiendo su pantalón blanco, ahora marrón oscuro.

—Te gusta endulzarte.

—Sí, ¡vaya faena! Parece que me he querido tirar a una berlina de chocolate. Como el de la película *American Pie*.

—Cuando te pongas el abrigo ni se te verá —le convencí.

—¿Y dices que soy el chico perfecto? —se ridiculizó.

—Eres ideal por estas cosas. Es lo que me gusta de ti. En mi trabajo todo son protocolos y normas estrictas. Tú eres todo lo contrario a mi mundo ordenado y cotidiano.

—¿Buscamos un hotel? —cambió de tercio—. Pon en el buscador lo siguiente, ¿estás lista?

Encendí mi móvil y varios Whatsapp entrar de inmediato. No les presté atención y me centré en los labios de Joel.

—Dispara, vaquero de chocolate —le avisé.

—Hotel barato en Letonia, sin gatos ni pulgas ni pelos en el baño.

Inevitablemente, aquello sacó cientos de carcajadas. Joel sonreía también. Los letones que ocupaban el bar nos miraban como si fuésemos humoristas en un *show* en vivo.

—Aquí la mayoría domina el ruso. Nos montaremos en un taxi que nos lleve a una pensión para pasar la noche y gestionaremos otro bus o un tren. El tiempo está fatal aquí y no podemos ver nada a gusto. ¡Nos moveremos hacia Polonia!

—Tú eres mi jefa.

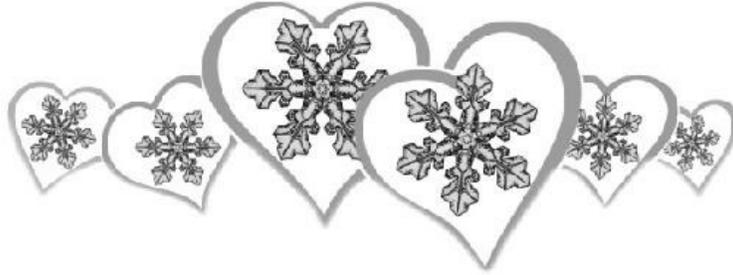
—Solo eso.

—¿Cuántos besos y bailes necesitas para saber que eres especial? Además, cogí tu moneda. Ahora estás obligada a estar conmigo. —bromeó.

—¡Anda! Ponte el abrigo y cubre tu pastel de chocolate de una vez. Tienes a las dos chicas de la barra fijadas en ti.

—¿Celos?

—Órdenes de tu jefa —atajé.



16. NUESTRA SEGUNDA PRIMERA VEZ

Una nueva tormenta de granizos azotó el taxi que nos conducía hasta un hostel barato. Y por mala suerte, el taxista no sabía ruso ni inglés, ni ningún idioma que yo pudiese chapurrear. Mi móvil estaba sin cobertura y, Joel, más nervioso que un perrito un chico en brazos de un niño.

La carretera era una pista de hielo repleto de canicas. El taxista corregía la dirección del vehículo con destreza. Antes de montarnos nos dijo un precio del trayecto, pero no había entendido nada de las cifras.

—Esto parece un trineo tirado por perros. ¡Vamos a morir!

—Abrázame y calla —le seguí la corriente.

—A ver si llegamos de una vez a nuestro destino. Este tipo está dando vueltas para cobrarnos más —desconfió Joel aferrándose a mi figura, buscando exagerar la situación.

—No busques excusas para acercarte a mí, Joel —dije sonriente.

—¿Tanto se me notó? —dijo y me miró con su cristalino de hielo azulino.

Me acerqué y le planté un beso en los labios. No era la carroza de la cenicienta, pero allí junto a él me sentía una princesa.

El taxi por fin se detuvo y Joel se santiguó dando las gracias por llegar de una pieza. Le pagué con tarjeta sin prestar atención a la cifra y nos adentramos en el hostel al que nos había llevado el conductor letón.

Además de nieve, la entrada al edificio tenía a un tipo parado con un abrigo y una botella de vodka, que canturreaba ebrio recostado en los escalones de entrada. Debido a la tormenta no pudimos mirar hacia arriba para ver las

estrellas del hotel, pero según nos pareció, aquel hotel debía ser una franquicia *lowcost* del mismo tipo que el cuchitril de Tallin.

El hombre que atendía la recepción era de unos sesenta años, tenía una chaqueta verde y la melena encrespada a lo Punset.

—En vez de estrellas, este hotel se mide por cucarachas —discrepó Joel al escapar de la recepción—. Ni borracho me quedo aquí.

—Espera —le advertí a mi chico—. Con la que está cayendo fuera, ¿a dónde vamos a ir?

—A lo mejor hay otro hostel cerca en el cual no nos vayan a sacar los órganos cuando estemos durmiendo.

Corrí hasta la puerta y puse los brazos en cruz. Lo miré a los ojos y le dije:

—Me tienes a mí. Pasaremos a resguardo el día de hoy y mañana iremos hacia Polonia.

Joel me miró, clavó su mirada al granizo de la calle y finalmente se volvió.

Reservamos una noche. El hotel tenía pinta del albergue juvenil. Era alto y estaba falto de limpiadora. Entramos en el ascensor y miramos la botonera, esta nos hacía recordar los ascensores de los noventa. La mayoría de los botones estaban derretidos por algún gracioso que se había entretenido en quemarlos con la llama de un mechero. Pulsamos el botón que creímos correspondía a la planta seis, y Joel se tapó la nariz, pues olía fuerte a orina.

Finalmente, el ascensor nos devolvió a un pasillo enmoquetado, con manchas y jirones en todas las direcciones. En la pared había una hilera de cráneos de renos o algún animal con cornamenta. Los tubos fluorescentes parpadeaban, haciéndonos guiños cegadores, como si estuviésemos en una pasarela de moda benéfica.

Por el pasillo se oían jadeos, conversaciones agresivas y lo que parecían gemidos.

—¿Será esto un prostíbulo? —insinuó Joel—. Hay hoteles que permiten estos servicios.

—Hay que tener muy mal gusto para hacer el amor en un lugar como este.

Joel me detuvo frente a la puerta, antes de entrar en nuestra habitación, y dijo:

—Lo importante no es lo de fuera, sino que lo que transcurre dentro y con

quién.

Luego me besó y yo le seguí. Colocó la llave como pudo y giró la cerradura. Soltamos la mochila y la maleta, nos quitamos los abrigos el uno al otro y, sin fijarnos en el decorado que nos rodeaba, nos alojamos juntos.

Sus manos eran bruscas en los gestos y me mostraban mucho deseo, más del que yo pensaba. Mis labios galopaban sobre los suyos sin acertar, pues, nos agitábamos y desnudábamos a ciegas, sin mirar donde desabrochar los botones.

Luego, los jerséis y las camisetas interiores pasaron por nuestras cabezas, privándonos de los besos, pero no de las caricias. Joel quedó con su torso desnudo, el cual ya había visto en la sauna, excepto que ahora yo iba a catarlo y en vez de recorrerlo el sudor, iba a ser mi lengua la que se perdiera por su piel. No notábamos el frío, no encendimos la calefacción, solo queríamos deshacer el hielo de nuestros corazones.

Joel atinó rápidamente al corché del sujetador y lo desabrochó. Mis pechos cayeron libres sobre su torso, realizando un suave contacto sobre su piel depilada. Sus manos me abrazaban, me envolvían y me empujaban hacia la pared: eran llamas heladas que me quemaban.

Nos detuvimos en ese torpe y excitante arte que era el desnudarnos. Necesitábamos amor, solo eso. Besos, miradas y caricias. Títeres de nuestras emociones. Hasta que Joel se arrodilló y me bajó los pantalones hasta las rodillas —casi me caigo, pues tenía las botas puestas—. Me descalzó y dejó mis largas piernas al desnudo. Mi piel se escarpó ante el terremoto que me hacía vibrar en sacudidas de deseo.

Luego se puso de pie, se despojó de su ropa, quedándose parado unos segundos ante mí para regalarme la visión de su cuerpo y, así, encender más mi deseo. Sus manos recorrieron mi piel despacio, alterando mi respiración y el latir de mi corazón. Mi vientre ardía, mis pechos estaban firmes y predispuestos para el sexo, pero él me lo pidió entre susurros:

—¿Quieres que continúe?

No necesité hablar, simplemente apreté sus firmes glúteos entre mis dedos y lo atraje hasta mí. Quería que derritiera la frialdad que envolvía mi alma, que deshiciera mi vestido de dolor y me enfundara en uno repleto de ilusiones.

Joel me elevó una pierna y me tomó contra la pared. Su barba rala hacía de sus besos un gesto salvaje y varonil que me excitaba. Pero nuestros labios perdieron el protagonismo, que fue acaparado por la unión de nuestro ser. Nos perdíamos cada vez más en la pasión, nacida y crecida con cada embestida, con cada gemido de nuestras voces rebeldes, que se escapaban libres con cada movimiento firme de sus caderas, que me aprisionaban y me hacían sentir que perdía la razón.

Joel me sacaba una cabeza de altura y era del doble de ancho que yo, así que podía mantenerme presa sin esfuerzo, sin perder el ritmo y la fuerza de sus embestidas, que me hacían imposible no pedir más; deseo que él me concedía sin objeción.

Tras unos minutos de desenfreno, me tomó en brazos y me colocó en la cama boca arriba. Se perdió por y entre mis pechos, marcándolos con besos pasionales y suaves mordiscos llenos de deseo. Pero aquello recién empezaba. Joel me miró sonriente y dijo dos palabras que fundieron el hielo que escarchaba mis sentimientos más vetustos hacia su persona: “Te amo”.

—No hables... déjate llevar —dije impaciente por sentirlo dentro de mí.

Joel colocó sus rodillas sobre la corcha azulada y trazó un camino con sus labios por mi piel hasta llegar a mi entrepierna, donde jugó con su lengua sobre mi clítoris, arrancándome gemidos y haciéndome estremecer con cada lamida lasciva. Lentamente ascendió hasta el ombligo, cruzando con una exhalación entre medio de mis pechos. Finalmente, arribó a mi boca, donde mi lengua y la suya jugaban a enroscarse en un pulso inútil por vencer.

Despacio, suave y delicado, noté su miembro colándose en mi húmeda y cálida intimidad, creyendo que su piel se fundía dentro. Pero esa tranquilidad duró poco. Joel empezó a perderse en el placer, que le obligaba a moverse más duro, más deprisa, más intenso. Y con cada gemido exhalado por mi garganta, él más pasión desataba. El sudor se hizo con nuestra piel. Teníamos tantas gotas aperladas como cuando habíamos estado en la sauna.

Su pene estaba firme, generoso y entregado a la causa. No nos dio tiempo de improvisar muchas posturas sobre la cama, pues aquello fue como una necesidad de emergencia, como algo que llevábamos tiempo deseando y que, si no sucedía ahora, no sucedería jamás.

Bajo mi piel notaba cómo el placer iba en una y otra dirección, como si fuese un lazo de calor que se trenzaba y luego se desanudaba para hacer un nuevo nudo. Finalmente, sentí mi cuerpo estremecerse. Me tensé con la sacudida del intenso y placentero orgasmo, que me atenazó el cuerpo haciendo que mis uñas se clavaran en su espalda y que mi voz estallara en un gemido penetrante. Él no se detuvo, si bien me escuchaba, estaba aprovechando las contracciones de mi sexo para culminar... Luego, retirándose de mí con premura, se giró sobre sí mismo y se puso bocarriba, con el fin de que yo le ayudara a terminar. Finalmente, liberó un gemido varonil, el gruñido de una fiera. Seguidamente su placer estalló en orgasmo, liberando todo el fluido que mantenía atesorado a presión dentro de su cuerpo, como resultado del hielo que acontecía en su corazón... no fue un deshielo, precisamente, pero en ese momento lo sentí así.

—Te quiero —me susurró resoplando hacia el techo de escayola amarillenta.

—Lo necesitábamos... —dije.

—¿Qué te ha parecido?

—Respecto a cuándo tenías veinte años... digamos que has madurado en esto del sexo.

—No soy un semental, pero me gusta bastante besar y acariciar...

—Ya lo he notado. Aunque estaba tan nerviosa que todo ha ocurrido en un flash.

—¿Insinúas que soy un eyaculador precoz? —preguntó con un tono afable y paseando sus dedos sobre mis cabellos y separándolos en mechones.

—No, ¡ja, ja, ja! —respondí y le besé el pecho, donde contemplé su cicatriz—. Digo que he disfrutado tanto que no he pensado demasiado.

—Todo este paisaje, el de ahí afuera, parece nuestro interior. Cubierto de nieve, con ríos de hielo que son nuestras venas y una soledad gris que nos ensombrece.

—Un paralelismo excelente —respondí mientras escuchaba los latidos de su corazón—. Y añadiría a tu poética descripción que el amor es la sal que deshace la fría y blanca nieve que nos hiela.

—El amor es calor, pasión, amistad... y no hay hielo, drama o tristeza que

pueda con su fuerza.

—Amor y hielo le pondría a la carpeta de recuerdos de nuestro viaje —confirmé.

—Será mejor que nos demos una ducha —sugirió mientras el sudor se enfriaba sobre nuestra piel.

Me levanté y él me miró. Me devoró de arriba abajo sin inmutarse. Luego se mordió el labio y una nueva erección estiró ese instrumento hecho para el placer, que volvía a estar listo para hacer sonar una nueva melodía en mi corazón.

Joel se levantó. Su envergadura sin ropa le hacía parecer un titán del placer, un atractivo héroe que, con el corazón roto, iba salvando a damas en su bicicleta de alquiler.

—Ven a aquí, que te pillo —dijo en broma al corretear tras de mí.

Siguiendo su juego me metí en el baño y puse el tapón de la bañera. Luego rocié el fondo con gel y, al llenarse una cuarta de agua, agité el líquido caliente con mi mano para crear espumas. Joel se metió primero y se sentó, esperando que los borbotones de suave jabón sepultaran su paisaje nudista como una esponjosa nieve.

Luego, cerré el grifo y me metí en el agua que casi hervía. Me posicioné entre las piernas arqueadas de Joel como si fuese el sillón de un spa de hidromasajes. Me recogí el pelo con una gomilla y apoyé mi espalda contra su pecho.

Sus manos emergieron de la bañera, como el monstruo del lago Ness asomando su cuello en la superficie. Con la yema de sus dedos comenzó a masajear mi cuerpo. Yo cerré los ojos y deseé vivir en aquella bañera toda la vida.

—¿Qué hubiese sido de nosotros si nunca hubiéramos roto? ¿Has pensado en eso?

—Pues nunca se hubiese dado lugar a este día —respondí convencida.

—Tienes razón.

—La pregunta es: ¿qué será de nosotros a partir de hoy? —auguré abriendo los ojos.

—Pues, escribiremos un nuevo episodio en nuestros corazones de hielo,

como aquel dibujo que hicimos con vodka sobre el río congelado —suspiró y noté su aliento en mi oreja—. Jennifer ya es pasado; tú, mi presente.

Yo me recosté, me sentía muy confortada con su actitud y sus respuestas. Notaba sus brazos fuertes alrededor de mí y el relajante sonido de los chisporroteos de la espuma estallando en minúsculas burbujas.



Cuando desperté estaba en la cama, bajo unas mantas y sin ropa interior. Estaba sola, sin Joel. Mi estómago rugía de hambre y creí que todo aquello había sido un sueño. Entonces me destapé y fui a buscar la maleta de Joel, y allí la encontré. Suspiré y me alivié. No había sido un sueño erótico ni el fruto de una paranoia derivada del trauma por la pérdida de mi hermana, pero ¿dónde se había metido él con el mal tiempo que hacía afuera?

Miré alrededor y fui consciente del cuchitril en el que estábamos metidos. La pasión nos cegó en su vorágine y nos olvidamos del decorado de nuestra película de amor. Incluso vi una cucaracha trepando por la pared, que tenía un papel vinilo de franjas grises y negras. De cualquier manera, todo era secundario. Aquella habitación no iba a cambiar mi sensación de bienestar.

Agarré mi móvil y lo encendí para localizar a Joel. Entonces vilos WhatsApp de mis amigas y decidí llamarlas, tenía que contarles lo ocurrido con Joel.

Hice una video llamada y empecé a hablar con Saray.

—¡Amigas! —exclamé al ver la cabeza de Saray y Petra que luchaban por aparecer en el recuadro de la pantalla.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa!

—¿Dónde estáis?

—En mi casa jugando una partida de póker —dijo Petra—. Hace un frío que pela fuera. ¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo te sientes? —añadió Saray.

—Pues, mejor de lo que pensaba... estoy viviendo una especie de cuento de hadas. Es como si volase sin tomar un avión.

—¡No me digas! — Petra hizo un gesto de cejas—. ¡La rubia se nos ha enamorado!

—Y “J”, ¿está por ahí? —me habló en clave Saray.

—Joel acaba de salir... es esto lo que os quería contar, chicas —confesé mientras ellas abrían los ojos como platos—. Como sabéis, me fui en plan mochilera y solitaria por las ciudades bálticas para olvidarme del palo que me dio la vida. Un trago amargo y frío que heló mi corazón. Yo no buscaba encontrar pareja ni estar riendo constantemente... más bien, me vine a experimentar la soledad del luto y a alejarme de todos aquellos recuerdos que me hacían daño.

—Así fue, Alba —corroboró Saray.

—Pero el destino parece que se encaprichó en ponerme por medio a Joel, en un viaje casual, donde gracias a una nube de cenizas nos quedamos atrapados en Copenhague. Eso forzó nuestra amistad. Yo estaba reacia a retomar una conversación siquiera con él, pero Joel, con sus ojos azules y su peculiar humor, actuó de bálsamo sobre mi alma. Me hizo olvidar el calvario que anidaba en mi conciencia y sanó esa enfermedad que envenenaba cada recuerdo negativo de mi mente. Todos estos paisajes recubiertos de nieve parecían una metáfora de mi interior, un banco repleto de hielo y abandonado en mitad de un parque invernal bajo cero. Pero entonces llegó él, con su torpeza, con su chispa de ingenio, y se sentó en ese banco helado que era mi corazón, con el fin de derretir con el calor de su cuerpo todo signo de invierno y crear una especie de primavera alrededor de mí... ese banco nevado del parque mostró su verdadero color y alrededor de él, el verde y rojo de las plantas brotaron fundiendo la nieve...

—¡Vamos, que te has acostado con él! —sintetizó bruscamente Petra.

—¡No seas burra! —le recriminó Saray con un codazo—. Con el bonito relato que nos ha contado.

—Demasiada poética... ¿esta se nos ha enamorado?! —dilucidó Petra tras oír mi testimonio.

—Pues sí—respondí entre risas—. Surgió lo inevitable. Pero me siento mal, mi hermana acaba de morir y yo, aquí, disfrutando de la vida como si celebrase su pérdida.

—¡No, no! —negó Saray—. Por desgracia, tu hermana Nadia ya no está entre nosotras, y tú tienes que rehacer tu vida. No hay mal que por bien no venga, y parece que el destino te tenía guardado algo en exclusiva para ti.

—¿Y qué tal? ¿Has notado algún cambio tras tantos años? —preguntó Petra haciendo un gesto en alusión al tamaño de su pene—. ¿Más pasional? ¿Sumiso? ¿Fetichista?

—¡Qué cotilla eres, Petra! —reproché en tono alegre.

—Tú nos has llamado... eres libre de contar lo que quieras, pero te conocemos —añadió Saray.

—Ha tumbado todas mis defensas. Me salvó de unos violadores, me llevó a un lago helado y me besó junto a una cascada. Dormimos en el suelo de un hotel repleto de pulgas, bailamos en la calle al son de un acordeón, me llevó frente a un altar y bromeó con desposarme... y hoy, hemos hecho el amor contra la pared y en la cama, y luego tomamos un baño relajante, los dos juntos entre espuma y pompas de jabón.

—¡¿Pompa?! Sí, sí... que te puso a ti en...

—No seas burra, otra vez —le recriminó Saray ante el chiste fácil de Petra.

—Burra me estoy poniendo con Alba y el señor Grey —bromeó Petra con aquella “mente sucia” que la caracterizaba— No sigas contando tan ardiente relato, que ya ni me acuerdo lo que es un orgasmo.

—Envidiosa —carcajeé—. En definitiva, me encantaría que este hielo que envuelve nuestro amor dejase nuestros corazones congelados y pegados para siempre, hibernando con estos sentimientos tan maravillosos.

—No quieres despertar de tu cuento... pues, vive a tope estos días y tráete un bonito recuerdo. En el fondo quieres olvidar el drama, y Joel te está ayudando a que no pienses en lo negativo.

—Y tanto... pero ¿y si él está acostándose conmigo por despecho? ¿Y si solo intenta olvidar a su Jennifer?

—Un clavo saca a otro clavo...pero según cuentas, todo ha surgido con relativa naturalidad —argumentó Saray quitando hierro al asunto.

—Yo que tú, *carpe diem*. ¡Y que le jodan a lo que venga después! La vida te puede dar un revés sin avisar, y lo sabes de primera mano.

—Tienes razón —Petra me había convencido con su lema.

—Pues, ahora, de vuelta a ese banco nevado para que se siente de nuevo tu chico—aconsejó Saray.

La puerta de la habitación se abrió y moví mi mirada del móvil hacia la entrada. Era Joel, que traía varias cosas en sus manos: una bolsa de plástico con la silueta de un zapato, una rosa roja con tallo largo y un cartón de pizza empapado con agua. Yo giré el móvil para que mis amigas vieran la estampa y les lancé un beso antes de colgar la video llamada.

—¡¡Carpe diem!! —exclamaron con descaro las dos antes de cerrar la transmisión en vivo.

Joel era un trapo húmedo. Sus cabellos estaban pegados a su frente y sus labios tiritaban de frío. La rosa estaba empapada por la lluvia, como si tuviera gotas de rocío, y la bolsa que escondía una caja de cartón en su interior creaba un charco a sus pies. La pizza supongo sería una sopa.

—Perdona... soy un chico de fe. Pensé que la pizzería y demás tiendas estarían como a diez minutos máximo, pero llevo más de dos horas dando vueltas bajo la tormenta. El recepcionista me prestó un paraguas... que no ha sido suficiente para salvar la comida.

—¿Por qué no has pedido un taxi? —le recriminé acercándome a él.

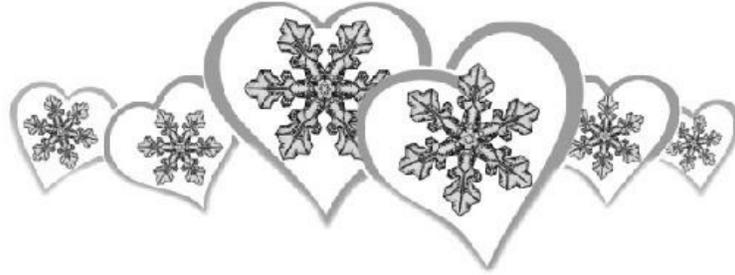
—Tenía el dinero justo para la pizza, este regalo y la rosa... además, no sabría darle una explicación en letón al taxista, y saber si me llevaría lejos de ti para siempre.

Le besé en los morros con pasión, tomé la rosa y cogí la bolsa por el asa, pero él se resistió a dármele y entendí que ese regalo no era para mí.

Abrimos la pizza de atún y beicon sobre la cama para comprobar su estado y, aunque parecían gachas, el hambre nos pudo y cogimos las porciones que guardaban mejor aspecto. Nos faltó un lambrusco o un vino para poner la guinda a aquel almuerzo tardío, que no era políticamente romántico, pero tenía el sello típico de Joel.

Sus dientes castañeaban tras cada mordisco y le incité a que se quitase la ropa, pues iba a coger una pulmonía. Le ayudé a desnudarlo y de sus bolsillos

cayeron un par de bolígrafos de publicidad del hotel y unas monedas sueltas. Cuando destapé el envoltorio que cubría su apetitoso cuerpo, decidí lentamente devorar el postre, por segunda vez en el mismo día, bajo el pretexto provocador del leitmotiv de Petra: *Carpe Diem*.



17. UN MENSAJE EN LA PIEL

La noche nos arrastraba en un largo viaje hacia Cracovia, la segunda ciudad más poblada de Polonia. Por noventa euros recorreríamos ochocientos kilómetros en un bus de larga distancia. Nos deparaban doce horas de viaje, pero no me importaba: tenía todo lo que necesitaba a pocos centímetros de mí.

El autobús estaba flamante. Era nuevo y moderno. Tenía televisión, wifi, unos asientos bastante confortables y unas luces led azuladas que daban calidez al habitáculo. Dejamos las maletas en la bodega del bus y tan solo cogimos una botella de agua, los móviles y unos aperitivos que Joel sacó zarandeando de una máquina expendedora en la estación de autobuses. Pasé algo de vergüenza, pero eso de que nos pudiera pillar el vigilante me parecía divertido, como cuando nos habían arrestado en el calabozo de Copenhague.

El bus apenas estaba ocupado. Pasajeros subían y bajaban en varias estaciones donde el conductor aprovechaba para salir a fumar y estirar los pies. Joel y yo nos habíamos refugiado en la última fila como dos adolescentes que van al cine a meterse mano en vez de a ver la película.

En mis manos llevaba la flor que me había regalado. Me pareció un bonito presente para admirar, antes de que se marchitase... pues todavía había vida y armonía en su interior. El habitáculo nos obligó a quitarnos la ropa de abrigo; aunque afuera hiciera cero grados o menos, la calefacción adentro nos mantenía como en una incubadora.

Uno sobre el otro nos pusimos a ver las fotos del móvil, en donde yo tenía

ya una carpeta creada con el nombre “Corazones en la nieve”. Revivimos con pequeños *flasback* los momentos vividos y recordamos muchos detalles que, a pesar del poco tiempo transcurrido, parecíamos haber olvidado. La última foto que vimos fue aquella del banco helado en el parque repleto de nieve y con los árboles sin hojas de fondo.

Afuera la nieve no cesaba y en la carretera, a pesar de ser de noche, siempre había sirenas amarillas y rojas de máquinas quitanieves que trabajaban a destajo, para mantener las carreteras en optimo estado.

Tras varias horas y paradas, mi vejiga no aguantó más y aproveché para ir al baño de la estación. Joel bajó del bus e hizo una serie de estiramientos, como si fuese a jugar un partido de futbol entrando desde el banquillo. Cuando volví al bus, él tenía en su mano los bolígrafos del hotel y la dichosa bolsa, cuyo contenido se negó a revelarme.

De nuevo volvimos a la parte trasera y yo me recosté sobre los muslos de Joel esperando que sus dedos tomaran tierra en mi piel. Me descalcé las botas hechas tira —culpa de los gatos— y me puse cómoda. Joel me miraba y sonreía.

—¿Sabes qué hay en esa bolsa? —preguntó con halos de misterio.

—No es necesario —Le quité importancia, pues posiblemente era un regalo para Jennifer o su madre—. No tienes que contármelo todo.

—Gracias —respondió—. No pensaba contártelo, pero como te veía tan pendiente a él...

—Con la rosa y lo bien que lo estamos pasando, no me importa todo lo demás.

—Como bien sabes, nuestro viaje se está acabando...estamos yendo de vuelta en dirección a España —obvió.

—No me lo recuerdes...

—La vida es efímera, Alba. Sin embargo, hay momentos que se graban a fuego en nuestros corazones —poetizó Joel—. En ocasiones nos equivocamos con los sentimientos y con las decisiones que tomamos.

Eso me sonó a arrepentimiento, a que todo había sido un error y a que iba a retomar su relación anterior, ya que por eso le llevaba un regalo: para reconquistarla.

—Pues por eso mismo me dejo llevar por el presente, voy avanzando contra todo pronóstico como una máquina quitanieves que despeja todo aquello que entorpece mi camino, todo aquello que el calor del amor no puede derretir.

—Y haces bien. Yo estoy contigo, pero es innegable que nuestro tiempo se agota por estas capitales nevadas.

—¿Y? —pregunté reincorporándome hasta erguirme sobre el sillón. Mis manos temblaban de pánico ante la respuesta que sus labios me iban a ofrecer.

—Abre la caja y entenderás lo que te quiero decir.

Joel elevó la bolsa y me hizo entrega del misterioso bulto. Metí la mano y saqué una caja de zapatos de color rosa y gris. Las letras venían en letón y la tapa estaba sujeta por una gomilla.

—¿De veras quieres que lo vea? —me aseguré—. Me has confesado que no querías contarme lo que hay en su interior.

—Eso es cierto... si te lo contaba, la sorpresa perdería la magia.

Con un cincuenta por ciento de intriga y la otra mitad de orgullo, destapé la caja para ver su contenido. Dentro había una ridícula hoja de papel, con un dibujo de tinta corrida, que imitaba la silueta de una princesa... y a su lado una extensa dedicatoria. Bajo la “artesana” tarjeta de felicitaciones, había dos zapatos de tacón: eran negros, preciosos y de mi talla. Luego leí la nota:

“La Cenicienta tenía hasta las doce para mantener el hechizo, bailó un vals (como nosotros en aquella terraza bajo el granizo) perdió un zapato de cristal y el príncipe buscó su dueña. Tú eres la princesa de mi cuento de nieve y amor. Estamos a horas de cerrar este capítulo y llegar al final del libro, y por eso quiero que te sientas princesa, más allá de cuando acabe el hechizo”.

Sinceramente, me quedé sin palabras. Era lo más bonito que había leído en mucho tiempo. Empecé a llorar. Estaba a flor de piel, muchas emociones en poco espacio de tiempo. Joel me dejó llorar acariciando y recogiendo cada lágrima con ternura. Las paradas pasaron y no nos movimos de allí.

Luego nos besamos y el estómago de Joel rugió de hambre, interrumpiendo nuestro apasionado gesto. Sacamos los ganchitos y dos chokolatinas. Parecía como que estábamos siguiendo una dieta insana de adelgazamiento.

Entonces recordé los bolígrafos de Joel y le pedí uno, y con él le propuse hacerle un tatuaje en la espalda. Falto de caricias, cedió y se elevó la camiseta.

—¿No te da miedo que tu corazón sufra haciendo el amor?

—Me he quitado del deporte de élite... si me prohíben el sexo, creo que caería en una depresión profunda. Además, morir durante un orgasmo es una buena manera de marcharse de este mundo, ¿verdad?

Sobre su espalda comencé a escribirle todo lo que le quería decir. Poemas improvisados de amor, realizados con tinta azul que surcaban su piel; cubriendo de trazos y palabras cada poro de su espalda. Tenía constelaciones de lunares agrupadas en su piel, como cráteres recientes en la faz de su planeta marrón, que me hacían recordar el impacto de mis uñas la noche anterior. Sus células se desprendían con cada pasada de mis dedos y desprendían ese olor a perfume característico Hugo Boss.

—¿Qué me estas escribiendo? ¿La Biblia?

—Espalda tienes para ello... pero no —confirmé—. Te estoy dejando mensajes para que te lo leas frente a un espejo, cuando estés desnudo.

—¿Mensajitos secretos? ¡Con lo impaciente que soy! Le voy a preguntar a esa mujer mayor de la primera fila. ¿No me habrás puesto groserías? —bromeó haciendo amago de levantarse.

—No creo que entiendas mi letra ni el idioma. Pero, para tu tranquilidad, no hay nada obsceno escrito, eso me lo reservo para susurrártelo al oído en directo... sin tinta de por medio.

—¡Ves! Eso me tranquiliza —dijo al bajarse el jersey de lana que llevaba y cubría los escritos.

—¿Te relaja que te diga cositas de tres rombos al oído?

—Realmente me alteran, me gustan —confesó dándome un beso— me excitan.

—Pues me gusta saberlo... lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—La capitana *espanjalainen* se está volviendo sexy... se ablanda cuando ve la nieve.

—¿Me vuelvo? Siempre soy sexy y tierna, bobo —discrepé—. No sabes idiomas, pero bien que te has quedado con esa palabra finlandesa.

—Me hizo gracia cuando la oí, sonaba a general alemana —explicó entre risas—. Me estás pagando el viaje, eres mi guía en estas ciudades heladas, mi intérprete y la brújula de mi corazón en pleno deshielo...

—¡Y tu Cenicienta! —espeté señalando los tacones que había dejado a la vista para contemplar.

—Por supuesto, esta es la carroza de calabazas y, la pareja de choferes, los ratones Gus y Jack —bromeó—. No soy un fetichista, por cierto, sino que te busqué los tacones por el tema del cuento

—¿Cómo sabías mi número? ¿Y los nombres de los personajes de la Cenicienta? Te estás volviendo friki —reí.

—Jennifer tiene sobrinas y siempre estaban con películas de princesas en la tablet: Vaiana, Frozen y la Cenicienta. Las ponían una y otra vez —me confirmó—. Respecto a lo de tu número de pie, pues, soy un observador nato. Un defensa debe tener reflejos y conocer todo sobre los delanteros que vienen a marcarle gol a su área.

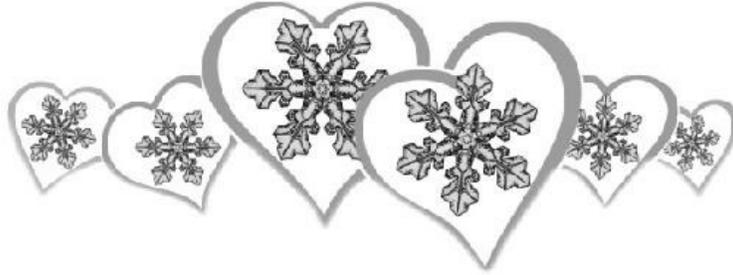
—¿Y yo te he marcado un gol? —pregunté al recostarme de nuevo sobre sus muslos. El respaldo de los sillones de adelante nos hacía de ángulo muerto para la vista del chofer.

—En toda la escuadra de mi corazón —me aseguró. Luego se agachó y me besó—. Por cierto, ahora me toca a mí tatuarte la piel con tinta envenenada y mensajes obscenos.

Me elevé la camiseta y le mostré mi ombligo y mis pechos en la penumbra del autobús. Él miró alrededor y cuando confirmó que nadie más los veía, le hice entrega del bolígrafo.

—Tienes seis horas para decir todo lo que quieras sobre lo que sientes por mí... Si me quedo dormida no me despiertes, ¿ok?

Sus barbas se agitaron junto a la sonrisa perversa que se dibujó en su boca, y el bolígrafo comenzó a danzar sobre mi piel como el vals del príncipe Saúl Zatarain y Ella en el palacio real.



18. EN TACONES POR CRACOVIA

Sin calcetines y con los tacones puestos, me bajé del bus con la espalda, el culo y las piernas dormidas. Joel me miraba con un gesto de desapruebo, pero yo me moría de ganas de estrenar los zapatos.

Cracovia nos daba la bienvenida con un cielo plúmbeo, del cual se desprendían copos aterciopelados. Posiblemente, perdería uno de mis dedos, como una alpinista en el Everest, pero no estaba dispuesta a esperar a España para estrenarlos.

Por otra parte, tenía una gran intriga por saber qué había escrito Joel en mi cuerpo, pues había letras por todo mi abdomen. Los siete grados se notaban en toda la intemperie: menos mal que mi corazón era una caldera y la leña de mi chico estaba cerca.

—¿Qué planes tenemos, mi rubia? —preguntó Joel, que miraba hacia una alta torre.

Yo no respondí. Prefería que me llamara Cenicienta o Alba antes que “rubia”, pues me sonaba algo vulgar. Tras declararle mi disgusto con una mirada envenenada, contemplé la enorme plaza que nos rodeaba y su clara arquitectura medieval. Por motivos de trabajo yo ya había estado allí y había hecho una visita fugaz por el bonito castillo de Wawel y el parque del Planty.

—Me encantaría ver Auschwitz, pero no estamos para empaparnos de energías negativas —auguré.

—No, déjate... —aseguró Joel con una mueca.

—Yo ya he estado aquí, en la Lonja de Paños. Por la noche a la plaza la

iluminan unas luces tenues que le dan un toque muy romántico.

—Supongo que es lo último que se ve antes de morir por hipotermia. ¿Te dedicas a congelar a tus amantes? —bromeó.

—No seas tonto —sonreí—. No me voy trayendo a parejas aquí, me saldría muy caro.

—¿Qué quieres ver, Cenicienta? —rectificó mi apodo.

—Mejor no te lo dijo —le lancé una mirada perversa y mordí mi labio como si aquella concurrida plaza estuviese deshabitada.

—Todo a su debido tiempo... Subamos a esa torre, a ti te gustan muchos los miradores.

—¡Es la torre del Ayuntamiento! Tiene unos setenta metros —le expliqué y señalé el edificio de ladrillos, que tenía un bonito reloj verde con agujas doradas en lo más alto—. Vayamos mejor al barrio judío.

—¿Tenemos que pillar un taxi, princesa? —me preguntó Joel tomando mi mentón entre sus dedos.

—No, más coche no, por favor. No más calabazas... además, creo recordar que está muy cerca de aquí.

Caminamos hacia un lateral de la plaza y allí nos encontramos con la Basílica de Santa María. Tenía dos torres a distinta altura: una era un campanario y en la otra había un adorno con una corona dorada. Mucha gente se agolpaba para mirar hacia arriba, como si alguien se fuese a arrojar. Al seguir la dirección de todos aquellos ojos pudimos visualizar a una mujer con el pelo recogido y con algo dorado en sus manos: una trompeta.

Un transeúnte comenzó a vociferar: “*Hejnal mariacki*”, animando a la mujer de arriba, que al parecer estaba allí para hacer tocar su instrumento. En cuestión de segundos, la trompetista sopló una nota y todo el mundo silenció; incluso más gente vino a posicionarse debajo de la torre.

Una bonita y nítida melodía sonó desde la altura, como el canto de un ave que susurra amor. Nuestros oídos se deleitaban con una nueva sorpresa, mientras los crujientes copos de nieve se deshacían sobre nuestras mejillas. La melodía terminó y quedamos algo tristes por el tono, pues parecía de luto, como cuando van a enterrar a un militar caído en guerra. Me hizo recordar a Nadia y lo mucho que la quería.

Al pie de la torre había un cartel en inglés y otro en polaco. Pude leer que a cada hora sonaba esta melodía en homenaje a un trompetista que había muerto en el siglo XIII, tiroteado mientras alertaba, con su instrumento de viento, de que la ciudad estaba siendo amenazada por una inminente invasión del imperio mongol.

Los tacones me hacían de patines de hielo como si fuesen cuchillas dispuestas en vertical sobre la suela. Entre la pesada mochila y el piso mojado por la nieve derretida, mi caminar era todo un espectáculo.

Joel corrió hacia una esquina en donde se acumulaba nieve. No había allí más de cuatro dedos, pero consiguió hacer una bola y lanzármela a traición.

—¡Oye! —gemí—. ¿Me declaras la guerra?

—Sí, me encantan las reconciliaciones de amor y paz.

Me agaché y tomé una bola con mis dedos, como si fuese una granada de mano, y se la arrojé. Las risas estaban aseguradas. Joel se resbaló y se mojó el pantalón:

—Mejor de nieve que de chocolate, ¿no?

—Muy graciosa, ¡ahora verás! —me amenazó con un tono bromista.

Yo corrí a buscar refugio tras una estatua y, antes de que lanzase su esfera de algodón helado, trastabillé con el tacón y me doblé el tobillo, emitiendo un fuerte grito de dolor.

—¡Mierda! El tobillo.

—¡Esa boca! —exclamó Joel con una sonrisa que se esfumó al ver mi gesto.

De rodillas me descalzó sobre la nieve fundida y contempló mi tobillo. Al haber sido futbolista entendía de lesiones, y me puso el copo de nieve sobre el hueso.

—¿Es grave, doctor?

—Parece una torcedura sin importancia... si fuese una lesión de ligamento tendrías un bulto del tamaño de la campana de esa torre en tu tobillo — aseguró señalando la torre más alta de la Basílica.

—Debemos poner fin al viaje... —lamenté.

—Sí, buscaremos un lugar en donde pasar la noche y cogeremos un avión.

—Me duele bastante, Joel... fue una estupidez ponerme los tacones.

Tendrás que hacerme de muleta humana.

—Este viaje pareció una estupidez desde el principio, pero nos ha dado muchos momentos brillantes.

—Me hubiese gustado ver la ciudad desde la torre del Ayuntamiento... y sacar un retrato *selfie* desde allí.

—Aquello me da otra estúpida idea sobre qué hacer. No seré tu muleta humana, más bien, seré tu caballito.

—Son ciento setenta metros de altura, sesenta kilos de peso y un corazón tocado por una enfermedad.

—El corazón sufre con los disgustos, las penas, el estrés... pero el amor lo cura todo. Y tú me tienes la patata sana como si fuese un joven de doce años.

Joel tomó su maleta con una mano, luego me subió al pedestal de piedra (con musgo) de una estatua que decoraba la calle y con maestría me montó en su espalda. Luego, posicionó sus manos debajo de mi culo como para soportar mi peso y comenzó a caminar en dirección a la plaza.

A duras penas, y bajo la atenta mirada de los turistas, se dispuso a cumplir con su propósito. Dos leones de piedra nos dieron la bienvenida antes de los ciento diez escalones, estrechos y empinados, que nos auparían hasta la cima de Cracovia. Tuvimos que pagar dos euros antes de llegar al mirador, pues la torre albergaba un museo con fotos antiguas. En las paredes había cadenas para asirse en la subida y ventanas estrechas que advertían el estilo gótico del edificio. Una vez en lo más alto, se presenciaban vistas espectaculares y maravillosas del casco antiguo y su conjunto.

—Es bonito cómo ven los pájaros las ciudades —dijo Joel.

—Las cosas son más bellas cuando se contemplan en conjunto y obviando los detalles que nos pueden hacer creer lo contrario —añadí, haciendo una comparación con su persona.

—¿Y desde el lomo de un caballo qué tal se ve el mundo? —me preguntó mientras hacía un movimiento con las manos, como si tuviese pezuñas en vez de dedos.

—Un burro muy bien amaestrado... —bromeé y rectifiqué—. Eres un corcel de la realeza... digamos, un semental en todos los ámbitos.

Joel resoplaba, agotado por la escalada, y yo hacía un rictus mientras me

quejaba de un pisotón en el pie torcido... En ese momento Joel tiró una foto con su móvil y el *selfie* quedó ridículamente inmortalizado para los anales de la vergüenza ajena.

—¡Uff! —me indigné—. Esa la borras, vamos a repetirla.

—¡Con lo guapa que eres! Y te da vergüenza hacer boberías.

—Una tiene dignidad.

—Me gusta reírme... y con lo correcta que siempre pareces, verte así es lo más gracioso y divertido a lo que puedo aspirar —dijo intrigante mientras yo me hacía la despistada—. También seguro que estás guapa en esa foto que nunca me enseñaste, la instantánea que te hizo aquel niño en la torre redonda de Copenhague. Debe ser toda una obra de arte.

—¡Ni loca! A saber, con qué cara salgo. Además, en ese instante, te tenía cierto odio.

Joel tenía bastante intriga de la foto y la verdad es que yo no había atendido a mirarla desde que me la sacaron.

—Me hubiese gustado terminar este viaje en Praga, dando un paseo en barco —comenté.

—Yo te llevo a caballito hasta el fin del mundo si es necesario.

—Mejor, hazme cabalgar sobre ti —le susurré con pasión en mi voz.

Joel hizo un gesto de sorpresa y se ruborizó.

—Hora de buscar un hotel... pero de los buenos.

—Sí. Con una cama grande, limpia y un recepcionista normal y aseado, que nos reciba con una sonrisa.

—Esto suena a luna de miel —se iluminó Joel.

—Luna de nieve y miel —agregué.

—Sin gatos, sin pulgas, sin un borracho tirado en la puerta, sin moquetas manchadas... ¡Cómo estoy deseando ver un hotel normal!

Desde allí arriba nos dispusimos a buscar juntos el hotel perfecto. Aquel era el último cartucho antes de volver a la realidad, y nos esforzamos en reservar una junior suite para terminar de derretir la nieve de nuestros corazones. Y es que, a pesar de dónde veníamos y contrariamente a este dolor reciente, el amor había hecho de bálsamo reparador y había cosido la fractura que desquebrajaba nuestras almas.

El frío norte de Europa encendió una llama en nuestro interior, nos acogió con calidez y nos ofreció una segunda oportunidad para descubrirnos mutuamente. Nadie había hecho cosas tan bonitas por mí, y tampoco creí que alguien las haría alguna vez... pero ahí estaba él, dispuesto a que yo fuese Cenicienta, en un cuento improvisado en el que me faltaba un zapato de tacón debido a la inflamación del tobillo.

La bajada de la torre sobre mi chico no fue menos accidentada. Las cadenas de la pared nos pudieron salvar de más de una anunciada caída, pues los peldaños de piedra estaban mojados por la nieve. Una vez que bajamos, le dije a Joel:

—Qué extraño que te vayas a ir de Cracovia sin haber hecho un peculiar amigo, como el camarero del Eiffel Bar, el segurata Fabio...

—Estoy muy centrado en mi chica...el mundo me sobra cuando estoy junto a ti —respondió halagándome.

—Me acabo de acordar de cuando te llevaste la mesa del restaurante de Copenhague y la plantaste en la cubierta del barco para ofrecerme un desayuno a solas... eres único.

—Sí, por poco no me arranca la cabeza ese danés. Medía dos metros y me gritaba como un vikingo poseído por Odín.

—Estás muy loco, demasiado...

—Eso es lo divertido, Alba. La vida son momentos de sonrisas y alegrías, pero hay que salir a buscarlas... lo malo se presenta sin avisar.

—Tienes toda la razón.

Llegamos a la parada de taxi y, después demostrarle el móvil, un taxista nos llevó hacia un hotel lujoso que había aceptado nuestra reserva. Quedaba a menos de trescientos pasos desde la Basílica, pero por el peso del equipaje sumado a mi tobillo, que estaba como una pelota de tenis, decidimos que un vehículo nos llevara.

El hotel era precioso. Parecía una casa señorial, pero con luces y cristaleras modernas. La calle empedrada que quedaba a los pies del edificio se mostraba a parches, como una orilla blanca con conchas grises.

Apoyándome en su hombro, llegamos hasta la recepción. La sala donde recibían a los huéspedes era blanca, tenía el suelo ajedrezado y un largo

mostrador con un toque muy vanguardista. A la izquierda había una escalera que subía hacia el centro del edificio.

Una chica joven nos atendió. Hablaba nuestro idioma a la perfección.

—¿Necesitas que llame a una ambulancia? —se preocupó al ver que Joel me había estado dando ánimos desde que habíamos entrado.

—Muy amable, pero no es necesario —respondí con el rostro conmutado por el dolor.

Aquel hotel tenía un personal atento y afectuoso, de esos que te hacen sentir especial desde el primer momento en que cruzas sus puertas.

—¡Bonitos tacones! —comentó la recepcionista, cuyo nombre era Irenka, según la chapa de identificación personal.

—Se los regalé con la mejor intención del mundo, pero para cuando volviese a España, no para la nieve —explicó Joel haciendo gestos con la cabeza y la palma de su mano.

—Sí, soy una testaruda —admití—. No lo voy a negar.

Irenka sonreía ante nuestra mini discusión y en sus ojos se notaba cierta ilusión, como cuando esperas que a ti te pase algo parecido. Supuse que estaba queriendo que este momento divertido le sucediera algún día.

—¡Veo que han reservado una de las mejores habitaciones del hotel! Espero que su estancia aquí esté a la altura de sus expectativas.

—I... Irenka —masculló Joel leyendo torpemente la identificación de la recepcionista—. No te preocupes por eso, venimos de dos ratoneras llenas de pulgas. Esto es el paraíso de los hoteles... dormir en el pasillo ya estaría mejor que esos hostales en donde hemos pasados las dos últimas noches.

Irenka sonrió con nuestra aventura de pernoctaciones y con una sonrisa que me gustó mucho, ya que dibujó dos hoyuelos en sus mejillas, como hacía Nadia. Nos entregó la tarjeta que abría la habitación y llamó por teléfono a un chico que nos llevó la mochila y la maleta hasta nuestra habitación.

Cuando este nos abrió la puerta, mis ojos expulsaron dos lágrimas: aquella habitación era sacada de un cuento de hadas.

Joel se arrodilló y besó el suelo como si fuese el Papa sobre Tierra Santa.

—¡Joder! ¡Es todo tan bonito!

Joel tomó carrerilla y se lanzó en plancha sobre la cama de matrimonio. Yo

me quedé en mi lugar, mientras el chico que nos había ayudado se marchaba, y cerré la puerta.

La iluminación era simplemente perfecta: bombillas blancas daban a la habitación unos tonos suaves y grises, y una alegría contagiosa. Las paredes tenían madera blanca enmarcada y un papel liso, de tono gris. También había un bonito espejo sobre una falsa chimenea con adornos plateados, una televisión de plasma, una mesa escritorio, una lámpara con candelabros cuyo cabezal estaba tapizado con un gris intenso, a juego con las sillas, y un sofá de tres plazas aparentemente cómodo; lo que venía siendo una habitación de lujo en pleno corazón de Cracovia.

—Has acertado de pleno, Alba —me aseguró Joel caminando de nuevo hacia mí. Una vez que su pecho tocó el mío, me besó—. Eres estupenda.

—Vamos a ver el baño, ayúdame —le sugerí y comencé a cojear.

Al entrar, los dos nos miramos a los ojos con alucinación. El diseño era espectacular. Tenía un frontal de mármol negro con vetas blancas que conjugaba perfectamente con los apliques cromados y las piezas de baño que emergían de la pared. La bañera era de esas que tienen patas y que invitan a un nuevo baño.

—¿La estrenamos?! —dije sin poderme reprimir. De todos modos, tras tantas horas de bus, mi higiene no era óptima.

—Por supuesto, pero antes nos deberíamos desvestir en la cama, para no dañarte más el tobillo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, imité su gesto y fui a tumbarme boca arriba en la cama, donde contemplé que la lámpara no tenía ni una mácula de polvo. Luego restregué mis manos por la suave corcha aterciopelada, disfrutando del placer impoluto que nos ofrecía el lujo y la higiene de aquella habitación.

—Si me compro un estudio o un pisito, me encantaría decorarlo así... no me haría falta más espacio —admití mientras Joel me descalzaba el pie.

—Nos sobraría espacio —dijo, haciendo una referencia a vivir juntos.

—¿Nos?

—Cada día que paso contigo, más seguro estoy de lo que quiero y de lo que no... Me gustaría que este viaje de nieve, que ha marcado nuestros corazones,

sea solo el inicio de una expedición hasta la vejez... Tú y yo contra el mundo.

—Te noto bastante poeta... por cierto, a ti se te daba bien el tema poesía. Aún guardo en mi casa cartas tuyas...

—Publiqué dos poemarios en Amazon. ¡La poesía está ninguneada! — exclamó dejándome ver algo de frustración en su relato.

—Es que no eres lo suficientemente bueno escribiendo —dije con el fin de picarlo.

—Pues en tu piel llevas un poema mío, a ver qué te parece. Lo escribí mientras dormías. Eso me inspiró —confesó con una mirada azul intensa que empoderaba aún más la belleza de la habitación

—¡Espera, Joel! Toma tu móvil y sácate una foto. Luego me la sacas a mí y, aunque se borre, siempre podremos verlo y reírnos.

La curiosidad me pudo, estaba muy impaciente por leer su poema, y más ahora que sabía que él estaba orgulloso. Siendo franca, Joel era muy profundo escribiendo, si bien algo rudo hablando.

Comprobó la calidez de la habitación que, al parecer, se ajustaba automáticamente a una temperatura adecuada, y hurgó en mi mochila en busca de mi teléfono móvil. Mientras yo comencé a despojarme de la ropa, creando ángulos con mi longitud, mientras apoyaba la cola sobre el colchón.

Joel sacó de mi mochila el pijama feo y cómodo que tenía reservado para dormir en solitario, la bola de cristal con nieve que compré en Tallin, la flor a la que le faltaban pétalos, el móvil y la foto Polaroid que me había sacado el niño en Copenhague. Sobre la repisa de la chimenea colocó la rosa y la bola de nieve y luego se sentó en el sofá a contemplar la imagen. Noté que me miró a los ojos como si yo no fuese la misma de la instantánea.

—Cuando nos encontramos en la torre Redonda... ¿fue casualidad?

—El destino, Joel.

—Una pregunta —dijo misterioso—. Nunca te dejé de gustar, ¿verdad?

—¿A qué viene este interrogatorio?

—Dices que guardabas mis cartas en un cajón, y casualmente viniste a mi tienda de ropa a pesar de lo lejos de casa que te quedaba. Dime la verdad — se puso serio —. ¿Te hiciste la encontradiza y simulaste que viajabas sola para acercarte a mí?

—Pero... ¡qué dices! ¿Has bebido vodka en el autobús? Todo ha sido increíble, fortuito y necesario —recriminé y me reincorporé con el pecho desnudo y gimiendo de dolor al pisar el suelo.

—Entonces has viajado sola, sin compañía, sin tu hermana...

Cuando comencé el viaje tenía nieve en el corazón. Luego viví una primavera y, repentinamente, un verano fugaz... ahora, de nuevo, parecía llegar el otoño con la voz de Joel.

—¡Ojalá, mi hermana estuviera viva! —me enfurecí ante sus palabras—. Cambiaría aquello, por este maravilloso viaje vivido contigo, un millón de veces.

—¡Qué cínica eres! Me has engañado todo este tiempo...

—Pero... ¡estás de broma! —me indigné—. No tiene gracia, Joel, me estás sacando de quicio.

Lo vi meter las cosas en su maleta y rociarse con colonia las manos para peinar sus cabellos. Luego, terminando de helar mi corazón, dijo:

—El amor cura el dolor, me lo has demostrado en este viaje, pero no cicatriza las heridas que produce...

Luego se fue. La puerta se cerró e instintivamente miré hacia la bola de cristal, donde las partículas de porcelana terminaban de flotar y caían en la base de aquel corazón rojo con un lazo. Mi corazón se ensombreció de inmediato, pues no daba crédito a lo sucedido. Incluso llegué a dudar de si estaba inmersa en una pesadilla.

Con los pechos desnudos y el vientre tatuado a bolígrafo leí torpemente la inscripción de aquel poeta. Sobre el reflejo del espejo, que invertía la dirección de las letras, se descifraba:

“Cada momento que anhelo,
con llagas de fuego y nieve,
es un secreto encendido.

En cada beso prohibido,
donde eterna quise hacerte,
hago mi eternidad contigo”.

Mi corazón crujió como una escarcha ante al calor. Notaba cómo los latidos se me quedaban atrapados entre dientes de hielo provenientes de esa bestia llamada desamor, que por desgracia yo bien conocía. El poema era lo más intenso que había leído jamás. No entendía qué demonios había sucedido y porqué me estaba acusando ahora de algo tan retorcido.

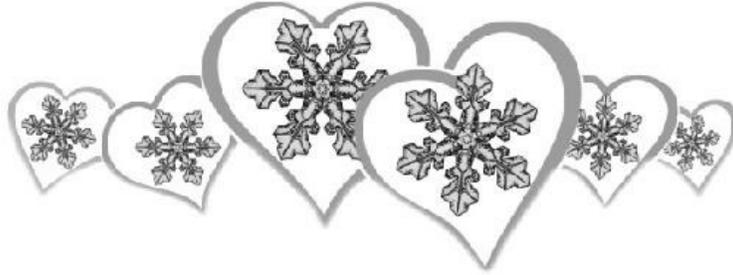
Tomé mi móvil y saqué una foto del poema antes de hacer desaparecer aquellos versos. A duras penas, llegué al baño y puse el agua caliente para darme un baño y poder recapacitar sobre lo que me estaba aconteciendo. Llamé a Joel una y otra vez hasta que apagó el teléfono. Sola y abandonada y en aquel maravilloso hotel de cinco estrellas. Me sentía incomprendida, como un juguete favorito que es abandonado en un desván por un niño que decide dejar los juegos para afrontar la vida adulta.

Ya no tenía lágrimas ni me quedaban sentimientos en los que regocijarme, pues no había nadie para recibirlos. Me coloqué mi pijama, tomé la instantánea que estaba sobre el sofá y al volver a la cama me aferré a la almohada, permaneciendo acurrucada como si fuese el cuerpo inerte de Joel el que abrazaba.

Este amor me había dolido más que nunca. Me había curado o engañado con un efecto placebo, haciendo que olvidara lo malo. Había desterrado el drama en cuestión de horas y pintado con tempera alegre todos los días venideros... hasta el día de hoy. El sueño de hadas había concluido con un triste final...

Tras lamentarme, sin lágrimas, tomé la foto y la miré. Me vi sobre el cristal del núcleo, en el punto cero donde aquel astrólogo danés había trazado los planos y mapas de su país. El origen de donde estos partían sus coincidía conmigo, en un paralelismo atemporal. Mi rostro era un poema triste que miraba a ninguna parte, que cumplía un sueño que no era mío en ese instante... pero en el fondo había algo. Algo que, a observar bien, me erizó la piel y recorrió mi espalda como si fuese una culebra serpenteando sobre cada

vertebra. Un escalofrío espinoó mis brazos y mi corazón estalló quebrando el invierno que encapsulaba mi interior... No podía ser. Era increíble. Y ahora entendía a Joel: ¡Mi hermana Nadia estaba en el fondo de la foto!



19. VUELTA A LA REALIDAD

El vuelo me llevó de nuevo a las nubes.

Había vivido un cuento de hadas, un espejismo realista que, por unos días, me había alejado del dolor. No sabía de qué manera podía explicar que mi hermana fallecida había aparecido allí en la foto que una cámara la había captado mostrando que nuestros seres queridos habitan junto a nosotros a modo de ánimas felices... sí, eso he dicho; feliz; pues sus magnéticos hoyuelos decoraban su sonrisa.

Llevo en las manos mi teléfono. Repaso las fotos de la carpeta cuya imagen inicial tiene un banco nevado y solitario. Así me siento, esperando que llegue la primavera y dos corazones se sienten sobre el mío, mientras todo florece de nuevo.

Mis amigas no paran de preguntarme por la relación, por mi particular historia de amor, por el norte de Europa, pero yo no quiero preocuparlas. Le he sacado una foto a la instantánea para ver qué opinan, van a flipar a colores. Por otro lado, estoy también deseando enseñarle la foto a mi padre, así sabrá que mi madre está y ha estado siempre entre nosotros.

Al llegar a la terminal y recoger mi maleta de la estúpida cinta que da vueltas escupiendo maletas, me encuentro con una melodía. Unos acordes de cuerda que crean un sonido enmaderado. Una voz rasgada, algo flamenca y bohemia está entonando una canción que parece puesta adrede allí, en el lugar adecuado, en el peor momento posible para mi alma de cristal que no admite costura sino solo un pegue falso donde se ven todas los fragmentos y grietas.

Levanto la mirada y veo al chico que toca la guitarra. Sus ojos alegres y sus rastas advierten que es un artista callejero, que entona su particular versión de la canción e himno de Joel y mío: “Las cosas que nunca te dije” de Mundo Chillón. Sonaba así:

*“...Has de saber que mañana,
cuando los kilómetros se acaben y te tenga junto a mí,
y el aire que ahora tengo en el pulmón,
despoje de mi garganta a su hollín.
No volveré a ensayar frente al espejo,
lo que te tenga que decir...”*

Me quedo hasta el final de la canción y, una vez que termina, le doy una moneda y dejo a sus pies la bola de cristal con el corazón en un banco.

Tomo un taxi y en él reflexiono sobre el poema que Joel había dejado en mi piel. Casa verso se había marcado en mi cuerpo, como un hierro al rojo vivo sobre la piel de una yegua. Me siento suya, pero mi jinete me ha abandonado.

Llego a casa y mi padre está allí, desaliñado, con un álbum de fotos sobre sus piernas. Desde el sillón me mira como un perro abandonado por su dueño que busca la caricia de algún desconocido.

Me acerco hacia él y lo abrazo. Vuelco todo mi amor sobre su cuerpo, juntos lloramos, pero no de pena sino de alegría, por tenernos al menos el uno junto al otro.

Del bolsillo trasero mi pantalón saco la foto con el fantasma de mi hermana de fondo. Mi padre hace gracia de mi gesto, sonrío y se marcan sus pómulos poblados por esa barba negra; luego su gesto se torna a asombro. Dibuja una esfera con su boca. Sus ojos no dan crédito a lo que hay de fondo; mira al objetivo con una sonrisa cautivadora: su otra hija.

—¡Nadia! —grita en la habitación—. ¡Esther! ¡Os amo tanto!

Mi padre se alegra, la sonrisa de Nadia ha alejado la oscura nube que anidaba sobre su corazón y se la ha llevado para siempre. Se levanta y contempla la habitación buscándolas; ambos sabemos que están allí, que nos miran, y ahora nos toca a nosotros transmitirles la alegría y el amor que nos han

dado, como tratamiento crónico contra el dolor.

Mi padre camina hasta el baño y se lava la cara. Usa una brocha con crema de afeitar y acaba con aquella barba que tan mayor le hacía. Luego me dice que se tiene que duchar, que ya es hora de volver a la vida. Cierra la puerta y, por unos instantes, la felicidad vuelve a mí.

Mi padre sale y me besa: huele estupendamente. Ahora me toca a mí el baño.

—Voy a pedir el alta voluntaria —me confirma seguro de sí mismo—. Si tu madre y tu hermana viven aquí, aunque no las podamos tocar, no quiero que me vean derrotado... ya hemos llorado suficiente... Tenemos una prueba fehaciente de que el más allá existe y de que sus espíritus se resisten a abandonar el mundo que les acogió.

Sorprendida, me ducho y salgo dispuesta a llevar flores a la tumba de mi hermana.



Tras comprar claveles, rosas y nardos, camino por el cementerio. Las familias entran y salen, no soy la única en el mundo con pérdidas de seres queridos. Reconozco su nicho, pues, en una esquina le había puesto el atrapasueños que tanto le gustaba de su coche. Las plumas no se agitan entre la quietud y el silencio del lugar.

Leo su nombre y su apellido, confirmando que su cuerpo reposa tras la fría lápida. En la repisa de mármol está el florero de cristal con dos claveles. Tomo el recipiente y compruebo que las flores son frescas. Al retirar el florero, cae una carta cerrada con un peculiar olor a perfume; los claveles parecen los mismos que aquellos que venden a las puertas del cementerio.

Coloco las flores de la floristería junto a los claveles que ya estaban. Abro

la carta con intriga sobre quien la ha podido dejar. De momento, entiendo la caligrafía y adivino que es la letra de Joel, quien me ha dejado una nota:

“Querida Alba, perdona por la manera en que me fui. Soy un desconfiado, una persona sin estima alguna que huye a la mínima de cambio antes de que puedan hacerle daño. Tardé en encontrar el nicho donde tu alegre hermana descansa. Tenía que verlo con mis propios ojos y no podía esperar más. Es increíble que tu hermana, bueno, el alma de ella estuviese junto a ti, viviendo el luto por su pérdida, tan lejos de Madrid. Te pido mil y un perdón, quizás no lo tengo. Pagué con una tarjeta de crédito que tenía la vuelta en avión. El poema que dejé en tu piel es cierto, es lo que sentía y lo que siento. Te quiero mucho, ¡te amo! Y durante todos esos días en la nieve he vivido una verdadera vida... qué lástima que no quisieras casarte conmigo en aquella iglesia ortodoxa. Al llegar a España, mi madre me contó que Jennifer estaba embarazada de mí, lo que por desgracia ha cambiado mi porvenir. Tengo que forzar una relación para que mi futuro bebé no nazca en una familia desestructurada. Espero que me comprendas, realmente viví en esa eternidad, en ese paseo de dos corazones que simplemente salieron del pecho para decir el uno al otro: aquí estoy yo listo para amar. El cielo aquí puede estar nublado, despejado, soleado e incluso estrellado, pero siempre existirá una bonita historia en nuestra mente, en un pasado reciente donde nuestros corazones laten con alegría sobre la nieve.

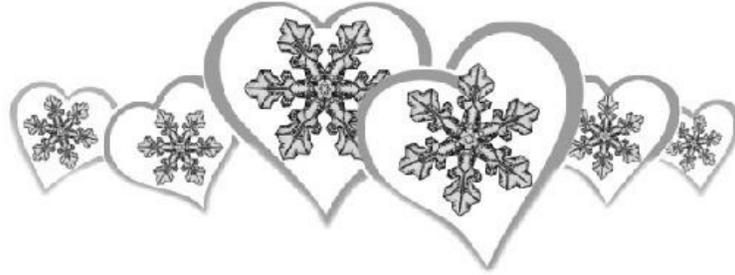
Te quiere, Joel.”

Por un lado, me demostró que me apreciaba, que se había equivocado y que todo lo sentido fue real. Pero el destino había impuesto un embarazo fortuito entre Joel y yo. De nuevo me echa a volar a empujones, fuera del nido que yo quería construir y con estas alas faltas de plumas, que son insuficientes para sostenerme en el aire.

No, no le buscaré más ni le insistiré. No quiero forzar el devenir de mi corazón en llamas, borraré su número y la dirección de su tienda. No más Joel en mi pensamiento. Respetaré su decisión y seguiré adelante con mi vida.

Me quedo allí hablando con mi hermana un rato, mirando su lápida, como con esas charlas tan divertidas que teníamos cuando yo volvía unos días del trabajo. Como si nada hubiese cambiado entre nosotras.

Antes de que caiga la luna, voy en busca de Saray y Petra, y al estar arropada al abrigo de sus palabras y consejos, me siento la amiga más afortunada de Madrid y sus alrededores. Quizá el día que el destino deje de llamar a mi puerta con esos nudillos de mal augurio, sentiré la libertad para abrirla.



20. DIEZ AÑOS MÁS TARDE

Aún no he podido sacar una conclusión clara sobre los asuntos del corazón, pero tengo una particular visión sobre la vida. Me siento como Leonardo Da Vinci tras las matemáticas del destino, los cálculos que me obsesionaban sobre las espirales que me acercaban y me alejaban de un mismo punto siguen aquí. Aún no encuentro la proporción áurea de la espiral, como si mi persona fuese una pintura en busca de algún tipo de perfección, sobre un lienzo que es retocado una y otra vez.

Lo cierto es que todo volvió a su cauce. Al menos todo lo que giraba a mi alrededor. Saray formó una familia numerosa y quedamos para tomar un café de mucho en mucho; Petra decidió no complicarse la vida y se dedicó a amar a sus animales, se tatuó en el tobillo “Amor gatuno”.

Respecto a mi padre, supo encauzar su vida. Vivía apoyando su cariño en aquello que podía abrazar, es decir, en mí; pero jamás volvió a entrar en depresiones. Y es que llega un día en tu dolorosa vida en que asumes que los que se han ido no volverán físicamente, sin embargo, te consuelan los recuerdos de todo lo vivido con ellos. El saber que están en un plano invisible donde te pueden ver y, además, se divierten con la andanza del mundo de los vivos... Eso cambia tu manera de actuar, de sentir, de pensar; pues sabes que no estás sola y que además te ayudarán a conseguir y tomar las mejores decisiones.

Desde aquel viaje con Joel, durante cada invierno en estos diez años, me autoimpuse un ritual que consiste en una cita con cada fotografía de esa

carpeta de imágenes, con el nombre de “Corazones en la nieve”. Lo hice por miedo a no olvidar todo lo vivido. Tras recrearme en todas y cada una de las imágenes, recordaba su poema en mi piel y luego leía la carta. Con ese coctel de emociones bajo mi pecho, terminaba haciendo un viaje a la Torre Redonda de Copenhague. Mi hermana estaba en la fotografía de fondo, allí, en la última planta, y era como una visita obligada para compartir con ella el momento de la moneda. Quizás fuese estúpido para las personas a las que se lo contaba, pero yo me sentía realizada haciéndolo.

Mi corazón, sanó, costó mucho, pero supo ver el lado positivo de las cosas y dejarse conquistar por almas afines. Viví otros cuentos y fui princesa de otros reinos, pero nunca me quedé en ninguno, el destino me mecía en un vaivén de aeropuertos y salas de espera. Aún no había ciudad a la que pudiera llamar hogar, pero ya no me quedaba continente por pisar.

Aquel verano y me asignaron a un joven chico para que le enseñase el negocio. Era muy bueno con los idiomas, pero le faltaba templanza cuando estaba delante de tanta gente: se llamaba Rodrigo. En una ocasión, nos tocó ir a Italia. Allí, la empresa farmacéutica a la que representábamos, buscaba ser el sponsor que llevaran en la camiseta los jugadores de la Roma. Era una buena publicidad para ampliar el mercado, ya que se juega un partido cada fin de semana en distintas localizaciones y, sobre todo, lo retrasmitem por televisión. Tras comer unas porciones de pizza de atún y té helado, fuimos directo al centro de negocios del estadio.

La reunión con los directivos e inversores pareció ser satisfactoria para ambas partes. Tras tres horas, de nuevo me los había metido en el bolsillo, y es que siempre me acompañaba el anillo de dos alas que me regaló mi hermana. Ahora era mi talismán para cerrar negociaciones. Una vez acabada la tediosa reunión, Rodrigo se empecinó en visitar el césped del famoso estadio. Entonces, en vez de salir hacia fuera directamente, fuimos hacia dentro para contemplar el *Stadio Olimpico di Roma* desde el interior. La pretemporada estaba en liza por ser verano y el verde césped de entrenamiento estaba repleto de jóvenes promesas con cuerpos atléticos.

Ya sea por caprichos del destino, por atracción mental o por fruto de los hilos que parecía mover a mi hermana Nadia desde el otro lado, el entrenador

de todos esos chicos gritaba una palabra que me resultó familiar dirigida al portero, quien era de nacionalidad española:

—¡*Espanjalainen!* ¡Concentración!

—¡Qué mal carácter tienes, míster! —respondió el portero en broma ante las palabras de Joel—. A ver si esta noche duermes calentito, que ya te toca.

No podía ser, pero era. Mi compañero quería pedirle un autógrafo a David Soprano —el guardameta— mientras que yo quería huir para no reencontrarme con una persona a la que daba por olvidada.

Inevitablemente el entrenador, con indomable mirada, me vio en la inmensidad vacía de aquel estadio, junto a la línea de cal de la que salían del vestuario los jugadores antes de saltar al terreno de juego.

—¡¿Alba?! —preguntó en aquel eco donde nadie hizo la ola.

—¿Os conocéis? —se asombró el novato que me acompañaba, mirándome como si le ocultase un gran secreto.

Yo salí corriendo hacia las duchas, como una jugadora enfadada tras una sustitución por un penalti fallado.

Corrí y me perdí dentro del estadio, bajo las gradas, como si aquello fuese un laberinto y Joel el minotauro que venía por mí.

No quería ver sus ojos, no quería abrir de nuevo esta cicatriz, esa quemadura dejada por la quemazón del frío de aquel viaje en invierno.

Cuando volví al exterior, donde las Vespas iban y venían a toda velocidad por las calles empedradas, noté una mano en mi hombro, como si fuese una paloma amistosa. Era mi compañero, que estaba asfixiado por la carrera.

—¿Tienes algo que contarme? ¿Por qué le tienes miedo a uno de los entrenadores de moda? No llores...



Le hice un resumen a Rodrigo de todo lo que me pasó, mientras caminábamos

a paso militar sobre las calles de la Ciudad Eterna. Estaba dispuesta a pedir un deseo en aquel lugar tan fotografiado, y donde la gente aseguraba que se cumplían los designios. Quería cerrar el círculo y no tener que ver a Joel, saltar de la espiral en movimiento. Al girar por una estrecha calle, nos encontramos con la pequeña plaza repleta de gente y nos colamos entre el tumulto, pues aún teníamos tiempo hasta coger el avión. De esta manera llegamos hasta la famosa y romántica Fontana di Trevi. Desde lejos se veían las enormes columnas corintias del Palacio de Poli.

Estaba repleto de turistas japoneses con cámaras de fotos y grupos de jubilados que se apiñaban alrededor del monumento. Yo saqué una moneda de mi bolso y me dispuse a arrojarla. Rodrigo me miró y me dijo:

—Es la fuente de los deseos... no sé si desde siete metros llegará la moneda; pero, de todas maneras, cuidado con lo que desees.

Yo miré sus gafas de pasta y agarré la moneda con fuerza. Me puse de espaldas a la fuente, pensé en el deseo: “que todo le vaya bien, ¡y que sanen antiguas heridas!”; lancé con todas mis ganas el euro por encima de las cabezas que allí se agolpaban.

De repente, la plaza comenzó a murmurar y a cuchichear sobre algo; parecía que alguien se había desmayado o, quizá, le había hecho una contusión con el euro en la frente a algún turista.

—¡La tengo, la tengo! —gritó entusiasmado un español que parecía haber rescatado a la persona que se había desvanecido, o a algún bebé que quizás había caído al agua por error.

Un pasillo se abrió, como si fuese el propio Moisés quien partía de las aguas de la fontana. La gente se apartaba y nosotros hicimos lo mismo, dejando un largo corredor. El chico moreno con barba incipiente dejaba un rastro de agua por el suelo de la plaza en su avance; en su mano portaba algo.

Al llegar hasta delante de mí, se detuvo, me miró con ojos encendidos y tomó mi mano para abrir mi palma. Allí depositó la moneda de euro que yo había arrojado y, ante la mirada de los presentes, me dijo con su voz y oliendo al perfume de siempre:

—Alba, no te vayas —se declaró Joel—. No sé qué deseo has pedido, pero concédeme el mío. Llevo muchos años buscándote.

—Pe... pero, tienes esposa e hijo.

—Al mes de nacer mi hija, Jennifer me dejó. Desde entonces mi alma vive al amparo de un invierno atroz, sin hallar consuelo en esta nevada que cubre mis sentimientos con copos de dolor. Llevo diez años soñando con revivir algo parecido a esos días que vivimos como mochileros por las capitales Bálticas —me agarró por los hombros y fijó en mí su vista azul, como si fuesen dos flechas del mismísimo Cupido—. No hay sol que me abrigue, pues es tal la helada de mi corazón que lo que único que tengo es nieve... y en ese frío quiero dibujar corazones de vodka, hacer muñecos de nieve, subirte a caballito a un mirador, sudar en una sauna, estar arrestados en un calabozo, tomar un café entre traviesos gatos, pasear bajo las estrellas en bicicleta, pedirte la mano en una iglesia ortodoxa, cantar nuestra canción favorita a pleno pulmón, escribir poesías sobre tu piel, bailar un vals bajo el granizo, llorar sobre una mesa de bar con dos cervezas por delante, desayunar en la cubierta de un barco, dormir en el suelo de un hotel pulgoso... Porque no importa el lugar, no importa donde vaya, la nieve habita en mí y solo contigo puedo jugar con esa nieve, hacerla divertida. Tú eres el arcoíris que da color al blanco, al gris y al negro que descarna mi pecho. Tú eres la única que puede curar todo este dolor con ese amor que reside en ti. Y te juro que lo dejaré todo por ti, si me das una tercera oportunidad.

—Estás loco.

La Fontana di Trevi pasó a un segundo plano. Un silencio se hizo en la pequeña plaza, mientras yo tenía la moneda sobre la palma de mi mano y pensaba si cerrar los dedos o arrojarla de nuevo a aquella fuente de los deseos.

Por un instante, él y yo, nos convertimos en el monumento de moda de Roma, como si fuésemos los amantes de Verona y yo la escultura de Julieta en el Palazzo Capuleti, pues me quedé de una pieza.

La gente se arremolinaba alrededor ante la escena, pues Joel se había puesto incluso de rodillas al pedir esa oportunidad. Sus palabras me parecieron sinceras, y pensé en la espiral del destino que nos había devuelto de nuevo a ese origen, una tercera vez. Y sí, todo lo vivido había sido fantástico. Joel recordaba a la perfección los momentos mágicos y, al igual

que yo, sabía que lo único que podía sanar nuestros corazones y afinar nuestros latidos, eran los acordes de amor que hacían música cuando estábamos el uno frente al otro. La Fontana di Trevi había concedido este deseo de sanar mi herida.

Cerré mi puño con fuerzas para atesorar la moneda, le pedí a Joel la mano y lo hice elevar hasta ponerlo en pie de nuevo. Lo miré a los ojos, a esa inmensidad que titilaba deshojando pétalos y, sin decir ninguna palabra al respecto, tan solo me limité a besarlo entre los emotivos aplausos de la gente que colapsaba aquella plaza; una plaza en donde se originaban nuevos deseos repletos de incertidumbre y entusiasmo.

No sabía que sería de nosotros, o si de verdad estaba dispuesta a darle una oportunidad después de tantos años, pero: *carpe diem*.

FIN

BIOGRAFÍA DE LOS AUTORES

Manuel Delprieto nació en febrero de 1982, en Jerez de la fra. Se define por su carácter alegre, solidario y por una gran creatividad literaria. Sus autores favoritos son Gordon Russell, Arturo Pérez Reverte, Gustavo Adolfo Bécquer y George Martin.

En su haber, como escritor multifacético, tiene publicadas varias novelas de distintos géneros y algunas traducciones: “Escapando a mi destino”, “Escapando ao meu destino”, “Fuir mon destin”, “Ambiciona” y “Mi lienzo es tu muerte”. Además, es autor de varios manuales de novela como “Lidera Amazon con tu eBook”, “Tu novela a juicio” o “Potencia al máximo tu novela”.

También ha participado en antologías de relatos y micro-relatos de diversa índole.

Ha realizado prólogos a novelistas independientes de la talla de María González Pineda, Claudio Hernández, J. Eduardo Jiménez, Esteban León, Vanessa Trujillo y Aymee Corominas.

Dentro de lo audiovisual ha escrito una historia para el guion de un cortometraje solidario y tiene guiones de dos de sus novelas.

En lo que respecta a otros ámbitos, abanderó la recopilación de libros nuevos para una biblioteca en el Hospital de Jerez para enfermos de hematología, y también hizo debutar con un libro de relatos, como editor y prologuista, a 177 alumnos del colegio

Ciudad de Jerez (Jerez de la Frontera), a través de un libro “Seño, ¿qué es el amor?; que recogía esos relatos de alumnos.

Tiene apariciones en la prensa local, Diario de Jerez. Ahora se embarca en una nueva andadura, de la mano de una prestigiosa agencia editorial, para profesionalizar su carrera de escritor.

Amanda Sanh traduce libros de otros mientras trabaja en sus propias historias. Escribe situaciones reales sobre gente real. Crudeza y honestidad son los principios que abanderan sus obras. Sus obras publicadas hasta la fecha son «Donde dije digo, digo ego» y «Llueven cerezas».

Prefiere mantenerse en el anonimato, escribir por amor al arte y no publicitarse en exceso. El buen libro es aquel que encuentras fortuitamente y saboreas ajeno a las opiniones externas.

Se crio en los noventa, sabe un poco de todo y nada de todo lo demás. La vida ya es bastante dura como para complicarse.